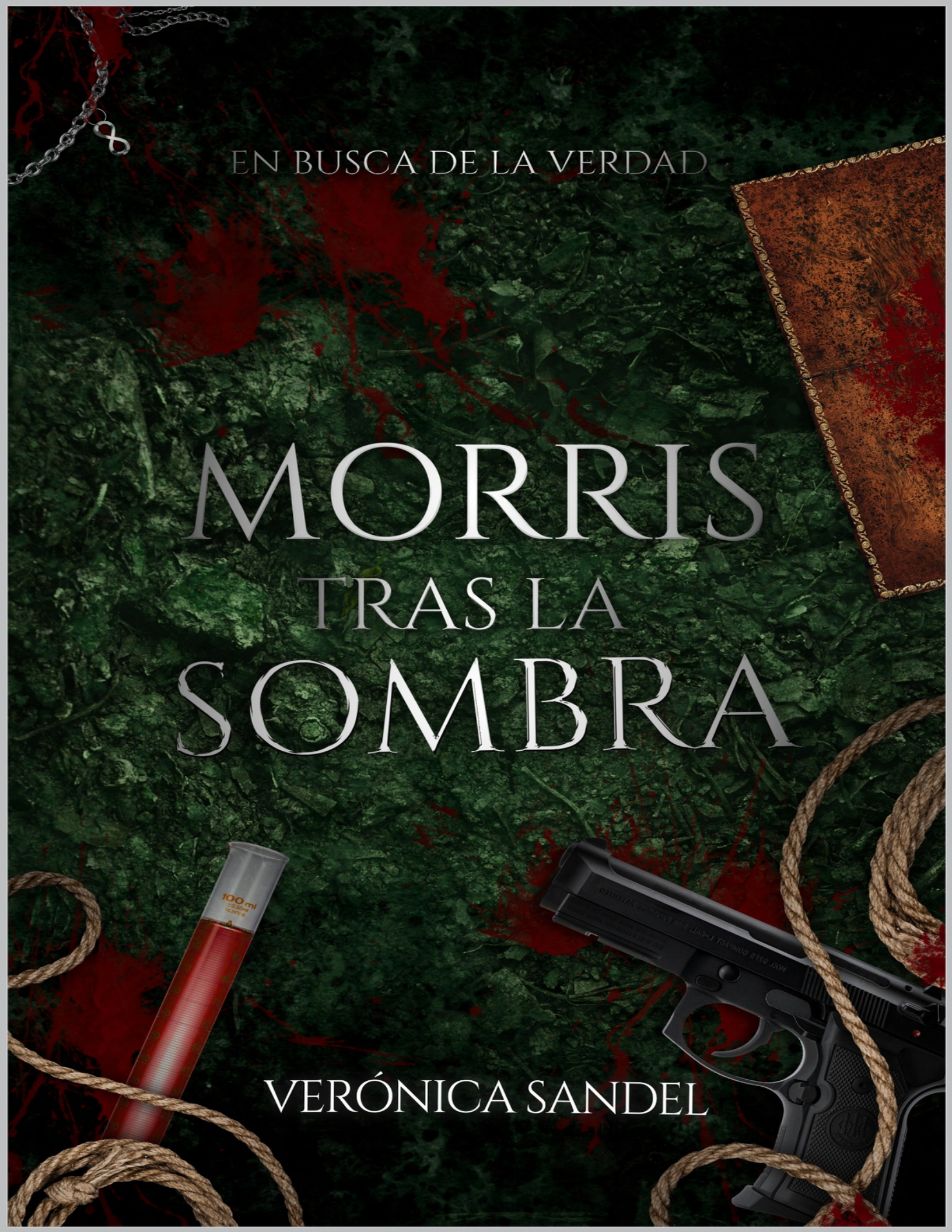




EN BUSCA DE LA VERDAD

MORRIS

TRAS LA

SOMBRA

VERÓNICA SANDEL

MORRIS

TRAS LA

SOMBRA

VERÓNICA SANDEL



Título original: Morris, tras la sombra
Autora: Verónica Sandel.
Primera Edición: Julio 2024
Corrección: Celia Pérez
Maquetación: Verónica Sandel
Diseño de portada: Ndesing
Ilustraciones interiores: Veca Grace
ISBN : 9798336630343
Sello: Independently published

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.
No está permitida la reproducción total o parcial de cualquier parte de la obra, ni transmisión de ninguna forma o medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia u otro medio, sin el permiso expreso del titular y autor de los derechos de autor.
El contenido de esta obra es ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas, eventos o locales, es pura coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.
Copyright © 2024 Verónica Sandel
Todos los derechos reservados.

La vida está llena de momentos,
esos momentos llenos de historias,
y esas historias son creadas por personas.
Gracias a mis chicas por llegar, por estar y por quedarse.

NOTA DEL AUTOR

Si estás aquí y no has leído Morris entre sombras, cierra este libro y ve a por el primero, ya que sin haber leído ese no entenderás nada.

Y si, por el contrario, ya lo has leído, simplemente darte las gracias por querer saber qué es lo que le ha sucedido en ese fatídico accidente a nuestra inspectora, que es aquello que ella va recordando y lo más importante, qué o quién está detrás de esos recuerdos olvidados.

En esta segunda parte recorreremos otros escenarios, también basados en lugares reales, pero como en la primera parte, simplemente son inspiración, ya que los lugares son totalmente inventados por la autora, o sea yo misma.

Espero que te adentres en la trama y que no te deje escapar. Solo te puedo decir que disfrutes y te dejes llevar.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO 1

Año 1810, Italia

—Aún estás a tiempo, Francesco —dice Bruno con varios libros en la mano.

—No, padre, debo cuidar de la casa y seguir el legado aquí.

—Está bien, en cuanto tu hermano y yo nos instalemos en Argentina, te mandaremos una carta con las indicaciones para que puedas venir, e instauremos allí la sociedad.

—¿Crees que encontrarás nuevas especies de murciélagos? —quiere saber Francesco.

—Espero que así sea, es una zona de la que se sabe muy poco, pero su ubicación sin duda es privilegiada. Tiene lógica que haya muchas especies.

—Padre —interrumpe Luciano—, tío Leopoldo ha venido a despedirse, lo he hecho pasar al despacho.

—Oooh, estupendo. Vayamos a verlo —les indica para que lo sigan.

Tras la muerte de la madre de Luciano y Francesco, Bruno se sintió en la obligación moral no solo de darles un techo sobre el que dormir y ofrecerles una comida caliente a diario, sino que también quiso darles un hogar. Un hogar que él jamás tuvo, ya que se pasó parte de su niñez y toda su juventud de pueblo en pueblo, sanando a enfermos junto a su maestro Francesco. No se arrepiente de nada, puesto que gracias a eso hoy en día es el hombre que es y, sobre todo, gracias a sus adorados murciélagos había conocido al duque, que le proporcionó todas las riquezas que posee en la actualidad, además de que se había convertido en parte intrínseca de su familia, tanto para él como para los muchachos.

—Leopoldo, ¡qué placer verte! —Bruno se acerca con los brazos abiertos.

—¿Os ibais a ir sin despediros? —pregunta medio ofendido evitando el abrazo.

—Por supuesto que no, nuestra intención era ir esta tarde o mañana.

—Hola, tío Bruno —dice el hijo del duque.

Bruno junior es un muchacho malcriado que habla con bastante soberbia y despotismo a todo el mundo, excepto a su tío Bruno, por el que siente adoración absoluta y un gran respeto. Algo que le ha inculcado su padre, ya que desde bien pequeño le explicó que gracias a Bruno él estaba vivo, también le explicó que le salvó la vida gracias a los murciélagos.

Cuando cumplió ocho años empezó a asistir una vez al mes a casa de Bruno para que le enseñara todo lo que sabía de estos pequeños animales. Al principio Bruno junior estaba un poco reacio, su padre había idolatrado tanto a los murciélagos que él no quería ni tocarlos, porque los consideraba seres sagrados, casi mágicos. Sin embargo, poco a poco Bruno le fue haciendo cambiar de opinión. La llegada de Luciano y Francesco revolucionó la vida de Bruno junior porque pasó de estar completamente solo a poder jugar y salir a cazar con sus nuevos «primos». Francesco y Bruno junior tuvieron una conexión casi desde el primer momento que se vieron, y la pasión que Francesco tenía por los murciélagos acabó por contagiar completamente a Bruno hasta tal punto que decidieron crear una sociedad para enseñar al mundo los beneficios que

podían ofrecer los murciélagos.

Una tarde de otoño se lo plantearon al duque y a Bruno:

—¿Una sociedad? —pregunta el duque.

—Sí, padre —contesta Bruno junior—. Una sociedad en la que solo los más privilegiados puedan tener acceso.

—Una sociedad en la que tengan que aportar dinero o bienes para entrar —interviene Francesco.

—Explicaos mejor —pide Bruno padre.

—¿Cuál sería el objetivo exactamente? —pregunta el duque.

—Hemos pensado que deberíamos exportar los beneficios de los murciélagos, son seres sagrados, casi mágicos.

—Bueno, no son... —interrumpe Bruno.

—Déjalos que se expliquen —se queja el duque.

—Padre —dice Francesco—, ellos sanan a las personas.

—No siempre, hijo, no siempre.

—Lo sé, pero la mayoría de las veces las personas sí son sanadas y cuando no son sanadas es porque deben ser sacrificadas. Es por un bien mayor, esas personas entregan su alma para que ellos puedan seguir sanando a los demás.

—No es del todo así, hijo — intenta explicar Bruno.

—Toda la razón —espeta el duque, Bruno cierra los ojos porque ya se imagina lo que va a decir, para él son seres sagrados que ha enviado Dios—. Tu madre fue sacrificada para que tú pudieras vivir, un bien mayor.

—La sangre de mi madre los alimentó para poder seguir sanando a otras personas —exclama Bruno junior.

—Padre, una sociedad en la que solo los más prestigiosos puedan acceder a «Ellos» —dice Francesco, absolutamente emocionado.

—O los que lo necesiten, ¿no? —interviene Luciano, que está sentado en uno de los sillones laterales observando toda la conversación.

—Sí, exacto —exclama Francesco emocionado—. Buena idea, hermanito, ¿cómo saber si se lo merecen? Pues serán «Ellos» mismos los que lo elijan porque, como bien dice tío Leopoldo, son seres sagrados que nos ha enviado Dios.

—Tres cruces, tres murciélagos, siempre tres, uno por Dios, otro por el Hijo y otro por el Espíritu Santo —grita emocionado el duque.

—«La Vita Per Tre» —dice Francesco.

—«La Vita Per Tre» —repite el duque abriendo la boca y los ojos de sorpresa.

—Es el nombre perfecto para la sociedad, padre —exclama Bruno junior.

—No es mala idea —reconoce Bruno dando vueltas por la sala.

—¿En qué piensas? —pregunta curioso el duque.

—En que esto podría financiar mi viaje.

—Explícate —lo apremia.

—Tenía pensado hacer un viaje, un viaje largo, enfocado en la búsqueda de más tipos de murciélagos, evidentemente tanto Luciano como yo deberíamos trabajar, sanando a la gente de la zona, pero estoy pensando que... No sería tan mala idea si en lugar de solamente sanar, creamos la sociedad y los miembros que quisieran entrar tuvieran que pagar una mensualidad.

—O con donaciones de tierras, padre —interviene Francesco.

—Podría ser, hijo, creo que esto es una señal, estaba dudoso porque es un viaje muy largo, y

sobre todo muy costoso, pero...

—Es una señal, padre —repite Francesco emocionado.

—¿Estás seguro de que quieres marcharte? —pregunta el duque.

—Siento que mi tiempo aquí ha finalizado, siento que quiero seguir en otro sitio, lo siento en mi interior.

—Crearemos una sociedad aquí y otra en... ¿Dónde? —pregunta el duque.

—Argentina —contesta.

—¿Por qué has elegido ese lugar?

—Aquí no hay más zonas donde poder buscar murciélagos y hace cosa de un mes sané a un anciano que era originario de ese país, me estuvo explicando que cuando él era chico vivía en una zona de selva y allí los murciélagos eran muy comunes, pero que había que tener cuidado con ellos.

—¿Atacaban? —quiere saber Francesco.

—Eso parece, o así lo recuerda él. Y ahora que proponéis esto, pienso que es el momento adecuado, en el fondo siempre he querido enseñar al mundo lo que ellos son capaces de hacer, pero me ha dado miedo de que los usen y les hagan daño.

—Por eso debemos elegir a las personas que quieran entrar en la sociedad —dice Bruno junior.

—Pues dicho está, crearemos una sociedad para elevar al cielo a estos pequeños seres —dice el duque, mira al techo y pone los brazos en cruz. Bruno junior y Francesco lo imitan—. «La Vita Per Tre» —dice el duque; Bruno junior y Francesco lo imitan de nuevo. Bruno mira a su hijo pequeño, Luciano, y le guiña un ojo.

—¿Preparamos nuestro viaje? —le pregunta en un susurro.

—Sí, padre, será maravilloso.

Siete meses después llegan a una zona de la selva Argentina que está totalmente despoblada. Según las indicaciones que Aurelio les había ofrecido, deberían llegar a la casa tras caminar dos días atravesando la selva. Y así lo hacen, se adentran en la selva, no sin reservas, ya que Luciano sufre por si se quedan sin alimentos para los murciélagos, pero su padre le asegura que no será así, tiene experiencia de sobra. Tras tres largos y cansados días, siguiendo un mapa con indicaciones escritas del puño y letra de Aurelio, llegan a una casa que parece estar en ruinas, fabricada con tablones de madera.

—Debe ser aquí —dice Luciano mirando a su padre que está con una sonrisa de oreja a oreja.

—Empezamos una vida nueva, hijo —dice Bruno respirando profundamente el aire puro de la selva.

CAPÍTULO 2

Tres días después del accidente sufrido en el *Land Rover* de Andrés, Morris despierta en la cama de un hospital, le duele muchísimo la cabeza, y se siente prácticamente inmovilizada de arriba abajo.

—Buen día, inspectora —dice una voz a su derecha—. Soy el agente encargado de su cuidado.

—Eh... —Morris intenta hablar, pero le duele horrores la garganta, además de sentirla seca.

—Avisaré a las enfermeras de que ha despertado. No intente hablar, el médico se lo explicará todo, no se preocupe por nada —el agente sonríe y sale por la puerta. Unos minutos después entra una enfermera muy bajita con el pelo teñido de azul.

—Señorita Morris, bienvenida, ¡menudo susto! —La enfermera la mira con cariño. Le toma el pulso y le pone un termómetro—. No se preocupe por nada, he avisado al médico, con lo que llegará enseguida, él le explicará lo que le ha sucedido. ¿Recuerda algo?

—Accidente —contesta Morris con la voz ronca.

—Entendido, eso es bueno; no diga nada más, con eso tenemos suficiente por ahora —dice la enfermera acariciándole la cabeza—. No fuerce la voz. Beba un poco de agua. —Le acerca un vaso con agua con una pajita. Morris bebe muy despacio, le cuesta tragar. Respira profundamente, se queda mirando al techo para luego recorrer con la mirada la habitación en la que está, es bastante amplia, a su derecha hay una ventana desde la que se pueden ver unos edificios de color ocre que parecen ser bastante nuevos.

—Buen día, Camila. —Una voz masculina interrumpe sus pensamientos. Se gira y allí, bajo el umbral de la puerta, la observa un hombre alto y canoso con unas gafas en la mano—. Soy el doctor Cruz. ¿Recuerda qué le pasó?

—Accidente.

—Bien, eso es bueno. Hace tres días fueron...

—¡Qué! —exclama Morris intentando incorporarse, pero al hacerlo un latigazo en la espalda la deja casi sin respiración.

—Camila —la regaña la enfermera que la ayuda a colocarse bien de nuevo.

—No se mueva, por favor —pide el doctor—. Tiene la espalda muy delicada. Intente estar tranquila, le explicaré lo que le ha sucedido.

—Sí —afirma ella con cara de dolor y aferrada a la mano de la enfermera.

—¿Necesita más calmantes? —pregunta el doctor, Morris niega con la cabeza y toma aire.

—No hay necesidad de sufrir, si siente un dolor que supere el umbral del cinco, simplemente toque este botoncito y su enfermera acudirá enseguida, ¿entendido? —explica el doctor, la enfermera sonríe.

—Llegaré aquí en nada.

—Gracias —contesta Morris.

—Hace tres días —reanuda el doctor— fueron embestidos por dos coches, el primer impacto fue el más leve, ya que afectó al lado del coche donde no había nadie, con lo que únicamente desestabilizó el vehículo. El problema fue el segundo impacto que fue directamente contra el

lado del coche donde usted estaba. —Se queda en silencio observándola para ver si está asimilando lo que le está explicando.

—Recuerdo —dice ella.

—Bien —prosigue—. Tiene una costilla fracturada y una vértebra desencajada, pero no se asuste, tiene solución y a largo plazo podrá hacer vida normal. Sin embargo, lo que más nos preocupa es el golpe de la cabeza. Ya que recibió un fuerte impacto contra el cristal y su cerebro se inflamó, le tuvimos que inducir el coma durante cuarenta y ocho horas hasta que la inflamación bajó considerablemente, aunque todavía es pronto y debemos esperar. Sé que es mucha información, pero ¿entiende todo lo que le estoy explicando? —quiere saber el doctor. La enfermera no se había movido del lado de Morris y le seguía sujetando la mano con carño.

—Sí —contesta Morris aguantándose las lágrimas.

—Linda, si necesita llorar, hágalo. —La enfermera le aprieta la mano. Morris traga saliva, mira al techo por varios segundos, aprieta los labios y se recompone.

—¿Medina y Andrés? —pregunta arrastrando las palabras.

—Se encuentran bien —contesta el doctor—. No debe preocuparse por ellos. El señor Gabriel tiene fracturado el hombro y Andrés se puede decir que salió milagrosamente ileso, únicamente tiene alguna herida superficial en la cara producida por los cristales de la luna delantera del coche.

—Bien —respira Morris.

—Camila, deberá hacer rehabilitación.

—Vale —asiente.

—Lamento comunicarle esto, pero por el momento no puede volver a España, debemos esperar a que el cerebro esté totalmente estable.

—Lo entiendo —contesta sin darle más importancia—. ¿Puedo ver a Gabriel? —El doctor afirma con la cabeza y mira a la enfermera.

—Enseguida —contesta esta—. Pediré a un celador que lo traiga.

—Gracias. —Camila mira por la ventana.

—¿Tiene alguna duda? —El doctor la mira serio. Morris niega con la cabeza, pero a su mente llegan una y otra vez los ojos de su agresor, sabe a quién pertenecen.

—Trate de descansar —repite el doctor, tras unos segundos sale sin decir nada más.

Una hora más tarde, por la puerta, entra Gabriel sentado en una silla de ruedas con una bandeja de comida en su regazo.

—¿Tienes hambre, jefa? —pregunta con su habitual sonrisa.

—¡Gabriel! —exclama ella con lágrimas en los ojos.

—Nos dejan comer juntos, así que aquí me vengo; te traen la comida en cinco minutos. —El celador deja a Gabriel en el lado más próximo de la cama, Gabriel agarra la mano de Morris y la besa con carño. El celador incorpora con mucho cuidado a Morris para que quede erguida para comer.

—Enseguida le traigo su comida.

—Gracias —contesta ella.

—¿Cómo se encuentra, señora inspectora? Tiene buena cara —pregunta Gabriel con tono de humor.

—Casi nos matan —lo reprende Morris.

—Lo sé —contesta muy serio.

—Hay que dejar de investigar, Gabriel.

—Lo sé —vuelve a contestar.

—Estoy muy preocupada, Gabi.
—Ahora debes descansar, no pienses en...
—Sé quién nos embistió —confiesa.
—¿Quién? El jefe Leandro dice que fueron dos furgonetas negras muy bien equipadas y que desaparecieron en cuestión de segundos atravesando la selva.
—La primera furgoneta la conducía David —asegura ella.
—¿David? ¿Estás completamente segura?
—Reconocería esa mirada en cualquier lugar, es la misma mirada, esa mirada de «tenga cuidado y lo siento».
—¿Estás completamente segura? —insiste Medina tragando saliva.
—Completamente.
—Hay que decírselo a Leandro, pero nada de teléfonos, en persona, cuando venga.
—Piensas que los teléfonos están pinchados, ¿verdad?
—Estoy seguro. Es más... —Traga saliva y mira hacia su bandeja de comida.
—¿Qué sucede?
—Maite ha recibido un paquete.
—¿Qué? —exclama ella, se mueve involuntariamente y otro latigazo le recorre la espalda.
—Tranquila, tranquila, no debes moverte.
—¿Qué les ha sucedido? —aprieta los puños por el dolor y la rabia.
—Ella y la niña están bien, tranquila. Aparte de que les han puesto una patrulla veinticuatro horas. En el paquete había fotos nuestras en el campamento, en casa de Leandro y un vídeo grabado desde el cielo del accidente. Y una nota dirigida a nosotros.
—¿A nosotros?
—Sí.
Medina, cierra los ojos para recitar de memoria—: «Inspector Medina, ¿qué le vas a decir a tu mujer la próxima vez que hables con ella? ¿Tiene ya billete de vuelta? Este es el último aviso para ambos».
—Dios mío, ¿están seguras?—insiste Morris.
—Sí, sí, están bien, tranquila, ya tengo billete de vuelta, me marcho el próximo lunes.
—Bien —contesta Morris—. Yooo, bueno, no sé...
—No tengas prisa en volver, recupérate bien. —Ambos se quedan en silencio.
—Medina...
—Dime —contesta con la boca llena de puré de patatas.
—Prohibido volver a hablar de murciélagos, damos el caso por cerrado. En cuanto llegues a España archiva todo y no volvemos a hablar de este maldito caso, ¿entendido?
—Entendido, jefa —contesta él muy serio—. ¿Volverás a Burgos?
—Tengo la excedencia hasta junio, pero hablaré con el Comisario para ver si me puede devolver mi antiguo puesto.
—Me alegro.
—La comida, señorita Camila —interrumpe una enfermera alta y desgarbada entrando por la puerta—. A comértelo todo que tenés que coger fuerzas para mañana.
—¿Qué pasa mañana? —pregunta Medina.
—Empiezo la rehabilitación. —Se encoge de hombros y mira con cara de asco la bandeja de comida que le acaban de traer.

CAPÍTULO 3

1815, Italia

Una chica joven bastante demacrada está atada de las muñecas al dosel de la cama de invitados en los aposentos del Lord.

—Por favor, señor, haré lo que me pida, pero suélteme —ruega con lágrimas en los ojos sin entender nada. Lo último que recordaba era estar en el callejón de detrás del burdel fumando un cigarrillo, alguien la agarró por detrás y un olor fuerte le inundó las fosas nasales, después oscuridad.

—Es por el bien de todos —contesta Francesco mirándola.

—¿Qué todos...? ¿Hay más hombres aquí? —quiere saber la muchacha, buscando por la estancia con la voz quebrada.

—Ellos te van a purificar —le explica con una voz cariñosa. Saca una especie de pinza de madera que se coloca en la nariz, después saca un bote transparente, lo abre, se acerca a la chica, con una mano le sujeta la cabeza y con la otra le obliga a oler el interior del bote.

—¿Qué...? —empieza a decir ella tirando de sus brazos en vano, pocos segundos después se queda medio adormilada.

Francesco abre una caja enorme de madera que tiene a su lado y de ella empiezan a salir murciélagos, que se quedan revoloteando por la estancia. Bruno junior entra por la puerta con una bandeja en la que hay varios botes y dos cuchillas.

—¿Está lista? —quiere saber.

—Todo preparado.

—¡Que dé comienzo! —Francesco le da una pinza para la nariz y Bruno junior rocía a la muchacha con uno de los líquidos. Automáticamente, los murciélagos se lanzan en picado hacia la muchacha que parece estar dormida; ella siente cada uno de los impactos, pero no puede moverse, una única lágrima cae por su mejilla, sus ojos están llenos de pánico hasta que finalmente quedan inertes y se sumen en su propia oscuridad.

Bruno junior y Francesco miran al techo con los brazos abiertos en cruz.

—La Vita Per Tre, gracias —dicen al mismo tiempo.

Una vez los murciélagos se han alimentado de la muchacha Bruno junior silba y estos vuelven obedientemente al interior de la caja.

—Los has adiestrado a la perfección, primo —lo alaga Francesco.

—Tuve al mejor maestro —contesta con una sonrisa.

—Solo nos faltan dos muchachas más y habremos completado el primer ciclo.

—Deshagámonos del cuerpo antes de que a mi padre se le pase la borrachera.

CAPÍTULO 4

Mayo, 2022

Morris está sentada en la terraza de la clínica de rehabilitación en Buenos Aires (Argentina); ha decidido quedarse allí para recuperarse por completo, es una de las clínicas más prestigiosas y avanzadas del país. Tuvo la posibilidad de volver a España y recuperarse allí, pero tras los acontecimientos sucedidos sentía la necesidad de estar alejada de todo. En un año había estado a punto de morir en varias ocasiones, todas se podían considerar intentos de asesinato.

La primera a manos de su exprometido, Luca, y la última de manos de alguien que no quiere que siga indagando en su pasado, un pasado que la acecha en sueños, un pasado que no la deja descansar.

Noche sí, noche no, sueña que está en el campamento, junto a otras niñas; en ocasiones juegan, otras están haciendo exámenes y una voz la llama «Cami, Cami»: solo sus padres la llamaban así, pero ni es la voz de su madre ni es la de su padre. Otras veces aparece su padre en sueños, la mira, la llama y le sonríe. Despierta con una sensación de abandono que no logra quitarse en todo el día; ¿por qué sus padres le ocultaron la verdad? ¿Por qué no tiene lagunas mentales de su infancia? Tantas preguntas sin resolver la están marchitando por dentro.

Una llamada de teléfono hace que salga de su ensoñación.

—Hola, Álex.

—Hola, amor, ¿cómo has pasado el día?

—La rutina de siempre, terapia con la fisio, piscina y manualidades.

—¿Manualidades? —pregunta extrañado.

—Sí, el psicólogo piensa que me irá bien para no pensar todo el rato en...bueno en el caso.

—¿No ibas a dejarlo pasar?

—Sí Álex, tranquilo que no voy a seguir investigando, eso es algo que me han dejado bien claro.

—¿Estás segura?

—Completamente. ¿Y tú cómo vas?

—Bien, en septiembre me entregarán la nueva prótesis y la verdad es que Miriam se está portando muy bien, no me deja ni a sol ni a sombra.

—Me alegro, yo os extraño mucho la verdad.

—Sabes que puedes volver cuando quieras.

—De eso te quería hablar, la semana pasada en la consulta abordamos el tema de volver a Burgos.

—¿Y?

—Y no quiero, Álex, tú estás en Alicante, Gabi está en Alicante, Maite, la nena...

—¿Y qué problema hay?

—El psicólogo me ha dicho que le da miedo que el volver al lugar donde empezó todo me haga retroceder...

—Entiendo.

—Pero, por otra parte, en Burgos estoy sola, no tengo apoyo de nadie, en Alicante estaría arropada por todos vosotros y...

—¿Has hablado con Gabi?

—No, quería hablarlo contigo primero —al decirlo se ruboriza, solo el pensar en volver a tener a Álex entre sus brazos la hace enloquecer.

—Sabes que mi casa es tu casa, puedes venir cuando quieras, y pasar el tiempo que necesites.

—Sí, pero por una temporada, ¿no? ¿O te parecería bien si...?

—Señora inspectora, ¿me está usted proponiendo que nos vayamos a vivir juntos?

—Soy comisaria —suelta una risotada—. Y sí, el psicólogo me ha recomendado afianzar la relación siempre que ambos estemos de acuerdo, eso me proporcionará estabilidad.

—Mmmmm, suena muy bien... —susurra—, tenerte todos los días entre...

—¡Álex! —vuelve a reír ella y mira hacia ambos lados, aunque está sola, le da vergüenza que alguien pueda escuchar la conversación—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi novio?

—Llevo tres meses sin verte, ¿qué quieres? Estoy que exploto.

—Ya queda poco, en un mes estoy ahí.

—¿Entonces confirmamos «nidito de amor»?

—Tengo que hablar con el comisario para ver qué podemos hacer y eso, pero sí, confirmamos.

—Tendré que adecentar la casa —bufa de broma.

—No le digas nada a Gabi, porfa, primero quiero hablar con el comisario.

—¿Volveréis a ser compañeros?

—No lo creo, él tiene otra compañera desde que me fui, además no sé si me devolverán el puesto, si me llevarán a otra comisaría, no sé nada y...

—No te aceleres amor, poco a poco.

—Sí, bueno, cuenta tú, ¿cómo va tu «proyecto mono»? Te reunías hoy, ¿no?

—Me han anulado la reunión.

—¿Y eso por qué?

—No me han dicho nada, pero vamos, tengo claro que no les voy a conceder ni una entrevista más, no me gusta que jueguen con mis animales.

—¿Qué empresa era?

—Es una asociación por el bienestar animal, reciben ayudas del ayuntamiento y querían proponerme trabajar en conjunto.

—Quizás no deberías cerrarte puertas.

—No sé, ya veremos. Oye, ¿al final hablaste con Cecil?

—Sí, hicimos videollamada ayer, la pobre está muy asustada, me pidió que dejara de investigar, que lo dejara todo.

—Normal.

—Me dijo que fue a visitar a sus padres por Semana Santa, viven en el pueblo de al lado, pero decidieron quedarse a dormir unos días para que la nena estuviera con ellos más tiempo y salió el tema de mi ataque.

—¿Y...? —pregunta Álex curioso.

—Me dijo que mi madre, justo antes de que nos marcháramos a Madrid, fue a su casa y le entregó unos documentos, le pidió que los escondiese bajo llave, que ella no se los podía llevar a Madrid.

—¿Unos documentos?

—Sí, ella solo sabe que son unos documentos, están en un sobre cerrado.

—¿Y qué vas a hacer?

—Le he pedido que los queme.

—¿Que has hecho qué?

—Sí, no quiero saber nada, Álex.

—No puedes quemarlos, no sabes ni lo que son.

—Me da igual.

—No te da igual —replica él, ella se queda en silencio—. Amor...

—Vale, no me da igual, pero no quiero que nadie muera, y necesito que esto se acabe, necesito cerrar el círculo. Necesito estar en Alicante, perseguir a «cacos», hacer interrogatorios y olvidarme de todo esto lo antes posible.

—Lo entiendo, pero...

—Solo te lo he contado porque confío en ti, Álex; a tu lado me siento segura y necesitaba compartir ese peso con alguien más.

—Te ayudaré a llevar toda la carga que necesites.

CAPÍTULO 5

Alicante, Junio 2022

—Señora, disculpe, debe cerrar su bandeja, estamos a punto de aterrizar —informa la azafata del vuelo.

—Oh, sí, perdone, me quedé dormida.

—No se preocupe.

—¿Llegamos en hora? —pregunta Morris.

—Diez minutos de retraso únicamente.

—Está bien.

—Le va a sobrar la chaqueta, hoy hace veintinueve grados.

—Oh, es verdad, aquí es verano —dice Morris.

Se siente prácticamente recuperada del accidente, quedarse en Argentina internada en la clínica, alejada de todo la había ayudado mucho. Ahora cuatro meses después vuelve feliz a España, con muchas ganas de retomar su antiguo puesto de trabajo:

—Deseando que me lo pidiera estaba —le había dicho por teléfono el comisario.

—Muchas gracias, señor, al principio no estaré al cien por cien, ya que necesito recuperarme todavía un poco más, pero no se preocupe que la cabeza me sigue funcionando igual o mejor. — El comisario soltó una risotada al escucharla.

—Con eso me basta, Morris. Tómese el tiempo que necesite, nos vemos a su vuelta —le había contestado el comisario.

Ya pisando suelo alicantino atraviesa las puertas de salida del aeropuerto con su diminuta maleta y una amplia sonrisa en su rostro.

—Camila.

—¿Qué? —se gira buscando la voz y allí están Álex y Medina con un cartel gigante que pone «Bienvenida a la Terreta, señora comisaria» —Morris sonríe, Álex suelta el cartel de golpe y se lanza a besarla.

—Álex, cuánto te he extrañado —le susurra ella aspirando su olor, su aroma a mar y coco, y vuelven las mariposas al estómago.

—Y yo a ti, señora inspectora —contesta. Morris baja la mirada hasta la mano de él y allí se encuentra con un guante negro. Lo había visto infinidad de veces por videollamada a lo largo de estos meses, pero verlo en persona era otra cosa, ver esa mano de robot ahí... La partía en dos, le rompía el alma y no pudo evitar sollozar.

—Álex...

—Eeeh, eeh, que estoy bien. —La abraza de nuevo y la envuelve como si de una niña pequeña se tratara, ella se siente segura entre esos brazos, sus brazos—. Me están fabricando una a medida, ahora voy a ser medio robot. —La mira y levanta una ceja haciéndose el interesante.

—No me puedo creer que te lo tomes así —ella niega acariciando el guante.

—¿De qué otra manera podría tomármelo? —pregunta Álex al mismo tiempo que la aprieta

más fuerte contra su pecho.

—¿Ya, tortolitos? —dice la voz de Medina.

—¡Gabriel! —Camila se separa muy a su pesar de los brazos de Álex y se lanza a los brazos de su fiel compañero.

—Vamos para casa, Maite está preparando un arroz caldoso que nos vamos a chupar los dedos.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta algo temerosa.

—Todo en orden, jefa. Sin rastro de... —imita el gesto de un murciélago, y Álex y Morris estallan en carcajadas.

—Me encanta que estemos de nuevo los tres juntos.

CAPÍTULO 6

Septiembre, 2022

Morris está de nuevo instalada en su despacho de siempre, repasando el último caso de allanamiento de morada cuando la puerta de su despacho se abre sin previo aviso. Un olor familiar hace que su corazón se acelere al instante.

—No se ponga nerviosa, señorita Morris. —Un señor muy mayor entra tranquilamente por la puerta del despacho y la cierra tras de sí—. Lo sé, no puede moverse, pero tranquila no le voy a hacer nada. Mi visita es de cortesía para resolverle algunas de sus dudas, otras muchas quedarán sin resolver, desgraciadamente para usted y afortunadamente para nosotros.

El señor se sienta tranquilamente delante de Morris, se desabrocha con mucho cuidado el botón de la americana y se acomoda en el asiento mirando directamente a la inspectora. Los ojos de ella van de un lado al otro, frenéticamente, al compás de su acelerada respiración.

—Nadie nos va a interrumpir, con lo que le aconsejo que se relaje, es lo mejor para usted. Mi nombre es Héctor Morales. —Los ojos de Camila lo miran ferozmente—. Vaya, no imaginaba que tan solo con pronunciar mi nombre recibiría tanta atención por su parte —suelta una risotada—. He venido a explicarle que nuestra sociedad es privada, y le tiene que quedar bien claro que ni a mí ni a los miembros de ella nos gusta que investiguen, y muchísimo menos que saquen los trapos sucios a la luz. —Toma aire—. Imagino que ya se habrá dado cuenta de que haremos todo, repito: todo lo que esté en nuestras manos, para evitar que algo salga a la luz. Lo que sea, no sé si me explico con suficiente claridad —sonríe—. No le hace falta saber a qué nos dedicamos, pero por cortesía le voy a dar alguna que otra pincelada, como agradecimiento por todo lo que nos aportó cuando estuvo con nosotros en el campamento. —Se la queda mirando, quería ver la reacción de ella al nombrar el campamento, al ver su agitación entrecierra los ojos—. Realmente fue la mejor de las alumnas, a lo largo de los quince años que duró el proyecto, no hubo ninguna como usted. Era aplicada en cada una de las tareas que se le encomendaba, organizada y resolutiva, y por supuesto era muy muy lista, bueno, de hecho, lo sigue siendo para nuestra desgracia. —Héctor se queda en silencio por un largo rato mirando un punto fijo, parece que rememora algo—. Bien, no tenemos mucho más tiempo —continúa Héctor bruscamente—. Somos una sociedad elitista, hacemos contratos de por vida, de sangre más concretamente, y nuestra prioridad absoluta es pasar desapercibidos. Obtenemos grandes beneficios sacrificando muy poco. —Los ojos de Morris hierven de rabia—. No me mire así, el sacrificio se tiene que hacer, siempre ha sido así. Desde que se conoce a la humanidad se sabe que de «humanidad» tiene bien poco, cada uno mira su ombligo y en La Vita Per Tre nos diferenciamos porque nos ayudamos entre nosotros: a crecer profesionalmente, a ganar unas elecciones o simplemente a ser padres. —Se la queda mirando, los ojos de Morris están estupefactos—. Sí, señorita Morris, ha acertado: ese fue el pacto de sangre y vida que hizo su padre con la sociedad —Héctor ríe—. Lo sé, no entiende, ¿verdad? Bien, se lo explicaré: A su padre lo reclutaron para la guerra civil a una muy temprana edad, creo que tenía tan solo dieciséis años. En una de las reyertas a un miembro muy importante de la Falange lo dispararon en los testículos, su hombría había quedado

destrozada, no podía volver así, de hecho, no quería volver, y casualidades del destino —suelta de nuevo una risotada—; a veces el destino es jodidamente cabrón y con tu padre lo fue... El caso es que tu padre lo encontró en mitad del bosque medio moribundo. Tu padre se apiadó de él y le salvó la vida. Estuvieron meses ocultos en un bosque de Asturias, prácticamente hasta que la guerra finalizó, en ese tiempo tu padre y..., llamémosle el señor X, se hicieron grandes amigos, el señor X le habló de nuestra asociación e hicieron un pacto, un pacto de sangre y evidentemente de por vida. —Héctor vuelve a quedarse en silencio—. ¿Todavía no lo entiende, inspectora Morris? —pregunta sonriendo con malicia—. ¿Recordás sus viajes por trabajo? ¿Les decía alguna vez a dónde iba? —Una lágrima recorre la mejilla de Morris—. Oh, no llores, querida, él sentía la necesidad de verla a ella también, sentía la necesidad de verla crecer, de ver si era feliz, aunque juró no hablar jamás con ella, y que ella jamás sabría quién era su padre biológico, ese fue parte del pacto... Tu padre siempre fue un sentimental, no podía evitar ir a verla cada cierto tiempo. No podía evitar quererla, al fin y al cabo, ella era... —guarda silencio— Ella es sangre de su sangre. —Héctor la mira con una intensidad que Morris no logra entender—. Se estará usted preguntando por qué le cuento todo esto, ¿verdad? Muy sencillo se lo debo a su padre, él me ayudó a mí en un momento muy muy complicado de mi vida, no tenía por qué ayudarme, y sin pensárselo dos veces simplemente lo hizo, sin importar las consecuencias que tuviera para él o para su futura familia, con lo que siempre me he sentido en deuda con él, era un buen tipo ¿sabe? De los que ya no quedan: honrado y con buen corazón. —Héctor suspira—. Dicho esto, señorita Morris —dice bruscamente cambiando su tono de voz y su rictus—. Déjenos en paz, a mí, a mi hijo y a la sociedad, ¿entendido? Si no lo hace, le aseguro que la próxima vez no seremos tan benevolentes, e irá viendo cómo las personas a las que quiere y que la quieren van sufriendo accidentes o simplemente desapareciendo misteriosamente y yo, desgraciadamente, no podré evitarlo. —Héctor se levanta no sin dificultad—. No se preocupe, inspectora Morris, le quedan —mira su reloj— diez minutos, tras ese tiempo volverá a su estado normal. —Héctor se gira, pero antes de salir se da la vuelta—: Aah, se me olvidaba, le tengo que dar las gracias por lo de Luca, nos ha quitado un peso de encima, por su maldita obsesión casi hace que nos descubran en varias ocasiones. ¡Que pase un buen día! —Héctor mira directamente a los ojos de Morris y hace la señal de silencio al mismo tiempo que deja con cuidado encima del escritorio un sobre de color blanco. Se da la vuelta y sale con paso firme por donde minutos antes había entrado.

Pasados quince minutos, Gabriel entra en el despacho de Morris como alma que lleva el diablo y se encuentra con una Morris catatónica, sentada en su silla, mirando hacia el techo con los ojos abiertos.

—Morris —la zarandea.

—Estoy bien, estoy bien —contesta ella parpadeando.

—Todos en comisaría nos hemos quedado petrificados, ha entrado un señor mayor que...

—Héctor Morales —dice Morris.

—¿Qué? ¿Quién? —exclama Medina dando un puñetazo en la mesa—. Hostia puta.

—Tranquilo, Gabi.

—Señor. —Un agente entra sin aire en el despacho de Morris—, no hay imágenes, las imágenes se interrumpen diez minutos antes de entrar y vuelven a la normalidad diez minutos después. No entendemos cómo...

—Está bien. —Morris levanta las manos—. Déjenos solos, por favor.

—Claro, inspectora.

—Medina, lo mismo que en Burgos: han borrado las imágenes desde algún servidor.

—¿Te ha hecho algo?

—Nada, nada, estoy bien.

—¿Qué es eso? —Medina señala el sobre de color blanco con la palabra «Morris» escrita a mano y con una rúbrica al parecer antigua.

—La ha dejado Héctor. Me ha explicado por qué mi padre estaba en la lista de la sociedad.

—¿Por qué? —quiere saber mirando al sobre y luego a su compañera.

—Durante la guerra hizo un pacto con ellos.

—¿Qué clase de pacto? —Medina se sienta de golpe en la silla y bufa.

—No lo sé exactamente, pero me ha dejado entrever que tengo una hermana en algún lugar.

—¡Qué dices! —exclama incorporándose.

—Parece ser que mi padre hizo una especie de pacto con un miembro de la sociedad, por lo visto ese hombre perdió los testículos durante la guerra y no podía volver a casa, porque sentía que ya no era hombre.

—Vaya chorrada —replica Gabriel.

—Estamos hablando de hace más de sesenta años...

—Sí, los tiempos han cambiado, pero no entiendo por qué te lo ha dicho, ni entiendo qué tiene que ver, joder —dice bastante alterado.

—Yo tampoco, porque justo después de decírmelo me ha dicho que dejemos de investigar.

—¿Y lo vas a hacer?

—Por supuesto, ya ha sufrido demasiada gente —contesta con brusquedad Morris levantando los brazos y poniendo cara de «tío, en qué coño piensas».

—Vale, vale —contesta Medina.

—Perdona, Gabriel, la he tomado contigo, es que ya tenía todo esto casi en el olvido. Y ahora viene..., me insinúa que puedo tener una hermana en algún lugar, me deja un sobre..., pero luego me dice que no investigue.

—¿Qué crees que pretende, Morris?

—Pienso que busca precisamente eso, que siga investigando —divaga Morris.

—¿No vas a abrir la carta?

—No —contesta ella cogiéndola con unos guantes de látex y metiéndola en el interior de su caja fuerte situada detrás de un cuadro.

—¿En serio no la vas a abrir? —insiste con la boca abierta. Esta lo mira y niega con la cabeza.

—Necesito despejar la mente, ¿vamos a tomar una copa?

—Son las doce de la mañana, Morris —contesta su compañero.

—Bueno, tú puedes tomarte un té, yo quiero un *whisky*. —Coge su chaqueta y su bolso, se queda mirando a Medina—. ¿Vienes?

CAPÍTULO 7

Camila se encuentra en medio de la penumbra, todo a su alrededor es oscuridad, niebla y tiene frío, mucho frío. De golpe la figura de su padre se materializa a lo lejos, él la mira, le sonríe y le pide que se dirija hacia él. Camila avanza con pasos vacilantes, pero con cada paso que ella avanza, su padre parece que se aleja más. Se siente incómoda, angustiada, su padre le sonríe y ella pregunta:

—¿Por qué me has mentado, papá?

No contesta, él sigue llamándola y, de golpe, una niebla oscura empieza a cubrir a su padre, ella se queda quieta, se gira intentando averiguar dónde se encuentra, pero a su alrededor ahora solamente hay oscuridad y frío, mucho frío. Un olor, un olor demasiado familiar le hace girarse y la niebla que ha cubierto a su padre se transforma en cientos de murciélagos que se lanzan en picado hacia ella, ella se encoge y se cubre la cara, y justo a cinco centímetros de ella, los murciélagos se estampan contra un cristal, repitiendo el mismo ruido que escuchó dentro del *Land Rover* de Andrés, en Argentina. Abre los ojos y de nuevo está allí su padre. Mirándola.

—Nooo —grita Morris incorporándose de golpe.

—Amor, ¿estás bien? —Álex se levanta y la abraza, ella está temblando, y completamente empapada en sudor.

—Estoy bien, estoy bien, ha sido solamente un sueño.

—¿Otra vez tu padre?

—Sí, me pide que vaya con él, pero cuando estoy llegando se aleja de mí sin dejar de sonreír, me mira con los brazos abiertos; es tan real, Álex, que da miedo.

—La mente es muy poderosa, amor.

—Yo intento alcanzarlo, corro tras él, pero él se aleja y siento que me asfixio por no poder llegar a él.

—Creo que deberías volver a ir a ver a Esther.

—¿Tú crees? Hacía bastante tiempo que no soñaba con él.

—Te dijo que si volvías a sentir angustia o ansiedad no dudarás en ir a su consulta.

—Lo sé, pero significaría dar explicaciones en la comisaría, y sinceramente, es lo último que me apetece en estos momentos.

—Pídete unos días libres, descansa, desconecta.

—En el trabajo tengo la mente ocupada.

—Yo te puedo ayudar a desconectar la mente de otra manera... —La coge por la cintura, le da media vuelta y la sienta sobre él.

—Sí —replica ella besándolo apasionadamente—. Esta forma de terapia creo que también me ayuda.

Álex y Camila llevan viviendo juntos desde que ella regresó de Argentina; el piso de Álex es bastante grande, cuenta con tres habitaciones, dos de ellas dobles, dos baños, y una cocina-comedor, donde Morris puede darle rienda suelta a su imaginación cocinando. Aunque sin duda lo mejor del piso son las vistas, está situado en una posición estratégica, desde el balcón se puede ver el Castillo de Santa Bárbara y a su vez el mar, lo que les regala preciosas y románticas

puestas de sol.

Tras los acontecimientos del último año, ambos necesitan tranquilidad y sobre todo estabilidad.



Morris llega a comisaría con el tiempo justo, ha estirado el tiempo más de lo estipulado, pero sin duda ha merecido la pena, junto a Álex sus problemas se disuelven y todo parece estar bien.

—¡Buenos días, Gabi! —Asoma la cabeza por la puerta del despacho de su compañero.

—¿Se te han pegado las sábanas, señora inspectora? —pregunta con una media sonrisa.

—¿Tenemos algo o me pongo con la pila de informes que tengo en mi despacho?

—No hay nada, yo estoy con el informe del robo en la joyería. El jefe me ha pedido que lo revise.

—¿El de la joyería Diana Clark? —Curiosa entra en el despacho, ese caso ya se había cerrado hacía más de un mes. Un extraño robo en una de las joyerías más prestigiosas de la ciudad, en el que nadie había entrado ni salido; sin embargo, una de las piezas más exclusivas había desaparecido como por arte de magia. Resultó que la magia no fue tan magia y que una de las encargadas de la joyería estaba compinchada con el hermano de la directora y habían conseguido entrar por los conductos de ventilación, evitando de esta manera ser detectados por el sistema de alarma que esa sala en concreto tenía.

—Sí, el comisario me ha pedido que lo revise para ver si hay algo que se nos pasó poner, dice que desde arriba han detectado algo; no sé...

—¿Desde arriba? ¿Ahora se dedican a investigar casos de robos cerrados?

—No me ha dado más información.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no, si esto es leer.

—Vale, pues estoy en mi despacho —sonríe y se dirige a su despacho.

Al abrir, un olor a cerrado le abofetea en la cara.

—Joder —exclama, deja el bolso sobre la mesa del despacho y se va directa a abrir las ventanas—. ¿Sara? —descuelga el teléfono.

—Buenos días, Morris.

—Avisa a mantenimiento, por favor, mi conducto de aire debe estar obstruido de nuevo.

—Enseguida.

—Gracias.

Cuelga sin más y coge su bolso para ponerlo dentro de un pequeño armario y un sobre de color ámbar cae al suelo.

Se gira para ver qué es lo que se ha caído y al ver el sobre empieza a temblar.

Siente que le falta el aire y la visión se le empieza a nublar.

—Joder —consigue decir, sale corriendo por la puerta, con tan mala suerte que en su huida choca con el agente García, este lleva dos cafés en la mano y del encontronazo se le derraman por completo sobre su recién estrenado uniforme.

—Joder —grita este. Pero ella ni se gira, sigue corriendo hacia la puerta de salida.

—¿Qué pasa? —quiere saber Medina asomando la cabeza.

—Morris, que ha salido de su despacho a la carrera, como alma que lleva el diablo y ni me ha

visto, me ha tirado los dos cafés; joder, mira esta puta mierda.

—Bueno, es solo café, García, no exageres.

—Ella debería tener más cuidado, siempre la protegéis todos, joder; se le permite todo, ¿no?

—No, no, García, no estoy diciendo...

—Ya, claro, os la debe chupar muy bien.

Medina lo coge por la solapa del uniforme y lo estampa contra el cristal de uno de los despachos.

—Te reventaría la cara si...

—Eeh, eeeh. —La voz fuerte y profunda del comisario retumba en el pasillo—. ¿Qué coño está pasando aquí?

Medina respira, aprieta la mandíbula y suelta lentamente a García.

—Este que se piensa que es el «mandamás» de la comisaría y la otra...

—La otra se llama Camila Morris y deberías mostrar más respeto. —Medina aprieta los puños de la rabia.

—Tranquilidad. —La voz de Gutiérrez suena fuerte y autoritaria.

—Joder, no puede ir corriendo como una loca, me ha tirado todo el café.

—No te pases, García —advierte Medina.

—Se ha quedado trastocada desde el ataque que...

—García —brama el comisario—, a mi despacho de inmediato.

—Pero, señor, si ha sido ella la que...

—¡A mi despacho! —repite—. No me haga volver a repetirlo.

—Sí, señor —contesta agachando la cabeza. Al pasar por el lado de Medina se para y se lo queda mirando, retándolo con la mirada. Gabriel le mantiene la mirada. El comisario espera pacientemente, sabe perfectamente que en esos momentos lo mejor es dejar que se reten como dos gallitos de pelea. Por la noche ya se tomarán unas birras juntos o tal vez no.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el comisario una vez que el agente García se hubo marchado.

—No lo sé, señor, he escuchado a García gritar y al asomarme ha comenzado a insultar a Morris, diciendo que ha salido como alma que lleva el diablo corriendo.

El comisario se queda en silencio mirando a Gabriel.

—Vaya a buscarla de inmediato.

—Sí, señor.

—Gabriel, ¿ha notado algún cambio en Morris en las últimas semanas?

—No, señor, ¿por qué?

—Por nada, vaya a buscarla y vengan a mi despacho inmediatamente.

CAPÍTULO 8

Camila está sentada en uno de los bancos de madera que hay en la avenida situada detrás de la comisaría. Su pierna derecha se mueve descontroladamente y ella repite una palabra continuamente como si de un mantra se tratara:

—¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

—Cami —susurra Medina a su lado, ella da un respingo.

—Gabi, perdona, no te esperaba.

—¿Estás bien? —Su amigo se sienta a su lado. Una paloma se les acerca dando saltitos y ella sonríe al verla, es graciosa, es de color jaspeado.

—Sí, sí, solamente necesitaba tomar aire fresco. —Se levanta como un resorte como si no pasara nada.

Medina es la persona que mejor conoce a Camila Morris y sabe perfectamente que su compañera no está bien, le está ocultando información.

Se recuesta sobre el respaldo del banco del parque, se cruza de brazos y se la queda mirando.

—¿Qué? —pregunta ella ladeando la cabeza.

—¡Siéntate!

—Estoy bien, Gabi, un mal día —contesta, pero su compañero ni se inmuta. Todo lo contrario, la mira parpadeando varias veces.

—Siéntate, Cami —repite ahora con tono más amigable, ella tira la cabeza hacia atrás, bufa, pero obedece y se sienta.

—He vuelto a soñar con mi padre —confiesa, Gabi le coge de la mano—. Me pedía que fuera con él, pero al mismo tiempo se alejaba. Al llegar a comisaría vi que alguien había dejado un sobre en mi mesa y de golpe he sentido que algo me oprimía el pecho, no podía respirar y he tenido que salir a buscar aire.

—Y te has llevado por delante al gilipollas de García —apunta Medina.

—Ni me he dado cuenta, sé que me he tropezado con algo, pero solo quería salir de allí, no podía respirar.

—¿Qué ponía en la carta?

—No lo sé, se ha quedado en el suelo de mi despacho. —Se encoge de hombros.

—Tú y las cartas sin abrir... —bromea para intentar relajar el ambiente. Morris se levanta.

—Vamos a abrirla.

—¿Segura?

—Nunca había estado tan segura.

—Vale y después haremos una visita al despacho del comisario.

—¿Por?

—Porque García se ha quejado porque le has tirado todo el café encima, te ha insultado... Quizás yo lo he cogido de la pechera y... Si no llega a aparecer, lo reviento.

Morris suelta una carcajada tan fuerte que hasta las palomas que hay en el césped se asustan y elevan su vuelo.

—¿Tú?, ¿cogiendo a García por la pechera? No te creo.

—No sé qué me ha pasado la verdad, pero, buah, me siento de putísima madre —exclama abriendo los brazos.

—Gabriel Medina —lo regaña Morris con los ojos muy abiertos—, ¿quién eres y dónde está mi compañero?

—Oye, que yo también tengo mi carácter.

Van directos al despacho de Camila, en silencio e intentando no ser vistos, necesitan abrir la carta, en primer lugar, para que Morris se relaje y en segundo lugar por saber si deben o no informar del contenido a su jefe.

—¡Venga, ábrelo! —La alienta Medina mirándola mientras da vueltas a un sobre cuadrado de color ámbar entre sus manos. Ella lo mira, mete el dedo por una pequeña incisión que tiene el sobre y lo rasga. En primera instancia ve un pequeño papel del mismo color que el sobre, lo saca con cuidado, inspira profundamente, le da la vuelta, traga saliva y se lo muestra a Medina.

—Joder —exclama Gabriel observando un logo en el que de un cuerpo de una paloma salen dos alas de murciélago y en el pecho de la paloma hay dibujado un triángulo invertido.

—Hay más. —Le da la vuelta al papel para que lea con sus propios ojos la inscripción.

—«Sigue. Tú eres la llave» —lee en voz alta Medina.

Morris se sienta en su silla, agacha la cabeza y se rasca la frente. Medina le da su espacio.

—¿Soy la llave de qué?

—¿Crees que está relacionado con la carta que te dejó Héctor? —ella no contesta y Medina entiende que ella está en otro sitio ahora mismo, está lejos, está con sus pensamientos.

—«Sigue» —dice finalmente levantando la cabeza—. ¿Tengo que seguir investigando? Medina, joder, dime algo —le ruega ella.

—Morris, te conozco, tu ansiedad, aunque tú la disfraces y pienses que no nos damos cuenta, es porque el caso de los murciélagos quedó sin resolver.

—Shhh —lo regaña Morris.

—No —replica él—. No me callo, es la realidad, tienes una espina clavada y, aunque tú no lo quieras admitir, hay una parte de tu cabeza que te dice que sigas, joder...

—Es peligroso, ¿ya no te acuerdas del accidente? ¿De todo lo que pasó en Argentina y aquí en España mientras estábamos allí?

—¿Que si no me acuerdo? Mi amigo se quedó manco, ¿sabes? Que él a ti te dirá que está muy bien, pero está en la mierda...

—¿Qué? —La cara de Morris se transforma en dolor puro y duro.

—No debería... —Medina se levanta y empieza a caminar nervioso por el despacho.

—Gabriel, por favor... Dime lo que... —La voz se le atraganta—. Álex, yo...

—Joder, no debería...

—Gabi, por favor —ruega ella.

—No debería... —se lamenta Gabriel.

—Gabi, no me fastidies, es mi novio.

—Va a terapia de grupo todos los jueves —confiesa Medina. Morris se tapa los ojos.

—¿Por qué no me lo ha dicho?, yo..., somos una pareja... Yo...

—Porque te conoce casi tan bien como yo... y los dos sabemos que necesitas resolver el caso, y si él te dice que está en la mierda porque le falta su mano, tú te tragarías tus ganas de resolver el caso por él y...

—Joder, Gabi, eso no es así, yo...

—Cami..., tienes que llegar al fondo de todo esto.

—¿A costa de qué, Gabi? No.

—Yo no te voy a decir lo que debes hacer, ya eres mayorcita, pero todos en la comisaría hemos notado tu cambio. Estás irascible, hasta estúpida en muchas ocasiones. Camila, has cambiado.

—¿Y tú no has cambiado? —se defiende.

—Sí, todos hemos cambiado, a todos nos ha afectado de una manera o de otra, pero tú no eres feliz.

—Sí que soy feliz —se vuelve a defender.

—¿Y por qué te ha dado un ataque de pánico?

—Yo... Yo...

El teléfono de Medina interrumpe la conversación.

—Es el comisario, luego terminamos la conversación —sugiere.

—De esto ni una palabra —pide Morris señalando la carta que mete en el primer cajón de su escritorio.

—Como quieras.



—Buenos días, jefe —saluda Morris apretando los labios.

—Buenos días, pasad —pide el comisario. Morris y Medina se sientan frente a un Francisco Gutiérrez serio y con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Gracias —contesta Medina.

—¿Cómo te encuentras, Camila?

—Bien, señor, estoy bien.

—¿Y por eso sales de la comisaría corriendo como si hubiera un incendio en tu despacho?

—No, señor, es solo que me sentí indispuesta y...

—Arroyaste al agente García a tu paso —insiste implacable el comisario.

—Luego le pediré disculpas, señor.

—Y tú, Gabriel, ¿desde cuándo vas amenazando a tus compañeros? —quiere saber, abriendo las manos sin entender su actitud. Morris aprieta los dientes y lo mira de reojo.

—Señor..., García es un...

—¡Medina! —lo para Gutiérrez.

—Señor, el agente García —Medina modula la voz para parecer simpático— insultó a mi compañera y...

—Y en lugar de presentar una queja formal, decidiste ¿qué? ¿Pegarte de hostias con él?

—No, señor, fue un impulso... No iba a...

—Un impulso que te puede costar una sanción.

—Señor, no creo que ...

—Medina, no voy a consentir que en mi comisaría haya ningún tipo de enemistades o problemas, ¿entendido? Esto es un equipo.

—Entendido, señor.

—Morris. —Se la queda mirando muy serio.

—Dígame, señor.

—Los días libres que le quedan pendientes de verano se los coge a partir de hoy.

—Pero, señor, yo... —se empieza a quejar ella.

—Es una orden.

—Estoy bien, de verdad que no necesito días libres.

—Morris, usted dirá lo que quiera, pero yo soy su jefe y le digo que necesita descansar —le repite. Ella se remueve incómoda en la silla—. Qué sé yo..., váyase a visitar a algún amigo o familiar, vaya al cine, lea, no sé...

—Entendido, señor —contesta ella con una voz monocorde.

CAPÍTULO 9

Camila decide seguir el consejo del comisario Gutiérrez e ir a Madrid para visitar a Lucrecia, la que fue durante muchísimos años la mejor amiga de su madre. Había pospuesto esa visita un millón de veces porque a ella le resulta muy doloroso verla afectada de *Alzheimer*, siente como si un cuchillo se le clavara en las entrañas cada vez que la mira directamente a los ojos y se da cuenta de que no reconoce en ellos a su Cami, le duele que repela las caricias de sus manos porque simplemente ya no las reconoce, ya no son familiares para ella. Tiene una lucha interna porque es desgarrador para ella, pero al mismo tiempo es demasiado injusto para Lucrecia que la prive de sus visitas. Con lo que pone rumbo a Madrid a primera hora de la mañana.

El cielo está cubierto de nubes y una llovizna suave e intermitente cae sobre el parabrisas del *SEAT Ibiza*. El hospital en el que está ingresada Lucrecia está situado a las afueras de la ciudad, fabricado de ladrillos rojizos y rodeado de altos pinos. Al llegar al aparcamiento, que está situado a la derecha del edificio, Morris se percata de que prácticamente no hay coches, y una punzada de culpa le atraviesa el estómago.

Camila baja del coche y un escalofrío le recorre el cuerpo, lleva puestos unos tejanos de color negro, un suéter de cuello cisne y un *blazer*, pero tiene frío, con lo que abre la parte trasera del coche y coge un chal acrílico que se ha llevado por si acaso, se arroja con él y se dirige hacia la entrada, atravesando un camino de pequeñas piedras que finaliza justo en la puerta principal del hospital.

—Buenos días —saluda al entrar con una sonrisa.

—Buenos días, Camila —contesta la enfermera situada en la recepción—. Qué alegría cuando he visto que hoy venías.

—Lo he pospuesto demasiado tiempo —se justifica ella incómoda.

—Nunca es tarde —sonríe la enfermera saliendo de detrás del mostrador para darle dos besos. Es una clínica en la que el contacto entre los pacientes, el personal y los familiares de los pacientes es muy cercano. El director de la clínica sufrió por más de quince años la terrible enfermedad en su propia carne de su ya difunta madre, esto desencadenó en él el deseo de crear una clínica diferente, una Clínica en la que los pacientes no fueran solamente pacientes, sino que fueran una gran familia.

—¿Ha empeorado mucho? —pregunta Morris para romper la situación, que para ella está siendo incómoda, aunque ella ya lo sabe porque la clínica le envía un informe semanal del progreso y el estado general de Lucrecia.

—Desde la última vez que hablamos, no, Camila.

—Me tranquiliza.

—No te preocupes, gracias por venir a visitar a Lucrecia —contesta con una sonrisa la enfermera.

—He estado muy... —empieza a justificarse—. No estaba preparada.

—No te preocupes, Camila. —La enfermera le aprieta el brazo—. Aquí hay grupos de apoyo y una vez al día viene una voluntaria y les lee, les cuenta historias, otro día cantan...

—Gracias —repite Morris siguiendo a la enfermera que la está llevando por un pasadizo que da a un patio central.

—A Lucrecia le encanta estar en este lugar —asegura la enfermera.

—¿Crees que sabe dónde está?

—Nunca lo podremos saber a ciencia cierta, los últimos estudios indican que la enfermedad está afectando a muchas partes del cerebro... —La enfermera se queda en silencio—. Si me estás preguntando si en algunos momentos tiene lucidez, no te puedo contestar.

—Entiendo.

—¿Vamos? —La enfermera se adelanta sin darle tiempo a contestar, camina hacia una puerta de cristal corredera que da a lo que parece un jardín acristalado.

—Entre rosas... —susurra Morris. El jardín se compone prácticamente de esa flor.

—¿Qué? —se gira la enfermera.

—Le encantan las rosas, por eso se siente tan a gusto—aclara Morris, la enfermera se limita a sonreír.

Ambas se acercan a la anciana que está postrada en una silla de ruedas, sus rodillas están cubiertas por una mantita de color coral que la propia Morris le trajo la última vez que vino a visitarla, la anciana da vueltas involuntariamente a un pequeño nudo de hilo que tiene el borde de la manta.

—Lucrecia —susurra cariñosamente la enfermera—, ha venido Camila a visitarte. —Esta ni se inmuta.

—Me sentaré un rato a su lado —dice Morris.

—Claro, cualquier cosa que necesites, estoy detrás del cristal —sonríe la enfermera. Morris le da las gracias con la cabeza y se sienta cuidadosamente al lado de Lucrecia.

—Tía Lucrecia, quería pedirte perdón por no haber venido a visitarte, sé que se lo prometí a mamá, pero.... —la voz de Morris se quiebra, las lágrimas brotan sin querer de sus ojos y se deja llevar, siente que lo necesita, en ese momento su alma necesita desenredar los nudos, y la única manera es llorando.

Tras más de quince minutos, sin que ninguna de las dos se moviera ni un centímetro, un leve movimiento hace que Morris levante la vista justo en el preciso instante en el que Lucrecia le agarra la mano con fuerza.

—Cuidado —susurra Lucrecia sin mirarla con un hilo casi imperceptible de voz.

—¿Qué? —pregunta Morris, el corazón le va a mil por hora, se coloca frente a la cara de Lucrecia, para poder mirarla a los ojos y ve cómo una lágrima rueda por su mejilla.

—Tu padre —acierta a decir Lucrecia, la mirada de ambas se cruza por una milésima de segundo, y Morris puede ver en ese instante de nuevo a la que fue como su tía, aunque fue tan solo por un instante. La está avisando de algo, pero ¿cómo podía saber ella que había estado soñando con su padre?

—Tía, ¿qué pasa con papá? —ruega acariciándole las manos. La mano de ella rehúye inmediatamente el contacto de las manos de Morris, tal y como había pasado en otras ocasiones, y entonces sabe que ya no está ahí, no sabe a dónde se ha marchado, pero ya no está allí, la enfermedad la ha vuelto a absorber en el interior de su vórtice para no volver a dejarla salir. Morris se abraza al regazo de Lucrecia y allí se queda sin pensar en nada y pensando en todo.

Sale de la residencia con el corazón encogido y sin pensárselo dos veces pone rumbo hacia el cementerio más grande que existe en Madrid: La Almudena; quiere, o más bien necesita, visitar la tumba de su padre. Un millón de preguntas le asaltan, sentimientos encontrados luchan en su interior: por un lado, siente que ha vuelto al camino, tiene que seguir investigando, pero, por otro

lado, ¿y si esta vez alguien muere? Pero ¿y si averigua la verdad y consigue salvar a la siguiente víctima? Ella está completamente segura de que habrá siguiente víctima, no sabe ni cuándo ni dónde, pero siente que falta poco.

—«Llamar Medina» —dice en voz alta al móvil. Tras tres tonos, su compañero contesta.

—¿Ni en tu día libre?

—Gabi, estoy en Madrid —suelta de golpe.

—¿Qué dices?

—Voy a visitar la tumba de mi padre.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —pregunta preocupado su compañero.

—Tengo una corazonada.

—¿Una corazonada de qué exactamente?

—No lo sé. —Se queda en silencio. Tras unos segundos, la voz de Gabi suena fuerte a través del altavoz.

—Vale, entonces, dime... ¿Qué necesitas?

—Llama a Laura Mendieta y pídele que investigue a la familia Morales.

—¿Estás segura?

—Sí, Medina, necesito llegar al final de este asunto o me moriré por dentro. Necesito saber qué tuvo que ver mi padre con ellos, si realmente tengo un hermano o hermana, tal y como insinuó Héctor Morales, y necesito saber qué es lo que me hicieron en ese maldito campamento.

—Me alegro.

—Sé que lo que te estoy pidiendo sobrepasa los límites y si en algún momento ves que no quieres, o no puedes, por favor, Gabi, dímelo.

—Llegaremos juntos hasta el final, pero debemos ir con cuidado.

—Lo sé, no sé dónde nos estamos metiendo, pero presiento que esto es gordo.

—No has abierto la carta que te dejó Héctor todavía, ¿verdad? —quiere saber su compañero.

—No, ¿por qué?

—Me resulta curioso que quieras investigar a los Morales sin abrir la carta.

—En cuanto regrese, la abrimos.

—¿Qué ha cambiado?

—Hoy he ido a visitar a mi tía Lucrecia, y me he dado cuenta de lo que me atormenta de verdad. El no saber me está matando por dentro tal y como tú me dijiste.

—Necesitas saber o te va a salir una úlcera.

—Ahora lo sé.

—Morris, ¿qué piensas que vas a encontrar ahora mismo en la tumba de tus padres?

—No lo sé, tengo un palpito.

—Está bien, está bien, no insistiré más.

—Gracias, Gabi, eres más que un compañero, eres como un hermano. —Silencio al otro lado de la línea—. ¿Gabi?

—Sí, estoy aquí.

—Aaah, bueno, pues eso: que gracias por estar.

—Pues encuentra la tercera pata de la silla —dice bromeando, siempre lo hace cuando Morris se pone sentimental. Salta con un tema que nada tiene que ver, o hace chistes que solamente él entiende.

—De verdad, Gabi... —lo regaña ella. Pero la realidad es que siempre logra sacarle una sonrisa.

—Lláname cuando estés de vuelta, por favor —ruega.

CAPÍTULO 10

Italia, 1830

—El ritual de iniciación será el próximo domingo; es de suma importancia que para este ritual asistan únicamente los miembros varones de cada familia —explica Francesco con una copa de *brandy* en la mano. Bruno, que se había convertido en Lord tras el fallecimiento de su padre, está a su lado asintiendo en todo momento con la cabeza.

—Así será, señor —contesta Marco, uno de los aspirantes.

—Es tremendamente importante que estén seguros, puesto que una vez ingresen en la sociedad, una vez su nombre sea grabado en el santísimo libro y sean sellados en la parte interna de la axila ya no habrá vuelta atrás. —Francesco se queda muy serio mirando a los diez aspirantes que allí están sentados frente a ellos observando atentamente—. Este es un pacto de sangre para toda la vida, y tanto ustedes como sus familiares pasarán a formar parte de la sociedad más secreta que ha existido nunca. Estarán protegidos en todos los ámbitos de sus vidas, ustedes y todas sus generaciones futuras por las leyes divinas de Nuestro Señor Jesucristo y por la sangre de nuestros benditos murciélagos.

—Espero que esto les quede claro. —La voz de Bruno suena seria—. La sociedad pasará a ser vuestra familia, seremos uno, para siempre.

—¿En qué consiste el ritual? —pregunta Antonio, un hombre de larga barba con no más de cincuenta años, que parece el más dubitativo de los diez aspirantes.

—El ritual es algo sagrado y secreto que no puede ser revelado, mi querido Antonio. ¿Acaso ya no recuerdas que tu hija se salvó de las fiebres? —pregunta Francesco muy serio.

—Sí, señor, y se lo agradezco inmensamente, es solo que...

—¡No admito dudas! —grita Francesco colérico.

—Mi querido Antonio. —Bruno se adelanta y toca con el brazo a su amigo para que se calme, es demasiado agresivo muchas veces y eso puede hacer que los aspirantes se arrepientan: no puede permitirlo, deben crear esta sociedad, se lo prometió a su padre justo antes de morir—, disculpe a Francesco, es demasiado..., demasiado devoto. Todos vosotros deberíais pensar que gracias a él vuestros familiares siguen vivos, él siente en cada una de sus venas el milagro que nuestros pequeños murciélagos han hecho con los miembros de vuestras familias.

—La humanidad está corrompida, el dinero la está pervirtiendo —Francesco escupe las palabras—. Y es por eso por lo que el señor me ha dicho que debemos crear esta sociedad, para ayudarnos y escapar del diablo que está corrompiendo poco a poco al hombre. ¿No os dais cuenta? Solamente los ricos pueden sanar. Solamente el dinero puede ganar. El señor otorgó a mi padre el don de la sanación a través de los murciélagos, para años después ponerlo en mi camino y enseñarme sus pasos y ahora poder ayudaros a vosotros. Pero... —Francesco se queda en silencio, le encanta ser escuchado, y siempre hace silencios dramáticos para crear expectación—. No puedo ayudar a todos, únicamente a los que sean creyentes de verdad, a los que realmente sacrifiquen sus bienes materiales íntegramente para poder crear la sociedad La Vita Per Tre. Únicamente los que sean capaces de hacer todos y cada uno de los sacrificios que se les pidan sin

cuestionarlos podrán entrar en nuestro pequeño gran círculo.

—¿Y los que no? —pregunta tímidamente Pietro.

—Los que no sean capaces no podrán entrar y lamento decirlos que estarán destinados a una vida de miseria y enfermedades —contesta Francesco con brusquedad.

—Porque lamentablemente solo podremos ayudar y salvar a los miembros de la sociedad —aclara rápidamente Bruno.

—Lord, mi hijo y yo estaremos en la reunión —se aventura a decir un hombre de poco más de treinta años, al que se le ve extremadamente flaco—. El señor Francesco salvó a mi hija y a mi mujer de las grandes fiebres, estoy en deuda por siempre.

—Alessandro, sin duda alguna, usted y su hijo serán los primeros iniciados —contesta Francesco con una sonrisa. Alessandro, que se había puesto en pie, hace una pequeña reverencia y se vuelve a sentarse.

—A mí el miedo me puede, señor Bruno; sin embargo, mi mujer está decidida a salvar a mis hijos, ella...

—¿Su mujer lo domina? —pregunta Francesco.

—Mi mujer tiene miedo del futuro de nuestros hijos, son muy pequeños y siempre dice que limpiaría de escoria humana las calles, de borrachos, de mujeres de... Ya sabe...

—No me ha contestado a la pregunta —insiste Francesco acercándose temerariamente.

—No lo entiendo, señor Francesco.

—Ha dicho que su mujer tiene miedo por el futuro de sus tres hijos, imagino que tiene miedo de que, cuando sean mayores, caigan en las fauces de alguna fulana o que la bebida los corrompa.

—Sí, señor, si por ella fuera, los eliminaría a todos..., sin embargo, yo pienso que... Qué culpa tienen los pobres sin hogar de que...

—Su mujer tiene mucho carácter, por lo que estoy viendo. —Francesco lo escruta con la mirada.

—Sin duda, Amadea tiene muchísimo carácter y no solo eso, ella es fuerte como un roble, tuvo a nuestros cinco hijos, ella sola sin comadrona.

—Interesante. —Francesco mira a Bruno.

—¿En qué piensas? —susurra Bruno acercándose para que nadie más los escuche, conoce a la perfección a su amigo, sabe que algo le ronda en la sesera.

—Esta sociedad necesitará en algún momento mujeres, Bruno —susurra sin mirarlo a los ojos, dándoles vueltas como solía hacer cuando una idea nueva le rondaba por la cabeza.

—No te entiendo. —Bruno meneaba la cabeza. Se alejan hacia una esquina para poder hablar sin ser escuchados.

—Esta sociedad que queremos hacer la estamos enfocando mal, Bruno. Las mujeres son una parte importantísima de ella, sin ellas no hay vida. Ellas dan vida, ellas han dado vida a cada uno de estos zoquetes que hay aquí sentados, y, por otro lado, son ellas a las que sacrificamos porque solamente ellas pueden dar vida.

—Sigo sin entenderte, amigo. —Bruno mueve la cabeza, mira por encima del hombro a los hombres que se están empezando a impacientar.

—Necesitamos mujeres —contesta y sin más se da la vuelta.

—Francesco, no te entiendo.

—Dile a tu mujer que venga mañana por la mañana, quiero hablar con ella, creo que necesitamos mujeres con carácter.

—Sí, señor Francesco —asiente el hombre.

—Señores —Bruno levanta las manos—, esta reunión ha terminado. Los esperamos a todos el próximo sábado. No olviden que no pueden hablar con nadie de esta reunión.

Los aspirantes se levantan y se marchan en un absoluto silencio.

—¿Crees que vendrán todos? —pregunta Francesco.

—Lo dudo, has asustado a la mitad —recrimina Bruno.

—No te equivoques, en nuestras filas necesitamos hombres de convicción y fuertes, si queremos hacer una sociedad fuerte e inquebrantable debemos ser duros desde el principio, querido amigo.

CAPÍTULO 11

Una llovizna fina cae sobre la cabeza de Morris, está de pie con la mirada perdida y un ramo de flores entre sus manos frente a la entrada del cementerio de la Almudena. Un señor corpulento, vestido con un mono azul, se le acerca.

—Señora, cerramos en media hora.

—Oooh, gracias, será solo un momento —contesta ella, sin mirarlo, sin tan siquiera moverse, el señor se la queda mirando con tristeza.

—Siento su pérdida. —Le toca el brazo y se aleja con paso cansado. Ella respira profundamente.

—Papá, ¿qué me ocultaste? ¿Qué me hiciste? —dice apretando la mandíbula, y reprimiendo las lágrimas. Ese momento es interrumpido por una mujer, que pasa por su derecha, demasiado cerca, lleva un enorme paraguas de color granate.

—Buena tarde —susurra. Morris se queda aturdida, no se esperaba que alguien pasara tan cerca de ella y mucho menos que la saludara...

Se fija en la mujer, lleva un vestido color berenjena muy ajustado, en sus pies calza unas deportivas tobilleras de color negro y en su mano derecha sostiene una única rosa roja. La mujer se gira un segundo para mirarla y le sonríe. El estómago de Morris da un vuelco, esa sonrisa..., esa sonrisa le recuerda a alguien. Se deja arrastrar por su instinto y decide seguirla, eso sí, a cierta distancia. Su corazón bombea muy deprisa y el suelo está resbaladizo: «estos zapatos no fueron una buena elección», piensa.

Tras varios minutos zigzagueando por los pasillos del cementerio y con los pies llenos de barro, la mujer se para justo frente a una tumba. Morris se acerca.

—¿Nos conocemos? —pregunta directamente y sin tapujos.

—No me recuerdas, Camila; es imposible que lo hagas —contesta la mujer con una sonrisa triste en sus labios sin dejar de mirar la tumba.

—¿Quién eres? —insiste Morris. La mujer hace oídos sordos y se agacha para poner la rosa sobre la tumba. Morris gira la cara hacia la tumba por primera vez y se detiene para leer el nombre.

—«Pedro Morris» —lee—. ¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí?

—He venido a avisarte, Cami —dice la mujer con una familiaridad demasiado peculiar.

—¿Avisarme? —pregunta girándose para mirarla de nuevo.

—No te gires, no me mires, sigue mirando la tumba y ponle las flores como si nada —ordena. Morris obedece sin cuestionarse nada, se agacha, besa el ramo de flores y lo coloca con cuidado sobre la tumba—. Estás... Estamos en peligro, aun así, debes seguir investigando. —Morris escucha atentamente las palabras de la mujer misteriosa sin mover un músculo—. Enciende este teléfono únicamente los lunes de diez a once de la mañana, ¿entendido? —La mujer deja caer como si nada un mini teléfono al suelo dentro de una bolsa transparente. Morris se gira para recogerlo, lo mira y cuando se incorpora allí no hay nadie, está sola frente a la tumba de sus padres. Al darse cuenta se gira para salir corriendo tras la mujer, necesita hablar con ella, saber más, con tan mala suerte que se resbala y se golpea la cabeza al caer. Y de nuevo oscuridad...

Minutos más tarde se despierta acostada sobre uno de los bancos del cementerio con un señor extremadamente flaco que la mira con cara de preocupación.

—¿Qué ha pasado? —pregunta tocándose la cabeza, le duele horrores.

—Señora, no se mueva, mi compañero la ha encontrado inconsciente al lado de una tumba, hemos llamado a una ambulancia.

—Oooh, creo que me he resbalado y... —acierta a decir ella intentando incorporarse.

—No se mueva, por favor —ruega otro hombre que llega a la carrera bastante sofocado—. Los de la ambulancia me han dicho que no dejemos que se mueva, le explica a su compañero como si Morris no pudiera oírlos.

—Estoy bien, de verdad —repite, de fondo se escucha como la ambulancia hace acto de presencia.

—Ya están llegando, voy a guiarlos hasta aquí. —El hombre más flaco se aleja a grandes zancadas.

—¿Ha visto usted a la señora que estaba conmigo? —pregunta Morris.

—No, la verdad, yo estaba con papeleo en el interior —contesta encogiéndose de hombros.

—Había... —De golpe Morris se acordó del móvil que le había entregado la mujer—. Yo tenía un móvil.

—Sí, se lo he metido en el bolsillo de su chaqueta, lo tenía aferrado a su mano como si le fuera la vida en ello —explica el hombre.

—Casi, casi.

—Buenas tardes —interrumpe el sanitario con una sonrisa—. Por decir algo, porque con este tiempo...

—Estoy bien, ha sido solo una pequeña caída.

—Estupendo, incorpórese con cuidado —le solicita ayudándola—. ¿Siente ganas de vomitar?

—No, solo estoy un poco aturdida y tengo frío.

—Bien, déjeme ver esa herida. —El sanitario le separa el cabello con cuidado de no hacerle daño y le limpia la herida para poder ver la profundidad.

—No es nada, de verdad —insiste ella.

—Esto está bien, ha sido un pequeño golpe —confirma el sanitario con una sonrisa—. Acompañeme a la ambulancia, le haré un pequeño chequeo y, si está todo en orden, la dejaré marchar. —Morris ni rechista, sabe que no le serviría de nada discutir.

CAPÍTULO 12

Morris da vueltas en su mano a la carta que le entregó Héctor Morales hace ahora escasamente dos semanas, está esperando que llegue Gabriel porque han quedado para abrirla juntos.

—¿Cuándo has vuelto? —pregunta Gabriel entrando con dos cafés en la mano.

—Ahora mismo, tuve un percance y preferí quedarme a dormir en Madrid.

—¿Qué clase de percance? —Su compañero se la queda mirando.

—Me resbalé en el cementerio y...

—¿Estás bien? —Gabriel deja los cafés sobre la mesa y se acerca a ella.

—Sí, me golpeé la cabeza y perdí el conocimiento, pero estoy bien, tranquilo.

—De verdad, Morris, que no te puedo dejar sola —bromea para quitarle hierro al asunto al comprobar que está bien. Morris saca un móvil pequeño y se lo muestra.

—¿Y eso? —La mira con curiosidad.

—Es mejor que nos sentemos —sugiere cogiendo su café y sentándose, Gabriel la imita—. Ayer, cuando visité el cementerio, una mujer me pasó por mi derecha y me susurró algo así como «buena tarde», no la llegué a entender bien. Algo dentro de mí me dijo que la siguiera, y, al hacerlo, descubrí que se había parado en la tumba de mis padres.

—¿Tu hermana? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—No lo sé —contesta con sinceridad, respira profundamente para poder continuar, su corazón late a mil por hora—. Me entregó este móvil y me dijo que lo encendiera todos los lunes de diez a once de la mañana.

—¿Cómo era?

—No la pude ver muy bien, llovía, estaba oscuro, recuerdo que su cara era ovalada —relata Morris con los ojos cerrados—. Llevaba un vestido y ella me conocía, Gabi, me llamó Cami: solo las personas de mi infancia o mis familiares y amigos muy cercanos me llaman «Cami».

—¿Se parecía a ti?

—No lo sé, la vi por una fracción de segundo, pero recuerdo la sensación, las mariposas en el estómago.

—Igual podríamos pedir que nos hagan un retrato robot.

—No —responde categóricamente—. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Tienes razón.

—Quiero que leamos la carta juntos, no es casualidad, ¿cómo sabía ella que yo iba a ir al cementerio? Fue algo espontáneo, fue algo que decidí al visitar a mi tía Lucrecia, nadie lo sabía excepto tú.

—¿Tenemos los teléfonos pinchados?

—Habría que llamar a Laura para que nos lo investigue —sugiere—. Por cierto, ¿te ha dicho algo?

—Hasta esta misma mañana no he conseguido contactar con ella —confiesa.

—Vale, vale, no pasa nada. —Se queda en silencio saboreando el último trago de su café.

—¿Abrimos la carta? —pregunta él. Morris vuelve a la tierra, y afirma con la cabeza. Con muchísimo cuidado coge su abrecartas, rasga la parte de arriba y saca un papel color ocre que

hay en su interior.

Mi queridísima Camila,

Lo primero que quiero es pedirte disculpas, disculpas por lo que te hicimos pasar durante tu infancia, aunque no lo recuerdes, disculpa por hacerte olvidar y sobre todo disculpa por separarte de tu hermana mayor, por hacerte creer que eras hija única, por obligar a tus padres a mentirte y mostrarte una vida que no estaba destinada para ti. Pero todo fue por tu bien, fue por una buena causa, sé que ahora sientes rabia, miedo, incertidumbre y que tu corazón debe estar acelerado, desbocado y tu cabeza embotada: es normal. Solo quiero que sepas que lo hice para salvarte, o por lo menos para intentarlo, si conseguía salvarte a ti, sabría que había una esperanza.

Lamento profundamente decir que he fracasado y que no volveremos a vernos, porque una vez que tú hayas leído esta carta y respondas a la primera llamada del teléfono que tu hermana te entregó, yo moriré.

No intentes evitarlo, debes coger esa llamada, debes hacer todo lo que tu hermana te diga porque debéis destruir la sociedad VPT.

Debéis hacerlo, no importa lo que os digan, no importa nada, debéis destruirla, tiene que ser vuestra única prioridad. Estoy tremendamente avergonzado de lo que mis antepasados crearon y he luchado en secreto durante la mitad de mi vida para intentar dismantelarla, con lágrimas en los ojos te digo que lamento profundamente no haberlo conseguido, pero sé a ciencia cierta que tú lo conseguirás. Confío en ello.

Fuiste una de las niñas más inteligentes que pasaron por el campamento, esa inteligencia te salvó y te volverá a salvar, debes hacer lo correcto.

Lamento profundamente que VPT te marcara de esta manera para toda tu vida, Cami.

Atentamente,

Héctor Morales (01 de enero de 2022)

—Hostia puta —acierta a decir Medina—. No sé qué decir.

—Ni yo.

—¿Cómo sabía él que no leerías la carta el mismo día que te la entregó?

—Porque me conoce mejor que yo misma, Gabi.

—Te pide que destruyas La Vita Per Tre, pero ¿cómo?

—No lo sé, Gabi, no lo sé, quizás sacándola a la luz, no entiendo nada.

—Yo pensaba que cuando Héctor Morales vino aquí, medio te amenazó para que dejaras de investigar, ¿no?

—Sí, me dijo que había cosas que no debían salir a la luz, pero... —Morris se queda en silencio, Gabriel no dice nada, sabe que en ese momento el cerebro de Morris va a mil por hora y por nada del mundo quiere interrumpirla—. Gabi, fue raro porque su voz era de amenaza, pero sus ojos no, es algo que me llamó la atención, no lo pensé en ese momento porque estaba tremendamente asustada. Luego la carta no la nombró en voz alta, la dejó ahí y ya está.

—¿Insinúas que él estaba vigilado?

—Pienso que sí, él dejó la carta con un gesto cómplice.

—Eso quiere decir que, aunque está dentro de la sociedad, no está de acuerdo con lo que sucede. —Medina está acelerado.

—¿Por qué dice que una vez que coja la llamada de mi... de mi supuesta hermana, él morirá? No entiendo nada, de verdad, Gabi.

—Morris, tranquila, siempre has sabido salir de todo, tu especialidad son los casos difíciles, complicados, siempre has sabido resolverlos.

—Sí, porque mi mente estaba fría, Gabi, en este caso hay muchas cosas de mi vida personal que intervienen. —El teléfono de Morris los interrumpe.

—Es Álex —dice sonriendo.

—Te dejo para que habléis. —Medina se levanta, le guiña un ojo y sale del despacho.

—Cariño, no he podido llamarte —se excusa ella cariñosamente.

—Cami, acabo de leer tus mensajes, ¿cómo que te has ido sola a Madrid?, eso es una locura, podríamos haber ido juntos este fin de semana, ¿ha pasado algo?

—Fue algo improvisado, Álex, fui a ver a mi tía a la residencia.

—Aah, vale, me había asustado.

—Perdona, sabía que estabas con mucho trabajo.

—Para la próxima avísame, amor.

—Lo siento.

—¿Cómo se encuentra tu tía? —quiere saber él algo más tranquilo.

—Ausente.

—Cariño. —La voz de Álex siempre la tranquilizaba, la devolvía a un lugar seguro y tranquilo—, es la enfermedad; ella ya no es ella. Me gustaría estar ahí para poder abrazarte.

—Pero hubo un segundo, Álex, un segundo que me cogió por sorpresa, me agarró el brazo y me dijo «cuidado».

—Dicen que a veces tienen reflejos, pero no son ellos, amor.

—Sus ojos, Álex —insiste ella impaciente—. Sus ojos ya no estaban sin vida, eran los de mi tía y me dijo también «papá».

—Y sentiste la necesidad de ir a visitar a tu padre —ríe al otro lado de la línea—. Me encantan tus impulsos, adoro esa parte de ti, ¿sabes? —lo dijo de una forma tan sensual que Morris no pudo evitar ruborizarse.

—¿Solo esa parte? —pregunta ella juguetona.

—Todas las partes, amor, aunque hay algunas que me gustan más que otras, mañana aterrizo y te lo puedo demostrar.

—Trato hecho —contesta ella mordiéndose el labio inferior—. ¿A qué hora llegas?

—A las seis de la tarde.

—Te voy a buscar y hablamos, he abierto la carta —sugiere ella.

—¿La carta de Héctor?

—Sí, pero ahora cuéntame qué tal tu viaje.

—Tenemos que visitar juntos Brasil, tiene una fauna absolutamente impresionante. He aprendido muchísimo y creo que voy a empezar un proyecto nuevo con ellos para proteger a los «lobos guarás»: son una especie de zorro que está en peligro de extinción, y hay un proyecto precioso, pero quiero hablarlo contigo antes porque implicaría viajar muchísimo.

—Cariño, sabes que jamás me interpondré en tu carrera profesional —contesta cariñosamente ella.

—Lo sé, pero... quiero que lo hablemos.

CAPÍTULO 13

Camila está sentada en la terraza del ático en el que vive junto a Álex, desde que volvió a Alicante está disfrutando del idílico amanecer que le proporcionan las vistas que dan directamente al mar.

—Buenos días, amor —susurra Álex besándole la sien y rodeándola con sus brazos por detrás. Morris se aferra a ellos y al instante se da cuenta de que él no lleva la prótesis puesta y una punzada de dolor le atraviesa el corazón. Acaricia el brazo.

—¿Te duele? —pregunta sin levantar la vista.

—¿La mano? —Se da la vuelta para quedarse frente a ella. Ella asiente.

—No, de hecho, hay veces que parece que la tenga, es muy raro, es como si estuviera, pero no está.

—Lo siento tanto, Álex. —Se encoge en su pecho como un ovillo.

—Eh, eh. ¿Qué pasa?

—¿Por qué no te has enfadado conmigo? ¿Por qué no...?

—¿Qué sucede, amor? —Le levanta la cara y la mira directamente a los ojos sujetándole la barbilla.

—Sé que vas a un grupo de terapia —dice sin más. Ella nota como el cuerpo de Álex se tensa y se zafa de los brazos de ella—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Te lo ha dicho Gabriel, ¿verdad? —pregunta situado de espaldas a Morris.

—Sí, se le escapó, no quería decírmelo, pero... Yo estaba mal... No sé, por favor, no te enfades con él.

—No tenía ningún derecho. —Se gira para mirarla directamente a los ojos—. Esto forma parte de mi vida —exclama recalcando la palabra «mi».

—Álex —se incorpora ella asustada al verlo tan alterado, jamás lo había visto así—, yo lo siento de veras, no pretendía que...; solo quiero que estés bien y que confíes en mí.

—No debería haberte dicho nada —repite y se dirige al interior del apartamento.

—Espera, por favor—ruega ella.

—No. —Se gira levantando los brazos—. Necesito estar solo.

Morris aprieta los labios y se queda paralizada, tensa mucho la espalda. Es la primera vez que ve a Álex en esa tesitura y la sorprende; sabe que debe dejarle espacio con lo que vuelve a la terraza a esperar que se le pase el enfado y poder hablar tranquilamente, sin embargo, unos minutos después escucha como Álex abandona el apartamento a grandes zancadas.

—Mierda, la he cagado.

Una hora después llega Gabi con una sonrisa y mostrando, como si de un tesoro se tratase, una enorme bolsa de papel repleta de *croissants* recién horneados.

—Buenos días, jefaza —dice, pero en seguida cambia la cara al ver los ojos rojos e hinchados de Morris—. ¿Qué pasa?

—Álex —contesta ella.

—¿Está bien?

—Sí, no, no lo sé. La he cagado bien; pasa.

—¿La has cagado con Álex? —pregunta sin entender nada.

—Me cambio de ropa y vengo en un minuto.

Medina entra en el apartamento de sus amigos, se sirve un café y se empieza a comer dos *croissants* casi sin respirar.

—Gabi, lo siento.

—Eeeh, ¿puedes decirme de una puñetera vez que pasa? ¿Dónde está Álex? Lo he llamado y no me contesta.

—Le he dicho que sabía lo de la terapia.

—¿Qué? —exclama Medina incorporándose—. Jooooder, Cami, ¿por qué?

—No lo sé, quería que confiara en mí y... —Morris se interrumpe al escuchar cómo las llaves de Álex hacen acto de presencia en la cerradura de la puerta. Mira a Gabi y este se rasca la cabeza.

Por la puerta entra un Álex vestido con una camiseta de tirantes bien ajustada y unos *shorts* cortos, está empapado en sudor y a Morris le vuelven las mariposas en el estómago al verlo.

—Álex —susurra ella. Este levanta la vista y ve a su novia y a su amigo sentados en la mesa del salón con cara de miedo. Se queda mirando a Gabi y se acerca con pasos lentos pero firmes, hasta quedar frente a él.

—No tenías ningún derecho, Gabi.

—Lo sé, y lo siento de veras, no sé qué me pasó, yo...

—No —interrumpe elevando la voz—. Los amigos no se traicionan, ninguno de los dos tiene ni la más mínima idea de lo que pasé en ese río, todo eso está por dentro y yo soy el dueño de mis emociones y yo seré el que decida cuándo, cómo y dónde compartirlo, ¿entendido?

—Sí, lo siento de verdad, Álex.

—Vale —contesta. Mira a Morris y se acerca a ella—. Te quiero, ¿vale? Y si no te he dicho nada es porque quería protegerte; tu vida está rota, amor, tu infancia no es la que tú creías, tus padres te mintieron, casi te mata una horda de murciélagos, te embistió un coche que casi te mata también...

—Estoy bien, Álex. —Ella se levanta.

—Crees que estás bien, pero yo soy el que te escucha cada noche llamar en sueños a tu padre, preguntarle por qué, llorar, gritar y sufrir.

—Guauu, vaya, lo siento no sabía que...

—Estoy contigo hasta el final, estoy loco por ti, solamente te pido que dejes que yo me ocupe de mis propios fantasmas, ¿sí? —Ella asiente, la besa en los labios y se gira para mirar a Medina que está mirándolos con los ojos como platos—. Y tú métete la lengua en el culo o te meteré en el cubo de basura como hacía cuando éramos pequeños.

—No serás capaz —replica levantándose con una sonrisa de triunfo y poniendo los puños en alto. Su amigo había vuelto.

—¿Qué no? —Álex se lanza sobre él y se enzarzan en una estúpida y cómica pelea de amigos.

—Voy a hacer café, ¿alguno quiere? —pregunta Morris metiéndose un *croissant* en la boca—. ¿Podéis parar ya? Es casi la hora.

—Voy a la ducha y vuelvo —contesta Álex soltando de golpe a Medina, que se resbala y se sienta de culo en el suelo.

—No sé cómo lo aguantas, Cami —replica incorporándose y colocándose bien la ropa.

Morris, Álex y Gabriel están sentados en la mesa del salón en silencio. Álex mira el móvil, Medina hojea una revista y Morris mira a un punto fijo y repiquetea los dedos sobre la mesa de madera.

—Ya son las diez —informa Medina.
—¿Estás segura de esto, cariño? —quiere saber Álex.
—Completamente —contesta—. Quiero saber qué me pasó, quiero saber si realmente tengo una hermana, necesito saber la verdad.
—Vale, pues vamos a ello, estaremos a tu lado. —Álex mira a Medina que asiente con la cabeza.
—Vamos —contesta ella encendiendo el móvil.
En la pantalla aparecen las letras «PIN».
—¿Y ahora qué? —Álex la mira.
—Prueba tu cumpleaños —propone Medina. Morris prueba, pero da pin erróneo.
—Si esto tiene que ver con tu padre, ¿la fecha de tu padre? —sugiere Álex.
—No lo sé, tiene que ser algo más sencillo... Algo que... —Se queda en silencio, se levanta para ir a buscar su bolso, saca la carta, la abre y lee la fecha que pone al lado del nombre de Héctor Morales (1 de enero de 2022).

A las 10.30 te llamo, deja tu teléfono y aléjate de dónde estés.

—Tiene que ser eso, Morris —Medina sonríe emocionado. Ella introduce la fecha y el teléfono se abre, un SMS aparece en pantalla.

—No pienso ir sola, vosotros me acompañáis.
—¿Lo dudabas? —resopla su compañero poniéndose en pie.

Los tres dejan sus respectivos móviles sobre la mesa del salón y salen cogiendo únicamente las llaves de casa. Cruzan el paso de peatones que los lleva hasta una diminuta plaza con una fuente y un banco de madera. No habían llegado todavía y ya estaba sonando el móvil, en la pantalla reza:

Nora

Álex y Gabriel intercambian una fugaz mirada, que pasa desapercibida para la inspectora.

CAPÍTULO 14

—Hola —contesta Morris con el manos libres puesto.

—Hola, Cami. —La voz de mujer al otro lado del teléfono suena fuerte y segura—. ¿Estás en tu oficina?

—No, estamos en una plaza que hay cerca de mi casa.

—¿Estamos? —pregunta Nora.

—Gabriel, Álex y yo —contesta seria mirando a ambos. Nora se ríe.

—¡Tu equipo!, maravilloso, ¡eres afortunada! —asegura—. Tenemos poco tiempo, no más de veinte minutos, nadie puede escuchar esta conversación, y, si Alejo me avisa, cuelgo.

—Entendido.

—Sé que esta conversación nos debería de llevar horas o días, pero te lo resumiré lo mejor que pueda. Me criaron para pertenecer a la sociedad La Vita Per Tre: desde bien pequeña hemos presenciado asesinatos de mujeres inocentes, nos han obligado a matar, nos han inculcado que esos actos tan depravados son normales para nuestra sociedad, es algo que hay que hacer para poder seguir con nuestro *estatus* de vida. No os podéis hacer una idea de la cantidad de peces gordos que hay metidos en la sociedad. Se realiza un contrato de sangre que implica a todos los descendientes, es por eso que tanto tú como yo formamos parte de la sociedad sin que nos hayan ni siquiera preguntado. —Los tres escuchan atentamente las palabras de Nora—. Nuestro padre firmó ese contrato, pero él no era consciente de que nos afectaría a nosotras; en mi caso tanto mi padre biológico, tu padre, como mi padre adoptivo formaron parte de la sociedad. Digo «formaron» porque ambos ya están muertos, y ahora quieren, bueno no quieren, me exigen que yo siga su legado a través de mi hijo, quieren reclutar a mi hijo, Cami. —Un sollozo la interrumpe—. Luis tiene ahora seis años, cuando cumpla ocho años me lo arrebatarán sin que yo pueda impedirlo y lo llevarán a los campamentos de formación. Allí le enseñarán a matar, le enseñarán a ser un líder, a cómo manipular a la gente para poder manejar a la sociedad a su antojo para conseguir todo lo que ellos quieran. No puedo permitir que él se convierta en uno de ellos.

—Nora..., yo... Perdona, estoy intentando asimilar todo lo que me estás contando, pero es muchísima información de golpe y yo... —Morris traga saliva.

—No te preocupes, es normal, para mí esta ha sido mi vida. Para ti todo esto es nuevo, no te imaginas la red que hay detrás. Hace diez años que empecé a crear una red paralela, nos hacemos llamar «Los Salvatori», por el momento somos solamente treinta y tres personas repartidas por todo el mundo, estamos unidos para destruir a La Vita Per Tre, y te necesitamos, Cami, necesitamos tu cerebro, tu posición, tu capacidad de actuación. —Se escucha un pitido en el teléfono.

—¿Qué es eso?

—Es el aviso, tenemos dos minutos.

—¿Dos minutos? —se queja Morris—. Tengo tantas preguntas que...

—Recibirás instrucciones para vernos en París —interrumpe Nora—. En uno de los monasterios franciscanos, ya te diré cuál.

—¡París! —se le escapa a Medina.
—No puedo ir a París —exclama Morris.
—Tú no te acuerdas de mí, pero yo sí de ti —dice Nora.
—¿Cómo? Yo...
—Te necesitamos.
—No lo sé, es peligroso y...
—Sé que harás lo correcto; he seguido tu trayectoria en la distancia, te has convertido en una mujer fuerte e independiente, repito: sé que harás lo correcto. —Tras estas últimas palabras se corta la comunicación.
—¿Nora? —No hay respuesta. Los tres se quedan quietos.
Un instante después un mensaje aparece en la pantalla.

Apaga el teléfono.

—«Apaga el teléfono» —lee Álex. Morris lo mira y obedece.
—Bueno, esto es... —dice Medina, más inquieto de lo habitual en él.
—¿Una red por todo el mundo? —susurra Álex mirando a Morris.
—Esto es gordo, chicos, esto es muy gordo, necesito un café.

Los tres en un absoluto silencio se encaminan hacia una cafetería que hace esquina cerca de la comisaría.

—Buenos días, agentes —saluda Paco, el dueño de la cafetería.
—Buenos días, Paco, lo de siempre para mí, nos pondremos al fondo —comenta Morris.
Paco está acostumbrado a recibir policías y a saber cuándo preguntar más y cuándo preguntar menos.
—Lo mismo para mí —pide Medina.
—¿Y para usted?
—Un café doble, gracias —contesta Álex.

Una vez sentados y cada uno con su café servido en la mesa, Morris saca su mini libreta.
—Vamos a recapitular —dice con el bolígrafo en la mano. Medina y Álex la miran en silencio.

—Tengo una supuesta hermana que está tejiendo una subred para destrozarnos a la sociedad de los Morales porque han amenazado a su hijo. Ha dicho que tienen gente repartida por todo el mundo, con lo que esto me lleva a pensar que ha habido asesinatos a nivel mundial.

—Esto es demasiado, Morris —exclama Medina.
—Lo es.
—Una sociedad a esa escala y ¿que nadie sepa nada? —duda Medina. —Sabemos que data del año 1800, ¿nadie en todos estos años ha dicho nada, a nadie se le ha escapado nada? No me lo creo, Morris; los humanos somos cotillas por naturaleza, nos gusta un chisme más que una golosina a un niño.

—Pero antes que cotillas somos miedosos, el miedo nos paraliza —interviene Álex—. Han podido usar el miedo, Nora ha dicho que ella misma ha presenciado asesinatos.

—Ya sabemos cómo son los ataques, te paralizan con la toxina, es imposible huir —analiza Morris—. Y no hay que olvidarse del adoctrinamiento desde pequeños, Nora ha dicho que desde pequeños los enseñan a matar, con lo que ellos normalizan los asesinatos.

—Y cuando aparece una «oveja perdida» —continúa Medina—, se la cargan delante del resto de «rebaño» para disipar cualquier duda que pueda aparecer.

—Exacto.

—Lo que estáis diciendo es de película —comenta Álex. Morris y Medina se giran sorprendidos mirándolo.

—¿Lo que te pasó a ti no fue de película? —Medina señala la prótesis de la mano.

—Sí, sí, joder, claro que sí, pero yo pensaba que esto era algo de una familia; estáis hablando de una escala a nivel mundial.

—Y la supuesta hermana de Morris quiere que nuestra inspectora lo desenrede —replica Medina rascándose la cara.

—Y en silencio, evidentemente —recalca ella.

—¿Estás dispuesta a empezar otro viaje? —pregunta Medina.

—Sí —contesta—. ¿Podéis dejar de preguntármelo de una vez?

—¿Completamente segura? —recalca Medina.

—Sí, Gabriel. —Pone los ojos en blanco—. Necesito saber. No puedo mirar hacia otro lado, por mí, por mi... ¿hermana?, por mi... ¿sobrino? —duda ella—. Y por todas las víctimas que... —Morris se interrumpe porque Medina está con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Qué pasa?

—Que ya has vuelto.

—¿Qué quieres decir?

—Morris estabas un poco taciturna —aclara Medina—. Con lo que, si estás dispuesta a esto, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Gracias, Gabi, pero tú tienes una familia y no quiero que nada les pase.

—Camila, juntos hasta el final, esto es gordo.

—Lo sé, pero no puedo permitir que...

—¿Y si fuera mi hija una de las futuras víctimas?

—No digas eso, Gabriel por favor—lo regaña ella levantando las manos.

—Eso fue uno de los motivos que me llevó a ser policía, si alguien con mi mismo pensamiento hubiera estado cuando... —La voz se le quiebra.

—Eyyy, Gabi, tío, tranquilo. —Álex pasa el brazo por los hombros de Gabriel.

—Estoy bien, es solo que, estas muertes, y ahora la llegada inesperada de la supuesta hermana de Morris, de «Nora» ... —Traga saliva.

—Ya—contesta Álex—. Yo con el nombre también me he quedado parado.

—Han hecho aflorar recuerdos que estaban muy muy enterrados —se justifica Gabriel.

—Me explicáis alguno de los dos qué sucede —pide Morris pasando la mirada de Álex a Gabi y de Gabi a Álex. Gabi mira a su amigo y asiente.

—La hermana de Gabi fue asesinada con seis años —suelta como una bomba Álex.

—¿Qué?! —exclama Morris llevándose las manos a la boca—. Gabi, yo... No sabía... No tenía ni idea de que... Lo siento muchísimo.

—No pasa nada, ya estoy más que recuperado; puedo seguir yo, Álex —contesta afirmando con la cabeza.

—Nunca me habías hablado de ella.

—Yo tenía diez años, mi hermana Leonora tenía seis años, estábamos jugando en el parque, me descuidé dos minutos jugando con la pelota con unos amigos y, cuando me quise dar cuenta, ella ya no estaba; la estuvimos buscando por más de dos horas, pero nada, mi hermana no estaba por ningún sitio. Yo sabía que le había pasado algo, yo sabía que algo no estaba bien, ella jamás se iba de mi lado. —Se queda en silencio.

—Nora, Leonora —continúa Álex—, sentía devoción por su hermano mayor, cuando llegamos a casa de sus padres, la situación no mejoró, todo lo contrario, empeoró. Su madre estaba en el suelo tirada, medio inconsciente porque su padre había llegado de trabajar borracho y le había pegado una paliza. Intentamos despertarla, pero no había manera, entonces cogí el teléfono y llamé a la policía, Gabriel estaba en *shock*, su hermana desaparecida, su madre inconsciente y su padre... No sabíamos dónde podría estar.

—La policía —continúa Medina— incriminó de inmediato a mi padre, ni siquiera se plantearon que alguien podía haberla secuestrado, dieron orden de busca y captura para mi padre.

—Qué horror, Gabi.

—Lo encontraron en una cuneta; todavía estaba borracho.

—¿Y tu hermana? —Morris está desgarrada por la confesión de su amigo.

—El cuerpo de mi hermana apareció una semana después entre unas rocas del acantilado, la habían asfixiado hasta matarla y habían abandonado su cuerpecito —concluye Medina con la voz rota.

—Gabi, lo siento muchísimo... Yo... —Las lágrimas brotan solas por el rostro de Morris, y Álex le aprieta la mano.

—La autopsia indicó que fue asesinada seis días después de su secuestro —puntualiza Álex.

—Si mi padre... Quizás... Ella... Y al escuchar el nombre de Nora, ha sido una señal, debo hacer todo lo que esté en mi mano, Morris, todo y más. Por eso te insistía tanto, necesito saber hasta dónde estás dispuesta a llegar.

—Gracias, Gabi, no sabes lo importante que eres para mí. Morris se agarra a las manos de su amigo y las aprieta con fuerza.

—Conque los tortolitos se van a hacer una escapada a París, ¿no? —suelta de golpe Medina haciendo que el clímax lúgubre dé un giro de ciento ochenta grados.

—¿Qué quieres decir? —Se estira Morris que no entiende este cambio repentino de tema.

—Necesitas una coartada para viajar a París sin levantar sospechas, ¿no? —explica—: Viaje de enamorados.

—¿Y cuál es la mejor ciudad? —Álex está con una sonrisa de oreja a oreja.

—París —contesta ella con una pequeña sonrisa pícara en los labios—. Gracias, chicos, no sé qué haría sin vosotros.

CAPÍTULO 15

Italia, 1800

En la cripta del castillo, donde reside Francesco, numerosas velas titilan al mismo compás, mientras que, en las esquinas de la sala, pequeñas jaulas llenas de murciélagos descansan tranquilamente. El aire está impregnado de frío, la temperatura debe ser inferior a diez grados y un sutil perfume a flores enmascara el olor a humedad y rancio.

Sobre dos grandes rocas que sobresalen de la parte trasera de la cripta, siete adultos esperan sentados y nueve aspirantes a la sociedad La Vita Per Tre, algunos ansiosos, otros, sin embargo, temerosos. Sus miradas se cruzan de vez en cuando, mientras sentados en el suelo, cinco niños esperan con miedo, apiñados unos al lado de otros. Los más pequeños no tienen más de cinco años y se aferran a las manos de los más mayores, que se hacen los fuertes, porque eso es lo que les han enseñado: a ser fuertes, a cuidar de sus hermanos más pequeños y a confiar en que lo más importante de todo es ser familia, pero sobre todo lo que les enseñan desde bien pequeños es que ellos forman parte de algo grande, algo tan grande que un día cambiará el mundo.

Frente a ellos, una enorme tela de color verde botella cuelga del techo, cubriendo casi la totalidad de la pared. A través de la tela se filtran lamentos, lloros y respiraciones entrecortadas que llenan el ambiente.

A los pocos minutos Amadea aparece por la puerta de la entrada, lleva entre sus manos un enorme cirio de color blanco, y va vestida con un vestido del mismo color que le cubre de cuello a pies, únicamente muestra sus manos con la vela. Al pasar junto a los niños busca con la mirada la de sus hijos y les dedica una sonrisa, este simple gesto hace que todos los niños se relajen al instante. Amadea se coloca al lado de la tela, agacha la cabeza y recita algo entre susurros.

—Bienvenidos a todos, hermanos —empieza a decir muy flojito Francesco mientras entra por la puerta por la que acababa de entrar Amadea. Va vestido con una túnica negra que le cubre de igual modo de cuello a pies; tras él, Bruno le sigue con el mismo atuendo. Al pasar junto a los aspirantes estos pueden observar que en la espalda de estos últimos llevan bordado un símbolo gigante con una B.

—Gracias por estar aquí —interviene Bruno—. Debemos hablar en susurros para no molestarlos. —Señala hacia las jaulas de los murciélagos, todos asienten—. Todavía no deben ser despertados.

—Primero queremos dar la bienvenida a esta sociedad secreta a la grandísima Amadea, gracias a ella hemos podido conseguir tan dignos sacrificios, sin tu inestimable ayuda no hubiera sido posible —explica Francesco con una sonrisa que no se sabe bien si deja entrever lujuria, odio, o felicidad.

Ella le devuelve la sonrisa y agacha la cabeza en agradecimiento. Realmente se siente bendecida, completa, feliz, siente que ha encontrado un camino en la vida; ahora tendrá la oportunidad de limpiar el mundo en el que sus hijos un día tendrán que defenderse solos, pero que, gracias a la sociedad que están creando, será un mundo mejor.

Bruno mira a Francesco, este asiente y se dirige hacia la puerta metálica, con gran esfuerzo tira de ella hasta cerrarla por completo, le coloca un candado y se introduce la llave en el bolsillo derecho.

—Ya podemos dar comienzo a la ceremonia —dice. Los aspirantes se remueven inquietos en sus asientos, aunque nadie dice nada—. Amadea te otorgo el honor de destapar a los sacrificios.

Ella asiente, deja con cuidado la vela que tiene entre sus manos en el suelo, y poco a poco va quitando la sábana hasta dejar a la vista a tres mujeres. Cada una de ellas está atada y amordazada sobre un palo, parece que están aturdidas; la primera mira entrecerrando los ojos, como si acabara de despertar, otra se lamenta y la última tiene la cabeza agachada y parece dormir. Francesco se acerca con un botecito entre sus manos y una tras otra las obliga a oler. Las mujeres reaccionan inmediatamente al olor, es un olor fuerte, penetrante, se intentan revolver sin entender qué sucede, pero les resulta imposible moverse, sus manos y sus pies están atados al palo, y justo debajo de sus pies se está empezando a formar un pequeño charco de sangre, debido a los zapatos que momentos antes les han clavado directamente a la planta de los pies.

La primera es la famosa meretriz del prostíbulo de la ciudad, cuando se ve allí atada empieza a moverse, intenta chillar, pero le resulta imposible porque tiene una mordaza que le impide generar ningún sonido, tan solo algún eco gutural logra salir de su malograda garganta, mira a Francesco con cara de pánico, mientras sus pies palpitan del dolor. Algunos de los aspirantes ahogan un pequeño grito, otros simplemente sonríen. Francesco se gira para mirarlos e indicarles que guarden silencio, mira a los niños y se percata de que están temblando de pánico, mira a Amadea y con un gesto le indica que vaya con ellos. En un momento la segunda mujer empieza a despertar y grita tan fuerte que varios murciélagos se asustan y empiezan a revolotear por el techo de la cripta. Bruno se acerca corriendo y le pone bien la mordaza, ella lo intenta morder y él le propina una bofetada.

—Si chillas, es peor, te atacarán antes de tiempo —le susurra al oído para que nadie más lo escuche; la mujer al oírlo queda totalmente paralizada y se orina.

Amadea se sienta en medio de los niños y los abraza: todos, incluso los que no son sus hijos, se pegan a ella.

—Mis niños, todo está bien, ellas se han portado mal y deben pagar. Gracias a sus pecados, todos nosotros nos purificaremos. Primera lección.

—Amadea —susurra su marido desde detrás con la voz temblorosa y cara de pánico—. Esto... Esto es...

—Esto es lo que hay que hacer, guarda silencio —lo regaña—. ¿Acaso quieres que alguno de nuestros hijos acabe en las manos de alguna de esas fulanas? No, nuestros hijos van a llegar lejos, van a ser grandes —dice orgullosa, apretando más a los niños entre sus brazos para darles fortaleza.

Francesco la mira sonriendo, sin lugar a dudas ha elegido a la mejor. Junto a ella la sociedad prosperará rápido.

—Gracias a todos por guardar silencio. Como bien ha dicho Amadea, estos sacrificios son necesarios para purificarnos. Ellas van a sacrificar sus almas pagando por sus pecados. Darán alimento a nuestros queridísimos murciélagos y de esta manera vosotros quedaréis purificados. Este ritual se llevará a cabo una vez al año. Lo que ocurra aquí se quedará aquí. Jamás ni entre nosotros podremos hablar de estos sacrificios, jamás deberemos hablar de la sociedad La Vita Per Tre y jamás bajo ningún concepto hablaremos de los miembros de la sociedad con otras personas. ¿Queda claro? —Todos asienten.

—Formaremos parte de La Vita Per Tre, para siempre y por siempre —empieza a relatar

Amadea como si de una oración se tratase—. Ayudaremos a la sociedad siempre que esté en peligro, y a cada uno de nuestros hermanos para siempre y por siempre. Mi sangre es tu sangre, tu sangre es mi sangre, por y para siempre. Mis hijos y los hijos de mis hijos. Amén —finaliza la oración y todos lo repiten tras ella.

—Bien, dicho esto, *bon appetit*, pequeños —Francesco, Bruno y Amadea se ponen con disimulo unos apósitos en la nariz para no oler el perfume que paralizará a todos los que están en la sala, y lanzan la fragancia.

Los aspirantes se quedan rígidos en cuestión de segundos, Amadea es la única que sabe lo que va a ocurrir y abraza con fuerza a sus hijos. Francesco se pone delante de las tres mujeres con los brazos en cruz y da tres palmadas, Bruno abre las primeras jaulas de los murciélagos y se acerca a Francesco con un tarro de cristal que contiene unos polvos, se acercan a la primera mujer, ella no puede moverse, sus ojos son los únicos que muestran algo de vida, una vida que se esfumará sin remedio aparente.

—Has dado rienda suelta a tu lujuria, gracias a eso tú nos purificarás y se expiarán tus pecados. —La rocía con los polvos que al hacer contacto con el perfume desprenden un olor entre amargo y ácido, en ese mismo momento los murciélagos se lanzan en picado contra la mujer, la dejan seca en minutos.

—Magnífico —dice Bruno mirando hacia los aspirantes: en sus ojos se puede ver de todo, en algunos había pánico, en otros gozo y en otros auténtica lujuria.

Bruno entrega el tarro a Francesco e intercambian posiciones, ahora sería él el que continuaría con la siguiente víctima, se acerca al segundo poste, la mujer tiene sus ojos anegados en lágrimas.

—Tranquila, tus pecados se expiarán; dicen por ahí que eres bruja, que predices el futuro, pero yo diría que te gusta sacarle el dinero a los pobres honrados y desesperados, cumple tu condena y con tu muerte purifica nuestras almas. —Bruno rocía a la mujer con los polvos y la siguiente tanda de murciélagos se lanza en picado hacia ella, con ella tardaron un poco más.

Francesco le devuelve el tarro a Bruno y se gira hacia los aspirantes, camina hasta quedarse delante de los niños, mira a Amadea, le ofrece su mano y ella se levanta sin dudarlo, caminan juntos hasta llegar frente a la tercera víctima, una chiquilla de veinte años.

—Tú serás la encargada del último sacrificio.

—Yo... —Amadea ahoga un suspiro, no de miedo, no de dolor, sino de agradecimiento y felicidad: ella ha sido elegida, ella va a ser la encargada de que aquella maldita pague por sus pecados.

—Adelante —la anima Bruno, Francesco se acerca para abrir las últimas jaulas.

Ella asiente, coge un buen puñado de los polvos, mira a los ojos de la muchacha y le susurra:

—Tus manos largas te han traído hasta aquí, hoy habrá una ladronzuela menos en el mundo, gracias, tu sangre nos purificará. —Esparce los polvos sobre la mujer y tiene que retirarse a toda prisa porque los últimos murciélagos que quedan, están ya desesperados y se lanzan de tal manera que en unos pocos minutos la joven yace inerte con la cabeza de lado, sus ojos sin vida miran directamente hacia sus espectadores.

—No os preocupéis, el efecto de la parálisis durará unos diez minutos más —informa Bruno.

—Esta ha sido vuestra iniciación. Dentro exactamente de un año, realizaremos la siguiente iniciación de todos los nuevos y ahí ya seréis miembros de pleno derecho de la sociedad, y algunos podréis disfrutar y moveros libremente, acercándoos si queréis para ver más de cerca este gran momento.

—¿No os sentís plenos? ¿Satisfechos? —pregunta Francesco.

—No —logra decir el marido de Amadea—. Habéis... Habéis....

—¿Asesinado? —pregunta Francesco con sarcasmo—. Si piensas eso es que no has entendido absolutamente nada, es una pena porque no eres digno de estar en esta sociedad. Ellas se han purificado de sus pecados o es que.... —se acerca a grandes zancadas— ¿has estado en el lecho con alguna de ellas?

—No será verdad... —Se gira furiosa Amadea—. ¿Eso es lo que les quieres enseñar a nuestros hijos?

—No, no, yo jamás...

—¿Estás seguro? —inquire Francesco.

—Total y absolutamente seguro —contesta mirando con pánico a Francesco.

—Bien, entonces serás el primero —dice Bruno con una sonrisa desde detrás, con un punzón en sus manos.

—¿El primero de qué?

—En ser marcado —contesta—. Acércate, Pietro.

Pietro obedece de mala gana y con las piernas temblorosas y débiles se levanta, coge el punzón y sigue los pasos de Bruno, se pone frente a la primera víctima y le raja el vestido.

—Ahora con el punzón debes hacerle tres cruces, mira: así. —Lentamente Bruno hace tres cruces sobre la piel de la víctima. Pietro traga saliva, mira a sus hijos y duda—. Ahora o nunca. —Pietro lo hace.

—Bravísimo, ahora debes quedarte quieto, te voy a grabar en la axila derecha, el símbolo, no te preocupes es tan pequeño que es indescifrable para los que no pertenecen a La Vita Per Tre. —Coge un pequeño «crotal» de metal, parecido al que se usa para marcar al ganado, lo pone varios segundos sobre el fuego y lo marca debajo de la axila derecha. Pietro aprieta los dientes con fuerza.

Francesco se acerca con una pequeña navaja, le sujeta la mano izquierda, más concretamente el dedo gordo, y le hace un pequeño corte. Le entrega una pluma impregnada de su propia sangre y le indica que debe escribir su nombre.

—Francesco —se acerca Amadea—, creo que los niños han pasado demasiado miedo, pienso que deberíamos instruirlos como a ti te instruyó tu padre.

—¿Instruirlos en el arte de la sanación con murciélagos?

—Sí —confirma ella.

—No todos valen para ese trabajo —contesta bruscamente.

—Bueno, más bien me refiero a instruirlos para que sean miembros de pleno derecho de la sociedad.

—¿A dónde quieres llegar, querida Amadea?

—A que podríamos crear una especie de escuela, al igual que desde bien pequeños se nos enseña la «Biblia» y a ser temerosos de Dios. Podríamos crear una escuela para que los hijos de los miembros sean instruidos desde niños.

—Querida Amadea, eres un pequeño gran diamante en bruto —le dice con una sonrisa, ella avergonzada y orgullosa agacha la cabeza.

Y así es como los primeros nombres del «Libro Sagrado de los Miembros de La Vita per Tre» fueron escritos.

CAPÍTULO 16

20 de septiembre

—Morris, ¿se puede? —pregunta el agente Lorente asomando la cabeza por la puerta del despacho.

—Claro—contesta algo sorprendida al verlo—. Pasa, pasa.

—Te quería comentar una cosa.

—Siéntate, por favor —ruega la inspectora curiosa.

—Verás —se sienta y se empieza a frotar las manos—: La semana pasada nos llegó a comisaría una denuncia de una madre que aseguraba que a su hija le había sucedido algo.

—Sí —afirma ella apartando los papeles que está leyendo y cruzando las manos sobre el escritorio.

—Bien, García y yo nos dirigimos al domicilio de la señora en cuestión, nos recibió el padre con cara de pocos amigos, en un chaletazo a las afueras que ni te imaginas. —Chasquea los dedos silbando para darle énfasis al tema—. El padre estaba muy tenso y la madre no estaba, nos sentamos a charlar con él para que nos explicara qué había sucedido y él nos dice literalmente que su mujer está enferma, que disculpásemos los inconvenientes ocasionados, que su hija se encuentra en perfectas condiciones, que está bien, y que lo que pasa es que está de viaje rollo mochilera por Sudamérica; y en fin, prácticamente nos dijo que nos fuéramos que estaba todo bien.

—Sí —contesta Morris con un rictus muy serio.

—Yo le dije que lo entendía perfectamente, que la juventud de hoy en día se lanzaban y toda esa mierda..., pero que necesitaba una fe de vida de la hija, le aseguré que no es que no lo creyéramos, sino que era parte del protocolo.

—Bien.

—Yo le dije que con mensaje de voz al *WhatsApp* sería suficiente, a lo que él me contesta que eso no es posible porque está en una especie de viaje interior y que no lleva móvil ni nada por el estilo. —Lorente arquea las cejas y se recuesta en la silla.

—Sí —vuelve a repetir ella, no sabe muy bien a dónde quiere llegar su compañero, aunque tiene alguna sospecha, pero por nada del mundo le va a dejar ver que está interesada en el caso.

—La cosa es que hoy nos han visitado los padres de la susodicha con una carta de su hija, en la que les cuenta que está conectando con su interior, en un pueblo de Perú, resonando y vibrando al mismo tiempo con la naturaleza. Hemos leído la carta y todo parece correcto. —Se queda en silencio a la espera, por si Morris pregunta algo, pero ella se mantiene impasible esperando el desenlace de la historia—. Nos hemos despedido dándoles las gracias y diciendo que dábamos el tema por cerrado y García ha bromeado diciendo que, cuando la niña estuviera de vuelta, nos viniese a explicar qué era eso del viaje interior, que tenía curiosidad. —Carraspea para tomar aire—. En ese momento la cara de la madre se ha congestionado inmediatamente, el padre ha dado las gracias apresuradamente y se marchaban cuando la madre ha sufrido un mareo, y, al ir a sujetarla, me ha agarrado con fuerza la mano y he notado un contacto de un objeto. —

Lorente se rebusca en su chaqueta y saca un pequeño papel y se lo entrega a Morris.

Ella lo despliega con cuidado y lee:

—«Morris (VPT)».

—¿Tienes idea de lo que significan esas iniciales?

—¿Qué? —Morris se queda en blanco mirando las letras.

—¿Sabes que significan esas letras? —insiste Lorente incorporándose.

—No tengo ni idea —miente.

—Ya —contesta él.

—De verdad, es realmente curioso que ponga mi nombre, ¿no has dicho que la madre está enferma? Lo más probable es que haya escuchado mi nombre en las noticias y...

—Sí —la interrumpe Lorente con sorna—, debe ser eso.

—Siento no poder ayudarte —Morris intenta parecer sincera.

—Gracias —contesta levantándose. Se queda parado en el umbral de la puerta, se gira para mirarla—. La madre se llama Luisa Font.

—Gracias —atisba a decir apretando los labios.

Lorente cierra la puerta tras de sí, ella se aprieta la frente con las manos, saca el móvil de prepago y teclea un mensaje.

Hay otra víctima. A las 21 en el Mariachis

Apaga el móvil e intenta volver al informe que tenía entre sus manos antes de que Lorente la interrumpiera, pero su cabeza no puede evitar irse a la desaparición de la chica.

CAPÍTULO 17

El restaurante mexicano «Mariachis» es un lugar impregnado del espíritu y la cultura de México en cada rincón. Nada más entrar a Álex y a Camila los reciben dos chicas muy simpáticas bailando y, tras acabar el baile, les plantan a cada uno un gorro de mariachi, a Morris le queda grande y le tapa prácticamente los ojos, las chicas les hacen ponerse en un *Photocall* y los fotografían, al entregarles la foto y verse las caras ambos estallan en risas, cosa que la mente de Morris agradece infinitamente, lleva todo el día con tensión y esos momentos de evasión de la realidad son los que necesita.

Una de las chicas los acompaña hasta su mesa, a su paso se deleitan observando las paredes decoradas con sombreros, guitarras y fotografías de icónicos lugares mexicanos. Del techo cuelgan lámparas de papel de diferentes colores que aportan un ambiente cálido.

—¿Qué les traigo de beber? —quiere saber al mismo tiempo que les entrega dos cartas plastificadas.

—Un tanque para mí —pide Álex.

—Yo una *Coronita* —puntualiza Morris y acto seguido empieza a señalar hacia la puerta de la entrada del local donde está Medina con cara de «dónde coño me he metido», bailando y dando vueltas con la camarera de la entrada.

—Tiene que salir más —sentencia Álex.

—Bueno, con una cría pequeña, bastante que Maite nos aguanta a nosotros.

—Pues tienes razón —admite.

—Te juro que no sabía que había esta fiesta —ríe ella mirando la jarana que hay montada en el restaurante.

—Joder, ¿qué es esto, Camila? —Medina llega sofocado a la mesa.

—Te juro que la última vez que vinimos era un restaurante mexicano normal. —Pone cara de «lo siento».

—Tanque para el caballero —dice un camarero poniendo a Álex delante una jarra enorme—. Y una *Coronita* para la señora —se la queda mirando y le guiña un ojo—, o señorita.

—Yo quiero otra de esas. —Medina señala el tanque de Álex.

—¡Marchando! —El camarero se da la vuelta, no sin antes lanzarle una sonrisa pícara a Morris.

—Joder con el camarero —bufa Álex. Morris lo mira y se ríe.

—¿Cómo va la reserva? —pregunta Medina.

—Bien, aunque jodidos de fondos —se sincera Álex.

—No me habías contado nada —le recrimina ella.

—¿Para qué? —Se encoge de hombros—. Pasado mañana tengo una reunión con unos inversores, pero no sé, ellos quieren organizar visitas guiadas y eso, se encargarían de toda la parte económica y yo solo me ocuparía de los animales, y...

—Y el lugar dejaría de ser tu rincón —acaba la frase su amigo por él. Lo conocía a la perfección. Álex había creado su reserva a base de sacrificio y esfuerzo, y lo último que quería era que se convirtiera en un lugar incómodo para sus animales.

—Exacto, llevo tantos años acostumbrado a entrar allí y poder pasarme horas con ellos que... además de que no sé hasta qué punto se estresarían los animales.

—Pero es peor no poderles dar de comer —dice Morris.

—Eso mismo me dice mi hermana, pero no sé.

—Bueno, tú escucha lo que te ofrecen, y si estás interesado, seguro que tú también puedes poner tus cláusulas —sugiere Medina.

—Solo quiero que ellos estén bien. No quiero que se piensen que esto es un zoo o similar, porque no es así para nada, los animales están ahí porque fueron arrancados de su hábitat sin su consentimiento, y desgraciadamente ya no es posible reinsertarlos, o porque tienen lesiones que no les permiten vivir por sí solos o porque están tan acostumbrados a la mano humana que serían capturados o cazados.

—Puedes plantear las visitas como una manera de concienciar, y que se realicen de una manera muy respetuosa. ¿No tenías una sala de proyección? —pregunta Morris.

—Sí, ¿qué es exactamente lo que pasa por esa cabecita? —quiere saber dándole un trago a la cerveza.

—Su cerveza, señor —interrumpe el camarero—. ¿Saben ya lo que quieren?

—Ayyy, no perdona, nos hemos puesto a hablar —se excusa la inspectora cogiendo la carta.

—¿Nos recomiendas algo? —pregunta Álex.

—Claro, no se pueden ir de aquí sin probar nuestros nachos de queso cheddar y guacamole.

—Arquea las cejas.

—Una de nachos —dice Medina.

—Una de nachos —repite el camarero mientras teclea en una PDA.

—Yo quiero un burrito de pollo picante —pide Camila.

—Burrito dos —sigue tecleando sin levantar la vista—. ¿Unas enchiladas para los señores? —ofrece al ver dudosos a los amigos.

—Venga, unas enchiladas —contesta Álex mirando a Medina que le confirma con la cabeza.

—¿Con salsa roja o normal? —quiere saber el camarero.

—Con salsa —dice Medina.

—Yo prefiero sin salsa.

—Estupendo —contesta el camarero y se da la vuelta.

—Bueno... —se gira Álex para mirar a su novia— ¿qué decía esta cabecita pensante?

—Tú te desvives por ellos, amor, que mejor manera de inculcar lo que tú sientes, que creando algo afín a ti. Podrías dar charlas explicando cada caso, documentando cada rescate, explicando lo que hacéis para que ellos sobrevivan.

—Pueden asistir colegios y educar desde pequeños —sugiere Medina.

—No me desagrada la idea, la verdad —confiesa Álex.

—Ay, amor, que te veo dando conferencias por todo el mundo, ya verás —sonríe ella.

—Anda, exagerada.

—Bueno, Cami, ¿nos cuentas las novedades? —pregunta Medina.

Ella les resume la conversación que ha tenido con el agente Lorente.

—¿Y qué sugieres hacer?

—Quiero hablar con la madre —confiesa.

—Arriesgado, ¿no te parece? Seguramente tengan la casa vigilada y que tú, precisamente tú, visites a la familia... No sé, Cami —duda Medina.

—La madre no está en la casa —contesta con una media sonrisa.

—¿Tenías un as en la manga, amor? —ríe Álex.

—La han ingresado en el sanatorio de Santa Paz —contesta y chasquea la lengua.
—Para silenciarla —exclama Medina con la boca llena de nachos.
—Eso parece.
—¿Y cómo piensas entrar? —Álex la mira atento.
—Una enfermera de allí me debe un favor. —Levanta las cejas y se mete un nacho en la boca.
—¿No te da miedo que se vaya de la lengua? —pregunta Álex.
—A ver, si me permiten un momento —interrumpe el camarero—: El burrito extra picante por aquí —le guiña un ojo—. La enchilada sin salsa era para.... —pregunta mirando a ambos, Álex levanta la mano— ¡bien!, y la que falta por aquí.
—Gracias—contesta Medina.
—Que aproveche, señores, y disfruten de la velada.
—Menuda pinta tienen las enchiladas —dice Morris.
—¿Quieres? —ofrece Álex. Ella niega con la cabeza mordiendo el burrito.
—Retomando —dice Medina—, ¿no tienes miedo que se vaya de la lengua?
—No —contesta sin más, bebe un largo trago de cerveza—. Si ella se va de la lengua, yo recupero unos antecedentes que curiosamente han desaparecido de la base de datos de su hijo.
—¡Camila Morris! —espetea Medina abriendo la boca. Álex suelta una carcajada.
—¿Quién eres y qué has hecho con mi novia? —pregunta recuperando el aliento.
—No exageremos, son cosas de hurto menor, pero si saliese a la luz que una persona con un cargo público....
—Camila Morris, no te creo —repite su compañero.
—Ayyy, Medina, de verdad —se carcajea ella—. No seas exagerado, no es para tanto, además esto es por un bien mayor.
—¿Quién es el hijo?
—No sé de qué me estás hablando —contesta ella negando con la cabeza, acabandose lo que le queda de la *Coronita* de un solo trago, busca con la vista al simpático camarero y pide otra alzando el botellín.

CAPÍTULO 18

—Laura, por fin, ¿qué tal?

—Jodida Camila... —confiesa.

—¿Qué pasa?

—¿En qué coño estás metida? —pregunta Laura de golpe.

—¿Qué has encontrado?

—¿Que qué he encontrado? Joder, Camila, di mejor que es lo que no he encontrado. La familia a la que me has pedido que investigue tiene muchísimo poder, no sabes cuánto.

—Lo sospechaba.

—Me han pegado un toque, Camila; a mi que soy la puta ama en este mundillo, me han pegado un toque.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás bien?

—Sí, tranquila, sé cuidarme, pero me han insinuado que deje de meter el hocico donde nadie me ha llamado y evidentemente no con ese tono.

—¿Qué has averiguado? —vuelve a insistir.

Al otro lado, Laura bufa cabreada.

—La familia Morales es una de las familias más influyentes de Argentina, son unos reputados científicos, están podridos de pasta y cuando digo pasta es mucha pasta, ¿me sigues?

—Lo capto.

—Bien, pues resulta que ese dinerito parece ser que les llega a través de donaciones anónimas, porque son dueños de una sociedad que según la página web es sin ánimo de lucro.

—Ya... —contesta Morris.

—La sociedad Alas Negras, es una sociedad que se dedica a...

—¿Sociedad Alas negras? —interrumpe Morris.

—Sí, los fundadores de la sociedad Alas Negras son Héctor Morales y Alan Díaz, fue fundada en 1990, y hasta ahí me deja leer.

—¿No hay nada antes de esa fecha?

—No hay nada anterior a la creación de esa asociación, como tampoco hay nada de sus fundadores antes de ese año.

—No es posible —contesta Morris.

—En la red no hay nada, Morris, esa familia está capada.

—¿Y en la otra red?

—Ahí es donde tocamos hueso, en el momento en el que puse su nombre se me bloquearon todos los sistemas, yo pensaba que había sido cosa de la red, la restauré y volví a empezar, no encontré nada y lo dejé por ese día. La putada fue al día siguiente cuando quise volver a ponerme al lío, me habían hackeado el sistema y me habían secuestrado los datos de mis clientes *vips*.

—¿Secuestrado?

—Sí, habían subido a una plataforma los datos personales de mis clientes, incluida tú, querida amiga.

—No.

—Sí, y con mucha sutileza recibí un mensaje diciendo que, si quería recuperar esos datos, tenía que dejar de meter mis narices donde nadie me había llamado y me enviaron varias fotos mías en ese momento desde mi propio apartamento.

—Joder, Laura, lo siento muchísimo; yo... —se lamenta Morris.

—No te preocupes, me he mudado y he montado un sistema nuevo, por eso no me podías localizar. Nadie sabe dónde vivo ahora.

—Lo siento, de veras.

—¿Quiénes son? —quiere saber Laura.

—Es una larga historia, pero creo que son los que están detrás del ataque que sufrí el año pasado —se sincera con su amiga.

—Joder, Cami, me lo imaginaba.

—Es largo y lo único que hago es encontrarme trabas. Gracias, y siento que...

—No he acabado —interrumpe la hacker.

—¿Has encontrado algo?

—Justo esta mañana he encontrado unas fotos en un archivo de Santiago de Chile, donde curiosamente Héctor Morales visita a la familia de Martina, la chica que desapareció en el año 2021.

—¿Sabes la fecha?

—Sí, a eso iba, no te me adelantes —resopla Laura a la que le encanta ir dando la información a cuentagotas—. La foto fue publicada en el diario «*Noticias al día*» al mes de la desaparición de la chica, es un diario digital de medio pelo y quizás por eso ha pasado desapercibido, porque sale él en la foto dándole la mano a su padre, la madre llora al lado y en el texto pone: «Un familiar acude a casa de la familia para darles apoyo tras un duro mes sin hallar rastro alguno de Martina».

—¿No sale su nombre por ningún sitio?

—No, y gracias a eso lo he encontrado, porque he creado un programa que no solo reconoce caras, sino también gestos, por lo visto todos tenemos unos gestos que nos delatan y nos caracterizan.

—No tenía ni idea. ¿Y cuál es el gesto de Héctor?

—Levanta el dedo índice de la mano derecha y se toca el párpado, lo suele hacer un par de veces cada hora.

—¿Cómo te has enterado de eso? —pregunta perpleja, y haciendo memoria de cuando estuvo frente a él, es cierto que hacía un gesto con la mano, pero lo había olvidado.

—No te lo puedo decir todo —suelta una carcajada al otro lado.

—Imagino —contesta con una sonrisa.

—Muy sencillo, encontré la ficha del médico que lo trató durante su infancia, su rastro desaparece a partir de su mayoría de edad, en la ficha pone que tuvo una pleura de bien pequeño, con tan solo dos años de edad, y que sus padres, para que no se moviera, porque por lo visto era un niño bastante hiperactivo, no tuvieron más remedio que atarlo a la cama.

—Qué horror —exclama Morris.

—¿Cómo le dices a un niño de dos años que no se puede mover?

—Sí, lo entiendo, pero atarlo, joder....

—Pues derivado de eso le salió una especie de tic, y gracias ese tic le he podido encontrar. Realmente no sé si esta información te aporta algo porque... —Laura se queda en silencio.

—¿Qué pasa, Laura?

—Héctor Morales fue hallado muerto en la bañera de su casa hace unas semanas.

Morris ahoga un grito, las palabras de Héctor escritas de su puño y letra vuelven a su cabeza y se le clavan como un alfiler

— Lo siento, Cami, con esta muerte me encuentro ante un paredón enorme.

—Gracias, Laura, esto es... Joder, no me lo esperaba.

—La asociación Alas Negras parece una especie de secta, ¿sabes?

—¿Por qué lo dices?

—Si entras en su web, te das cuenta: familias unidas por el amor y la paz, organización de eventos para familias desfavorecidas, entrega de alimentos, creación de escuelas para niños en zonas desfavorecidas... Intenté ponerme en contacto con ellos para que me dijeran el coste mensual para ingresar en sus filas e investigar desde dentro, y empezaron a hacerme una serie de preguntas para ver si estaba a la altura, si quería formar una familia pronto, si tenía un trabajo estable, una casa, en fin...; parecía una especie de secta, de verdad.

—Entiendo. Gracias por todo, Laura, te ha debido de llegar la transferencia, ¿no?

—Sí, sí, Camila, pero quiero que sepas que no voy a dejar de investigar, esto es algo gordo y sabes que, si hay algo que se me resiste, soy incapaz de dejarlo, y esto lleva mi nombre.

—Laura, yo no puedo seguir pagándote —se sincera.

—No te estoy pidiendo dinero, te estoy diciendo que voy a seguir.

—Vale, pues gracias, Laura, y gracias también por estar al otro lado —contesta Morris.

—Bueno, Cami, te tengo que dejar que el deber me llama, me pondré en contacto yo contigo porque este teléfono lo tengo que desactivar en cuanto colguemos, ¿vale?

—Vale, pero, Laura...

—¿Qué?

—Ten cuidado, por favor.

—Siempre lo tengo.

CAPÍTULO 19

3 de octubre

Morris llega al sanatorio Santa Paz a eso de las siete de la tarde, las visitas acaban a las ocho, con lo que tiene una hora y al parecer la hora más ajetreada entre el servicio sanitario, ya que se dedican a preparar las comidas, medicaciones y demás menesteres, y ella aprovechará para colarse sin ser vista en la habitación de la señora Luisa Font, situada en el ala este de la tercera planta.

—Buenas tardes, Carmen, ¿qué tal tu hijo? —saluda Morris con algo más de picardía de la que usa habitualmente, pero debe asegurarse de que no se irá de la lengua. Carmen sonríe al verla, aunque la esté poniendo entre la espada y la pared, es una madre agradecida.

—Hola, insp... Camila —rectifica—, estoy muy bien ¿Y tú?

—¿Necesito algo para subir? —pregunta directamente.

—Lleva esto por si te preguntan, eres de la asociación Olvidos. —Le entrega un ejemplar del libro *Lo que el viento se llevó*—. Ellas suelen venir los martes, pero puedes decir que cambiaste el día porque tienes que asistir a una de las lecturas conjuntas que organizáis para el hospital.

—Entendido —afirma cogiendo el libro y abrazándolo tal y como hacen los clérigos con la *Biblia*.

—Sube por aquel ascensor —le explica Carmen, acto seguido se despide de la inspectora con un movimiento de cabeza desapareciendo por la puerta que tiene detrás.

Camila se encamina hacia el pasillo que la lleva hasta el ascensor del ala este del edificio, donde están ingresados los pacientes con trastornos mentales. En las dos primeras plantas conviven los enfermos que no pueden recibir visitas con lo que estas dos plantas siempre tienen que estar cerradas al público; sin embargo, la tercera y la cuarta planta funcionan como cualquier hospital, los pacientes están internados por voluntad propia.

En el caso de Luisa, Morris está completamente segura de que está internada por voluntad del marido, pero le viene muy bien que esté en esta planta y no en las inferiores para poder acceder a ella.

Las puertas del ascensor se abren y ella se mete dentro, huele bastante a desinfectante, se mira en el espejo, unas pequeñas patas de gallo empiezan a asomar por los laterales de sus ojos, y sus ojeras están algo más visibles que un par de años atrás cuando toda esta locura empezó.

Un sonido leve la despierta de su ensoñación cuando las puertas del ascensor se abren, asoma la cabeza con cuidado y observa que el pasillo parece estar desierto, se escuchan voces al fondo, pero ni rastro de enfermeras. Sale y las puertas del ascensor se cierran tras ella, se coloca el libro en la mano izquierda y se encamina por el pasillo derecho rumbo a la habitación 333, va por el pasillo cruzando habitación tras habitación, se percata de que casi todas las habitaciones están habitadas únicamente por pacientes, no tienen visitas, de golpe una enfermera sale de una habitación y casi choca con ella.

—Oooh, disculpe —reacciona Morris levantando las manos.

—¿*Lo que el viento se llevó*? —pregunta la enfermera con una sonrisa.

—¿Qué? —Morris la mira sin entender nada.

—El libro —señala la enfermera.

—Aaah, sí, disculpe, iba pensando en mis cosas y...

—¿A qué habitación va? —la enfermera la escruta con la mirada.

—A la 332 —miente con rapidez.

—Oooh, ¿es familiar? —pregunta extrañada escaneándola de arriba abajo. Morris niega con la cabeza y sonríe.

—Soy de la asociación Olvidos. —Levanta el libro.

—A Aurora le vendrá maravillosamente bien, qué gran labor hacéis, querida. —La enfermera le aprieta el brazo con cariño y desaparece a toda prisa.

Morris aprovecha para acelerar el paso, no puede permitirse que nadie más la vea, llega a la altura de la habitación 333, siente que alguien la observa, se gira, y allí bajo el marco de la habitación 332 hay una chica de cabellos rosas que la mira al mismo tiempo que mueve el pie al son de alguna canción que suena a través de sus auriculares. La chica al verla le sonríe y le levanta el dedo gordo de la mano, Morris le devuelve la sonrisa e imita el gesto y, sin dar tiempo a que pueda haber ninguna interacción más, se mete en la habitación de Luisa.

—¿Luisa? —susurra al entrar, está oscuro y huele fuerte a la colonia *Nenuco*. No obtiene respuesta. Se adentra más en la habitación y se sorprende al encontrarse frente a una mujer de no más de cincuenta años postrada en una silla de ruedas, con la mirada perdida. Morris deja el libro sobre la cama y se arrodilla frente a la mujer.

—Luisa, ¿me oye? —La mujer no se mueve, pero su respiración cambia de intensidad. Sabe que la escucha, eso es bueno, posiblemente está ausente por el trauma de estar allí y saber la verdad de lo que le ha ocurrido a su hija.

—Luisa, he venido a ayudar a su hija. —La mirada de la mujer se posa sobre los ojos de Morris y a esta le da un escalofrío, esa mirada está llena de dolor, ira, rabia, tristeza y muerte—. Nadie sabe que estoy aquí y así debe seguir, no hace falta que me hable, solo indíqueme si me entiende. —Luisa parpadea varias veces.

—Está bien —asiente, acerca con cuidado una silla y se sitúa frente a Luisa—. ¿Sabe quién soy? —Los párpados de Luisa se abren y cierran muy rápido, una mano hace el intento de moverse, Morris al darse cuenta se la acaricia con cariño.

—¿Sois miembros de La Vita Per Tre? —quiere saber la inspectora. La mujer empieza a moverse inquieta y un sonido gutural hace el intento de salir de su garganta, Morris aproxima su cabeza a la boca de la mujer.

—Ayuda —la voz de Luisa parece salir de la mismísima ultratumba—. Justicia.

—Tranquílcese, haré todo lo que esté en mi mano para salvarla —le asegura Morris, acto seguido una lágrima rueda por la mejilla de Luisa, y Morris entiende el significado de esa lágrima.

—Ya han sido sacrificadas, ¿verdad? —pregunta la inspectora con un nudo en la garganta y el estómago revuelto. Luisa cierra los ojos.

Morris se tapa la cara ante la afirmación, siente rabia, impotencia, dolor, tristeza, todo se le comienza a acumular en el pecho y empieza a no poder respirar. Tiene que salir de allí, pero sabe que la mujer que tiene allí delante le puede aportar muchísima más información de la que nadie hasta ahora le ha proporcionado. Se levanta con las piernas temblorosas, entra al baño, abre el grifo, se moja la cara y la nuca con agua fría, necesita relajarse, necesita tener la mente fría, tener el control.

Realiza varias inspiraciones y sale de nuevo a la habitación.

Los ojos de Luisa se le clavan en el alma, le piden ayuda como nunca antes había visto a nadie pedir ayuda.

—¿Tres? —pregunta Morris. La mujer cierra los ojos—. Necesito que salga de aquí, ¿me entiende?, necesito que finja que acepta la muerte de su hija. —Un sonido gutural sale de la garganta de Luisa—. La necesito fuera, no la necesito aquí dentro —le repite esta vez con voz autoritaria, Morris se está rompiendo por dentro al hablarle así, pero debe hacerla entender—. Fuera podrá ayudarme, Luisa, aquí dentro, no; debe hacer todo lo que esté en su mano por la memoria de su hija —y al decir esto la voz de Morris se quiebra al darse cuenta de la magnitud de lo que le está pidiendo a esa madre—. Sé que lo que le estoy pidiendo es durísimo, no me puedo hacer una idea, pero necesito su ayuda —ruega apretándole las manos.

Luisa parpadea muchas veces y Morris no puede evitar abrazarla. Se levanta, recoge el libro que ha dejado sobre la cama y sale del sanatorio sin ser vista. Una vez en el coche enciende el teléfono de prepago y escribe un mensaje:

Ya han sido sacrificadas, han sido tres, investiga desapariciones

CAPÍTULO 20

Navidad de 2022, París

La azafata despierta a Morris y a Álex para avisarles de que el avión está a punto de aterrizar.

—Disculpen, deben abrocharse el cinturón, aterrizamos en diez minutos.

—Gracias —contesta Morris, Álex no dice nada, simplemente se incorpora y se despereza.

—Nos hemos quedado fritos —ríe él.

—París —susurra Morris mirando por la ventanilla.

—¿Qué esperas encontrar, amor? —pregunta cogiéndole de la mano y besándosela.

—No lo sé, Álex, me siento un poco... perdida —confiesa.

—¿Qué te inquieta entonces?

—La última vez que me aventuré para buscar respuestas, tú te quedaste sin mano, esto es algo peligroso, y aunque vayamos supuestamente a la «*Ciudad del amor*», hay algo que me tiene inquieta, algo en mis tripas que me alerta.

—Pero es bueno, ¿no?

—¿A qué te refieres, Álex?

—Es bueno que estés alerta, estás en modo inspectora y eso siempre es bueno, amor.

—¿Tú crees? —pregunta algo dudosa moviendo la cabeza.

—Eres la mejor en casos raros, lo sabes tú y lo sabemos todos, tienes olfato. —La voz del piloto anuncia el aterrizaje y ambos interrumpen la conversación.

—Buenos días, teníamos una reserva para dos a nombre de Alejandro Navarro —dice Álex con una sonrisa de oreja a oreja a la recepcionista del hotel *Torre Eiffel*.

—Buenos días, señores Navarro, tienen una reserva para cinco días en una *suite* con vista a la *Torre Eiffel*, ¿es correcto? —Álex mira de reojo a Camila, que lo observa con una media sonrisa.

—Correcto —contesta ella mirando a la recepcionista que oculta una sonrisa cómplice.

—Perfecto, si me permiten su documentación, por favor, será solo un segundo. —Morris obedece y busca en el interior de su bolso la documentación de ambos.

—¿Una *suite*, señora inspectora? —le susurra él al oído.

—¿No se supone que es un viaje de tortolitos enamorados? —pregunta ella haciéndose la tonta y guiñándole un ojo.

—Cada día me gustas más; deseando llegar a la habitación... —sigue susurrándole Álex para luego olerla y besarle el cuello.

Morris se ruboriza y se pone totalmente colorada al girar la cabeza y darse cuenta de que la recepcionista está frente a ellos, esperando pacientemente con la llave de la habitación en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—Disculpe —exclama Morris cogiendo la llave.

—Habitación 777, con vistas a la *Torre Eiffel*. Tienen el desayuno y la cena incluidos, los horarios están en la hoja de bienvenida de la habitación. De todos modos, si desean que les llevemos el desayuno directamente a la habitación, lo único que deben hacer es marcar el número

9 y pedir lo que desean que les subamos.

—Muchísimas gracias —contesta Álex.

—A ustedes siempre y sean bienvenidos a París. Tienen el ascensor aquí mismo, a la derecha. —Señala.

—Gracias.

Suben a la séptima planta, todo el hotel desprende un olor a bergamota con un ligero toque a cítricos, lo que le otorga una sensación de limpieza absoluta. Entran en la *suite*, lo primero que encuentran es un recibidor con un sofá color magenta, y una mesa de madera con cuatro sillas. Al fondo se ve la habitación: es enorme, con vistas, como bien había dicho la recepcionista, a la *Torre Eiffel*. Sobre la cama una preciosa cesta de fruta y un pequeño benjamín con dos copas recubiertas por los bordes con azúcar rosa dan el toque final y romántico a la estancia. El baño se compone de una ducha y una bañera enorme que hace esquina con hidromasaje incluido.

—Te has superado, señora inspectora. —Álex se acerca a Morris, que está absorta frente a la cristalera mirando hacia la torre que en ese momento está iluminada de color verde. La abraza atrayéndola hacia él, ella lleva la cabeza hacia atrás y se deja llevar por el momento, por la habitación, por las vistas; pero unos golpecitos en la puerta de la entrada los interrumpen.

—¿Están llamando a la puerta? —pregunta ella.

—Eso parece. —Álex se queda en silencio y unos segundos después alguien vuelve a golpear la puerta. Ambos se miran extrañados. Nadie sabe que están hospedados allí, ella había adquirido los billetes a través de una empresa privada. Se dirigen curiosos hacia la puerta.

—¿Quién llama? —pregunta Álex con voz fuerte sin abrir la puerta.

—Soy Gerald, su camarero, tengo una carta para ustedes, me han comunicado que es urgente —explica con voz calmada desde fuera. Morris mira a Álex negando con la cabeza, su instinto es coger su pistola, pero se da cuenta de que no la lleva porque esto es un viaje de placer, allí es una civil más y no puede ir armada. Se voltea mirando hacia todos sitios, buscando algo y en una esquina ve un paragüero de metal negro, en su interior descansa un paraguas granate, se lanza directa y sin frenos a por él y lo aferra con fuerza entre sus manos como si de una espada se tratase. Álex la mira incrédulo.

—¿Qué haces? —susurra.

—Abre —contesta poniéndose tras la puerta con el paraguas en la mano.

—Esto es ridículo, amor, de verdad —insiste abriendo la puerta. Allí, frente a ellos está Gerald sujetando una bandeja plateada con un sobre marrón en el centro.

—Buenas tardes, señor Navarro, han dejado una carta para su acompañante, nos han dicho que era muy importante —explica sonriendo.

—¿Y por qué no nos han llamado? —pregunta Morris asomando la cabeza.

—Oooh, buenas tardes, señora. No le sabría decir, sigo las instrucciones que me han facilitado —contesta el pobre camarero, algo azorado.

—¿Quién traía esa carta? —interroga Álex.

—Una empresa de transportes, con unas indicaciones claras: Una vez instalados en la habitación deben subirles de inmediato la carta. Una vez instalados, no antes, ni tampoco después, señor.

—Está bien, gracias —contesta Álex cogiendo la carta y cerrando la puerta.

—¿Será de mi hermana? —dice en voz alta, más para sí misma.

—Toma. —Ella coge la carta con mucho cuidado, le da la vuelta para ver si hay un nombre o dirección en el reverso y ve que el remite es de Missions de Marie, un convento de monjas de clausura.

—Es de un convento, Álex, de Missions de Marie.
—Ábrela ya, me tienes en ascuas —le recrimina él.
—Ja, ja, ja; ¡qué exagerado eres! —Morris abre con mucho cuidado el sobre y allí con una caligrafía perfecta tiene entre sus manos una carta:

Queridísima Camila,

No te puedes hacer una idea de lo feliz que me hace que por fin hayas podido venir a París, después de tantísimos años sin vernos podremos hacerlo. Aunque sea en misa y únicamente tengamos unos escasos minutos para que me cuentes cómo estás, cómo va tu vida, merecerá la pena, estoy segura.

La misa especial para tu padre se celebrará mañana a las doce de la mañana en la Iglesia de San Francisco, todas las hermanas de Misiones de Marie asistiremos en honor a tu padre, para honrar su vida y darle luz en su muerte.

Te mando un abrazo infinito.

Siempre tuya,

Hermana Marie de Dubois.

—Vaya —logra decir Álex.
—¿Una misa en honor a mi padre? —acierta a decir Morris; coge la carta y la vuelve a leer. Álex se acerca a ella que se ha sentado en la silla y le acaricia suavemente los hombros.
—Pues ya tenemos plan para mañana —dice Álex.
—Eso parece.
—Deberíamos salir a cenar, te despejará la mente, además de que puedo escuchar tus tripas desde aquí.
—Toda la razón —sonríe.

CAPÍTULO 21

Once y treinta de la mañana y allí están Morris y Álex frente a la iglesia de San Francisco, un impresionante edificio que combina elementos de arquitectura neogótica con detalles románicos y bizantinos. Sus amplias naves y columnas se alzan imponentes frente a ellos, con arcos ojivales que son típicos de este estilo de iglesias, adornando sus ventanas y la gran bóveda central, ambos están fascinados.

—Vaya, no me la esperaba tan grande —dice Morris.

—La fachada es increíble, las dos torres le dan mucho carácter para ser una iglesia sencilla, la verdad —suelta de golpe Álex.

—Ninguna iglesia es sencilla —contesta una aflautada voz de mujer tras ellos.

Ambos se giran y allí inquisitoriamente los mira una monja de no más de metro cincuenta, con la cara arrugada como una pasa y unas diminutas gafas que apoyan sobre su nariz.

—No, disculpe, no quería decir eso —se excusa Álex.

—¿Es usted la hermana Marie? —pregunta Morris.

—No, yo soy la hermana Margarite —sonríe—. La hermana Marie es una monja de clausura, no puede salir del convento salvo en ocasiones especiales, así como tampoco puede hablar con nadie que no sea de su congregación —aclara mirándola con intención.

—Ooh, sí, sí, por supuesto, descuide, es solamente que le quería dar las gracias —se excusa la inspectora.

—Es usted la señorita Morris, hija del santo difunto, ¿no es cierto? —pregunta la monja.

—Así es —asiente Camila con una sonrisa.

—Acompañenme, tienen un sitio especial en primera fila, junto a las monjas de clausura de Missions de Marie. —Margarite le guiña un ojo—. Acompañenme, por aquí —repite y sin esperarlos se adentra en la iglesia con paso ligero, tanto Morris como Álex la siguen obedientemente.

Al entrar se dan cuenta de las dimensiones reales de la iglesia, sus techos abovedados dan sensación de amplitud, sus pilares laterales lucen elegantes, completando el espectáculo con unas preciosas vidrieras coloridas que permiten la entrada de luz natural, creando un ambiente sereno y luminoso al mismo tiempo.

El altar mayor se encuentra anclado por dos esculturas con todo detalle y sobre ellos un enorme órgano de tribuna que le da carácter y al mismo tiempo armonía al lugar.

La hermana Margarite que ya está junto a los bancos de primera fila los llama con las manos y les indica dónde deben sentarse. La iglesia está bastante concurrida para ser una misa en honor a un hombre que se supone nadie conoce en París.

Morris y Álex se acercan en silencio.

—Disculpe, nos hemos quedado embobados con el interior de la iglesia, es realmente preciosa —explica Álex a la monja un poco porque así lo siente, un poco para intentar resarcirse de su metida de pata.

—Como ha podido comprobar, ninguna iglesia es sencilla —contesta y sin dejar opción a réplica desaparece por una portezuela de madera situada en un lateral.

—¡Vaya «zasca» te ha pegado! —Morris sonríe.

—No era mi intención ofenderla, no creo que... —Las palabras de Álex son interrumpidas por una música de órgano. En ese mismo instante, dos filas de monjas salen por varias puertas laterales y se van sentando a lo largo de las dos filas de bancos de madera que están libres. Al lado de Álex se sienta una monja con la cara muy redonda que le sonríe amistosamente.

—Buenos días —le devuelve la sonrisa. La monja lo mira y asiente con la cabeza sin decir ni una sola palabra.

—Recuerda que son de clausura, cariño, no pueden hablar —aclara Morris. Este asiente.

—Lo sé, pero no es sorda —replica, se fija en que la monja se tapa la boca y lo mira aguantando la risa—. ¿Ves? —le dice a Morris, esta se asoma para mirar a la monja que está roja de la risa.

—Eres tremendo —sonríe su novia.

Al lado de Morris se sienta una monja muy alta con unas cejas negras muy pobladas y un rictus extremadamente serio, se sienta sin ni siquiera mirarla a la cara. La música cesa en ese instante y un absoluto silencio se adueña de la iglesia. A los pocos minutos un cura sale de detrás de una cortina y se dirige al altar

La monja posa sobre el muslo de Morris su mano, esta baja la vista y en la palma de su mano tiene escrito: «Soy Marie».

En ese momento el cura empieza a dar la ceremonia en honor al padre de Morris, en un francés extremadamente cerrado, Morris levanta la vista y se inclina ligeramente hacia la monja.

—No entiendo nada, ¿usted conocía a mi padre? —susurra. La monja niega con la cabeza y se queda en silencio como si no la hubiera escuchado, tras varios minutos de silencio por parte de la monja y de perplejidad por parte de Morris, toda la iglesia empieza a cantar. Marie se saca una *Biblia* muy pequeña del bolsillo del hábito y se la entrega a Morris abierta, en esa página hay un papel pegado.

«Llevo años rezando a nuestro Señor para que este momento llegara, y por fin ha llegado. Espero que Dios te ayude para salvarnos del infierno y poder liberar a todos nuestros hermanos y hermanas que están bajo el yugo de la sociedad secreta que «Ellos» dirigen.

No los nombres en voz alta, no los escribas, ni tan siquiera los pienses, ellos tienen ojos y oídos en todos sitios, querida.

Que dios te bendiga y te acompañe en este duro camino de la vida».

—Tienen un francés muy cerrado —susurra Álex, ella le mira y asiente con la cabeza.

De golpe, Marie agarra la mano de Morris con fuerza justo en el momento en el que la música del órgano se acaba, le deposita sobre la palma de la mano un saco negro de terciopelo, le cierra la mano, se la lleva hasta la boca y la besa. Los ojos de Marie están llenos de esperanza y súplica, Morris aprieta el saco, asiente con la cabeza y se lo mete disimuladamente dentro del bolso.

El cura eleva los brazos y dice unas palabras que Morris interpreta que van dirigidas a ella o a su padre, puesto que el cura la mira y sonríe. Morris le devuelve la sonrisa y vocaliza «gracias». Marie la mira y sonríe para luego mirar al cura y asentir con la cabeza. La misa por el padre de Morris finaliza, Marie se levanta, se santigua, santigua a Morris, la besa en la frente y la mira, de nuevo esa mirada de súplica, esperanza y tristeza al mismo tiempo, aprieta la mandíbula, se da la vuelta y desaparece con el resto de las monjas.

—¡Amor! —Álex la zarandea.

—Una misa preciosa —contesta ella en modo automático.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que han sido muchas emociones, necesito ir al hotel.

—¿Al hotel? Pero no íbamos a ir a comer al...

—Necesito una ducha, Álex, ¡vamos! —Abre mucho los ojos y señala hacia su bolso.

—Oooh, sí, vamos a ducharnos y luego salimos a comer algo. —Salen a toda prisa de la iglesia y se dirigen casi sin hablar hacia el hotel. Nada más entrar en la habitación, Morris saca el saquito negro.

—Lo sabía —exclama Álex con voz triunfante—. Sabía que te había dado algo.

—¿Tú lo viste? —pregunta algo preocupada.

—No, no, pero tu reacción de venir al hotel era obvia, amor.

Morris abre el saquito de terciopelo negro, y vuelca su interior directamente sobre la mesa del recibidor.

Allí, delante de ellos, hay una pulsera de plata de *Pandora* con diferentes *charms*: un murciélago, el símbolo del infinito, una iglesia y un corazón. Morris abre el saquito porque le parece que debe haber algo más; sin embargo, parece vacío. Lo toca y entonces se da cuenta de que está en lo cierto y que en su interior sí hay algo más, parece que una especie de tela o papel están cosidos en el interior. Con mucho cuidado le da la vuelta y allí cosida con mucho cuidado está una tela con la dirección de un psiquiátrico de Barcelona.

—¿Un psiquiátrico? —pregunta Álex.

—Tendremos que ir al psiquiátrico, entiendo. —Morris se encoge de hombros.

—Parece que hay una iglesia dibujada en el fondo —señala Álex.

—¿Dónde? —Morris se fija, pero no ve nada. Álex coloca debajo de una lámpara la dirección del psiquiátrico y efectivamente el dibujo de una iglesia aparece desdibujada en el fondo.

—La iglesia —exclama Morris lanzándose para coger el *charm* en forma de iglesia que lleva la pulsera, intenta abrirlo, pero le cuesta.

—Creo que tienes que apretar esa mini perilla —sugiere Álex, ella hace lo que le indica y la iglesia se divide en dos mostrando un diminuto pergamino con un texto, imposible de leer.

—Vaya con la monja —dice Álex.

Ella se levanta y sin decir nada se dirige hacia el teléfono.

—Buenos días, le llamo de la habitación 777 ¿Tendrían una lupa o unas gafas de aumento para dejarme? Se me han olvidado mis gafas... Sí... Eso sería estupendo, ¡muchas gracias! —Cuelga el teléfono con voz triunfante.

—¿Siguiente destino Barcelona? —pregunta Álex.

—Veremos a ver que nos pone aquí, pero todo pinta que sí. Un psiquiátrico... —Morris se queda pensando al mismo tiempo que se descalza.

—¿En qué piensas? —Álex la sigue por la habitación.

—¿Paciente o médico?

—Paciente, seguro.

—Si está ingresado, no será fácil entrar —Morris divaga cuando unos golpecitos se escuchan en la puerta.

—La lupa —dice Álex con una sonrisa—. Yo abro —Morris, asiente sin mirarlo, sigue dándole vueltas.

—Hola, ¿han solicitado una lupa? —pregunta la voz de una mujer que Morris reconoce al instante.

—Sí, gracias —contesta Álex.

—Vaya, mi hermana tiene buen gusto.

—¿Cómo? —pregunta Álex.

—¿Nora? —Morris se asoma por la puerta y allí de pie con un vestido de camarera de habitación está Nora.

—¿Nora?, ¿tu hermana? —pregunta Álex mirando a Morris y a Nora sin comprender nada.

—¿Puedo pasar o me vais a dejar aquí en la puerta? —pregunta ella con bastante ironía.

—Oooh, pasa, por favor, pasa, es solo que no te esperaba, que no... —Morris balbucea.

—Te dije que ya me las apañaría para que nos viéramos en París, ¿no?

—Sí.

—De tal palo, tal astilla dicen, ¿no? —dice Álex.

—Un placer conocerte en persona. —Se acerca a Álex y le planta dos besos—. Cami, cuánto te he echado de menos. —Nora se lanza a los brazos de Morris, esta cierra los ojos un poco incómoda, pero aspira el aroma de esta, y ese aroma le parece familiar y de repente ya no está en el hotel.

—Nora, vamos, ayúdame —reclama una Camila de tan solo diez años.

—Tienes que aprender a darles tú de comer, Cami, no me dejan enseñarte, si se enteran de que te ayudo nos alejarán, y no nos dejarán estar juntas nunca más.

—¿Por qué? —replica la niña.

—Porque se supone que no somos familia.

—Pero tú eres mi hermana —dice contundentemente Camila.

—Calla, te he dicho mil veces que no puedes decirlo en voz alta. Ellos no deben saber que lo sabemos, Cami —la regaña su hermana.

—Pero, ¿por qué? No lo entiendo.

—Cami —Nora, quince años más mayor que su hermana Camila, se agacha para ponerse a la altura de la niña—, tienes que entender que es un secreto, porque el papá que me cuida se pondría muy triste y entonces no nos dejarían estar juntas aquí en el campamento.

—Entonces, ¿es un secreto de las dos? —pregunta la niña.

—Sí, es un secreto de las dos.

—¿No se lo puedo contar a papá?

—No, Cami, no se lo puedes contar a papá, es un secreto de hermanas, ¿entiendes?

—No mucho, Nora, pero como te quiero no se lo diré a nadie.

—Yo te quiero más mi niña —contesta Nora abrazándola.

—¡Amor!, ¡amor! —Álex la zarandea porque Morris se ha quedado en trance de nuevo con los ojos en blanco, pocos segundos después parpadea.

—Estuvimos juntas en el campamento —es lo único que es capaz de decir.

—¿Te acuerdas? ¿Cómo es posible? —quiere saber Nora.

—Lo acabo de revivir.

—¿Qué quiere decir que lo acabas de revivir? —pregunta su hermana moviendo la cabeza sin entender la situación.

—Tengo *flashes* del campamento —confiesa Morris.

—Eso no es posible —asegura Nora.

—¿Por qué no es posible? —Morris la mira muy seria.

—Porque te borraron tus recuerdos, era... —Nora respira profundamente.

—Era... —la invita a seguir Morris.

—¿Y si nos sentamos para estar más tranquilos? Hago algo de té y así nos explicas mejor,

Nora —interviene Álex.

—Sí, será lo mejor —contesta Nora.

—¿Me puedes traer agua? Estoy un poco mareada —pide Morris.

—¿Has vivido ahora mismo un recuerdo? —Nora ayuda a Morris a sentarse en una de las sillas.

—Sí.

—¿Cómo es posible? —pregunta Nora perpleja—. No es una pregunta para ti, discúlpame, es solo que se supone que el químico experimental que usaron en vosotras...

—¿Vosotras? —interviene Álex entrando con una bandeja con varios té y una tetera llena de agua hirviendo?

—Bueno, cuando digo vosotras, me refiero a las niñas del...

Álex le entrega la botella de agua, Morris la abre, resopla, toma un largo sorbo de agua y dice un poco cabreada:

—¿Has venido a contarme todo o te vas a dejar cosas en el tintero?

—Todo lo que nos dé tiempo, tenemos dos horas —contesta su hermana.

CAPÍTULO 22

—Los campamentos fueron creados específicamente para reforzar a la familia —empieza a relatar Nora.

—¿A la familia? —pregunta Álex. Nora suspira.

—Quiero decir a los miembros de la sociedad. Debéis entender que para mí esto no es fácil. Desde que tengo uso de razón me han enseñado que la sociedad es la única verdad, y para mí ha sido mi realidad. —Se queda en silencio mirando la taza de té que tiene entre sus manos. Ni Álex ni Camila quieren interrumpir sus pensamientos—. Me han inculcado que lo que hacemos en la sociedad es lo correcto, que somos una sociedad aparte, que lucha por los intereses comunes de los miembros y que nuestra misión es ayudarnos entre nosotros: pase lo que pase, la sociedad siempre prevalece. Nos enseñan que los sacrificios son correctos, que sus muertes... —Se queda en silencio, traga saliva y mira directamente a los ojos de su hermana—. Los asesinatos son por un bien común y ellas deben ser sacrificadas para purificar las almas de los miembros de la sociedad, al igual que un cerdo, un pollo o una vaca son sacrificados para alimentar nuestro cuerpo, ellas son sacrificadas para alimentar o purificar nuestras almas. —Baja la vista avergonzada.

Morris tiene las manos sobre la mesa entrelazadas y las aprieta de tal manera que los nudillos están blancos, de rabia.

—No vamos a juzgarte, Nora.

—Algún día pagaré por lo que he hecho, algún día, en el interior de mi corazón lo sé, hermana. —Una lágrima resbala por su mejilla y Morris aprieta los labios. Le gustaría poder decirle que todo va a salir bien, que esté tranquila, pero no es capaz—. Primero debo salvar a mi hijo, debo alejarlo de... Debo alejarlo de «La Familia», ellos le van a destruir el alma; Camila, es mi pequeño.

—Nora, nosotros te ayudaremos en todo lo que podamos.

—Existen dos tipos de campamentos —continúa Nora con los ojos cerrados—: Los de chicas, que están ubicados en varias localizaciones a lo largo de Sudamérica, bueno, ahora mismo están sin actividad debido a vuestro viaje a Argentina. El objetivo del campamento femenino es enseñar a las hijas de los miembros de la sociedad a dar de comer a los murciélagos porque después de muchos estudios se dieron cuenta de que los murciélagos bebés crecen más rápido si son alimentados y cuidados por mujeres. La mayoría de las hijas de la sociedad son instruidas para ser investigadoras, científicas y profesoras, de esta manera todo queda en casa, es una red sin ningún tipo de fisuras, os lo aseguro.

—¿Nadie a lo largo de estos años se ha planteado que eso que hacéis no está bien? —pregunta Álex.

—Por supuesto, Álex, muchísimas mujeres y muchísimos hombres han dudado, han preguntado o se han querido salir de la sociedad; sin embargo, como te digo, hasta ahora ha sido imposible, cualquier indicio de fisura era erradicada. —Nora se queda en silencio, respira hondo y se limpia la cara como el que se limpia una mancha de la cara que no quiere que esté por más tiempo porque los recuerdos de esa mancha duelen más que la mancha propia en sí.

—¿Asesinaron a alguien a quien amabas?

—Asesinaron a amigas, a todo aquel que no estuviera de acuerdo; Cami: a todos, ¿entiendes? Desde accidentes domésticos, o de tráfico, hasta desapariciones sin explicación o con absurdas explicaciones.

—¿Y la policía? —quiere saber Álex.

—La policía está comprada, hay miembros entre sus filas, y no en cualquier puesto, esto no es algo que se creara hace diez o veinte años. Esto lleva hilándose más de ciento cincuenta años. Sí, Cami, sé lo que te estás preguntando, ¿por qué tantos años y no ha salido a la luz? Muy sencillo: el miedo.

—Sí, el miedo, pero...

—Te hago una pregunta rápida.

—Dime.

—Dime: ¿por qué decidiste dejar de investigar en Argentina? —Morris abre la boca para contestar, la cierra, asiente con la cabeza, se queda mirando la mano de Álex y finalmente contesta.

—Por miedo, miedo a que les hicieran más daño a mis seres queridos.

—Exacto, Cami, ahora imagínate que tu hija es la que puede estar entre las que van a ser sacrificadas, porque tu actitud hace que ella deba purificar a toda la familia, y te dicen que va a ser sacrificada porque tú estás corrompiendo a tu familia y ella debe purificar vuestras almas, añádele además que tu propio marido al que le han lavado la cabeza cree firmemente que es así ¿qué harías? La sociedad no ha tenido ninguna fisura hasta ahora, piensa por qué....

—Lo intento, te juro que lo intento, Nora, pero...

—Hasta ahora —interrumpe Nora.

—Explícate.

—Tú te salvaste, es la primera vez que veo alguna fisura, es la primera vez que podemos tener una oportunidad, pero debemos ser cautelosos.

—Nora —interrumpe Morris—, hay algo que no entiendo, yo fui a esos campamentos, tengo recuerdos y... Si se supone que todos los miembros de La Vita...

—Shhh —le regaña Nora—. No los nombres.

—Perdona, ¿crees que aquí también...?

—No lo sé.

—Si se supone que todos los miembros de la secta forman parte junto con sus hijos, ¿por qué yo no sabía nada? ¿Por qué yo no formo parte si mi padre era miembro?

—Hay una parte muy pequeña de los miembros que viven ajenos a todo, nadie sabe cómo son elegidos, únicamente los de arriba lo saben; de hecho, está prohibido hablar de los sacrificios, con lo que nadie sabe quiénes pertenecen a esa pequeña parte. Ese grupo que ha vivido ajeno a todo, son como... son como... —Nora traga saliva—, son un experimento, Cami os usaban para...

—Suéltalo —espeta bruscamente Morris removiéndose inquieta en la silla. Álex le coge de la mano y se la besa.

—Os usaban para incitar y volver adictos a los murciélagos, para que los sacrificios fueran cada vez más rápidos.

—¿Cómo? —La voz de Morris suena dura.

—Cami... —Nora respira, Álex se acerca más a Morris y le pasa el brazo por los hombros—. Os inyectaron un fármaco que se creó en uno de nuestros laboratorios de China, ese fármaco estaba en vuestra sangre unas tres o cuatro horas, dependiendo de cada metabolismo, os metían

en una sala con murciélagos y os hacían unos pequeños cortes, y con esos cortes dabais de comer a los murciélagos bebés. —Nora traga saliva, Morris está petrificada—. Los hacían adictos a vosotras, tras un verano con cada una de vosotras los volvían insaciables y rapidísimos.

—Dios mío —acierta a decir.

—Consiguieron metabolizar ese fármaco y trasformarlo en gas, el día de los sacrificios inyectaban el mismo fármaco a las víctimas, pero se dieron cuenta de que tenían que ir poniendo a los murciélagos sobre estas y tardaban mucho con lo que lograron sintetizar ese fármaco y unirlo al gas de paralización, la mezcla perfecta, dos en uno.

—Joder —exclama Álex.

—De esta manera, el día de los sacrificios el ataque de los murciélagos es feroz, ni siquiera hace falta que les hagan cortes a las víctimas; simplemente con el olor, los murciélagos entran en trance y chupan toda la sangre de las víctimas en cuestión de segundos. Rápido, sin huellas humanas y totalmente indetectable porque el fármaco desaparece del cuerpo en cuestión de pocas horas a través de las glándulas sudoríparas.

—No desaparece del todo.

—Sí, deja rastro, Camila, pero es un rastro indetectable, no me preguntes cómo porque eso te lo podrían explicar mejor alguna de nuestras científicas, lo único que sé es que no es posible hoy en día que ningún sistema, ni tan siquiera el más avanzado equipo científico, lo identifique.

—Nora, es terrible, es atroz.

—Lo sé, lo sé.

—Perdona, no quiero hacerte sentir mal, ha sido involuntario, entiende que mi cabeza ahora mismo va a mil por hora y...

—Sé que tienes muchas preguntas, pero es mejor que vayas digiriendo poco a poco.

—¿Por qué murciélagos? —quiere saber Álex.

—Eso es una larga historia, pero todo empezó en Italia con el fundador original de la sociedad, curaba con la saliva de los murciélagos.

Álex y Camila se miran, pero no quieren desvelar que saben cuándo se había originado la sociedad, quieren tener algún «as en la manga».

—¿Qué quieres decir con que curaba? —Morris quiere saber más.

—En los diarios él mismo cuenta que con el paso de los años se dio cuenta de que poniendo a los murciélagos sobre las personas enfermas, para que estos se alimentaran de su sangre, un gran porcentaje sobrevivía.

—¿Cómo si fueran sanguijuelas? —pregunta Álex.

—Sí, algo así.

—¿Escribió un diario?

—Sí, es uno de los tesoros mejor guardados de la Sociedad, nos hacen estudiar su vida desde pequeños, nos lo muestran como un mesías.

—Menuda locura —exclama Morris.

—Bueno, pues he de decirte que no estaba muy desencaminado, recientemente se han hallado estudios en los que se demuestra que una sustancia que tiene la saliva de los murciélagos puede prevenir el ictus, es algo que está todavía muy verde, y nuestros científicos están en ello.

—Hostia —exclama Álex—. ¿En serio?

—Y tan en serio, como la mayoría de las curas a enfermedades antes de que existieran los laboratorios como tal, a lo largo de la historia fueron por mera casualidad.

—¿Tiene nombre ese estudio o...?

—La sustancia se llama «*desmotelase*», pero ya te digo que yo no te podría explicar mucho

más, ni sé cómo funciona ni nada, es un estudio muy muy reciente.

—¿Cada cuánto se sacrifican mujeres? —pregunta Morris.

—Cada año se hace un ritual de iniciación, se inicia a los miembros nuevos, o a los hijos que han cumplido la mayoría de edad —explica con total naturalidad, algo que Morris no logra entender.

—Tres muertes cada año... —murmura Morris como si estuviera haciendo cuentas.

—En cada sede —aclara Nora.

—¿Qué quieres decir? —Morris abre los ojos de par en par.

—En cada país hay una sede. —Se queda en silencio viendo como Álex y su hermana analizan esa información—. España, Italia, Brasil, Argentina, Francia... Esto es algo a nivel internacional, de ahí que todo sea más complicado.

—¿Cómo se financian?

—Hay padrinos, altos cargos, millonarios..., la sociedad está encubierta.

Morris se levanta de la silla, tirándola de golpe al suelo, empieza a pasear de un lado al otro, inquieta, le falta el aire, es demasiada información de golpe y siente tanta ira en su cuerpo que no es capaz de canalizarla, tantas muertes, tantos años: ¡es una auténtica atrocidad! Por su cabeza pasan imágenes de sus padres, de ella de pequeña, de cada una de las víctimas; da vueltas como un león enjaulado. Nora va a levantarse, pero Álex le hace un gesto con la mano para que espere; conoce lo suficiente a su novia para saber que ahora está en modo inspectora y que no hay que molestarla.

—Sigo sin entender por qué yo. —Morris se queda mirando fijamente a su hermana.

—No tengo respuesta, eso solo lo sabía tu padre, es un pacto que hizo con los de arriba, con los «Padres».

—¿Padres? —vocifera Morris—. ¿Cómo puedes llamarles «padres»? ¡Son unos asesinos, Nora! —Nora aprieta los labios, Álex se levanta.

—Amor, tu hermana no tiene la culpa de nada, ¿entiendes? —Morris se lo queda mirando y asiente con la cabeza.

—Perdona, Nora, es... Es que esto es demasiado fuerte, esto...; me hice policía precisamente para evitar robos, asesinatos, para hacer un mundo mejor, pero esto es una barbarie y enterarme ahora de que mi padre me ocultó información todos estos años, que me obligó a no sé qué, y que me usó... Yo..., es demasiado, Nora.

—Lo sé y lo siento muchísimo. Desde que supe que ibas a venir al campamento intenté protegerte lo máximo posible.

—¿Supiste desde siempre que tenías una hermana? —pregunta Morris.

—La primera vez que vi a tu padre, yo tenía nueve años, se presentó en casa por sorpresa, mi madre se alteró bastante y le dijo que se marchara, pero él se negó en rotundo. Dijo que exigía verme a mí y a mi padre. Se quedó allí sentado hasta que mi padre se dignó a bajar de su despacho. Hubo discusiones, reproches, incluso algún que otro vaso roto, hasta que por fin, tras varias horas y con muchísima tensión, mi padre mandó llamarme:

—Leonora, te he llamado porque quiero que conozcas a tu tío Pedro Morris —dijo mi padre con un tono de voz que jamás había escuchado en él, solía ser serio, pero esa voz era diferente, era otra cosa. Su voz sonaba a rabia e impotencia, tenía los labios apretados y el puño derecho cerrado, debía estar muy enfadado y yo no sabía por qué.

—¡Querida Nora! —El señor se agachó para ponerse a mi altura.

—Su nombre es Leonora —escuché que mi padre decía tras de mí.

—Hola, señor.

—Nora, llámame tío Pedro, he venido a conocerte, simplemente eso. ¿Cómo te encuentras?
—quiso saber.

—Bien, gracias.

—¿Eres feliz, cariño? —me preguntó y al mismo tiempo noté que me había metido algo en el bolsillo de mi vestido.

—Mucho, señor —contesté sin entender las preguntas.

—Pedro... —murmuró la voz de mi madre desde la entrada.

—Ya me marchó, gracias por su hospitalidad —dijo sin más, se levantó, me tocó la cabeza y salió sin despedirse.

—¿Qué te entregó? —pregunta Morris, que se vuelve a sentar frente a su hermana, y parece estar más tranquila.

—Dos cartas, la primera en la que me confesaba que él era mi padre biológico. Me pedía que buscase un documento en el que había un contrato de por vida, allí lo explicaba todo, y que era de suma importancia que lo mantuviera todo en secreto. Si yo lograba mantenerlo todo en secreto, a los dieciocho años se volvería a poner en contacto conmigo.

—¿Y lo hizo?

—Por supuesto, nos encontramos en la estación de Madrid, y allí fue donde te conocí.

—Recuerdo ese día, Nora, tú me regalaste un globo rojo y un llavero en forma de oso —explica Morris con los ojos vidriosos. Se levanta y se dirige al bolso.

—¿Qué pasa? —pregunta Álex, segundos después aparece Morris con un llavero en forma de oso muy desgastado.

—¿Todavía lo conservas? Pero, ¿cómo?... , quiero decir: ¿por qué?

—Mi padre... Papá me dijo que lo guardara porque sería importante y la noche de mi quince cumpleaños me pidió que lo trajera. —Morris toca el llavero con el dedo pulgar con cariño, en su cabeza está rememorando ese momento—. Me hizo entrega de un juego de llaves de casa y me dijo que lo pusiera en ese oso.

—Quería que estuviéramos juntas.

—Habré cambiado un millón de veces de casa, pero mi llavero de la suerte siempre me acompaña.

—Siempre hemos estado juntas de alguna manera. Aquel día, en la estación de Madrid, fue donde me pidió que te protegiera en el campamento, ya que él no podía evitar lo que te iban a hacer. Él..., bueno, ni él ni nadie podían negarse a lo que os hacían, con lo que me pidió que, por favor, te cuidara y que no me negara a ir como profesora adjunta, así yo podría cuidar de ti. Y así lo hice, te cuidé cada verano, aunque tú no lo puedas recordar.

—¿Cuántos veranos fui?

—Tres veranos seguidos —contesta Nora.

—No me entra en la cabeza que Camila pueda olvidar tres veranos, así de un plumazo como el que olvida una película, Nora.

—Sé que es difícil de entender, Álex; debes comprender que la sociedad se rige por sus propias normas, y sus propios valores, no sé si me explico.

—¿Les importa una mierda experimentar con niños?

—No te puedo responder a eso tampoco.

—Y sí que recuerdo mis veranos, los pasábamos en una casa de pueblo de.... —Morris se queda en silencio.

—Alta tecnología, Cami, esos recuerdos son falsos, se os crearon para..., para no levantar sospechas.

—Esto parece un capítulo de *Fringe* —dice de golpe Álex.

—Bueno... No estás tan lejos de la realidad. La población en general no está al tanto de las tecnologías que se están usando, de hecho conocen la mitad de lo que se puede llegar a hacer. Yo me especialicé en biología molecular y... ahí fue cuando me asusté. Fingí que quería ser madre para aportar a la sociedad un activo nuevo, para ver si así podía salir del círculo, pero la jugada no me salió como yo esperaba.

—¿Y por qué crees que ahora es posible? Tú misma estás diciendo que esto es una red a gran escala, Nora, no creo que yo pueda... —Morris niega con la cabeza sin entender.

—Porque es la primera vez que hay una asociación paralela —contesta con una sonrisa en sus labios.

—¿Y cómo sabes que ellos no lo saben? Quiero decir, están al tanto de todo.

—Tenemos a un informático, Alejo, él es hermano de una de las víctimas, tuvo que ver como su hermana moría.

—Dirás como la asesinaban —corrige Morris.

—Sí —asiente con la cabeza.

—Has dicho que nos inyectaban, en plural.

—Así era.

—¿Quiénes éramos? ¿Ellos están en la misma situación que yo? Quiero decir: ¿están alejados o...?

—Hay una que a día de hoy es una pieza clave de la sociedad, y hay dos más que están ilocalizables.

—Ilocalizables para vosotros —puntualiza Álex.

—Sí, hasta dónde yo sé, no se sabe dónde están.

—Pero igual ellos sí lo saben.

—De nuevo, no tengo respuestas. —En ese momento su móvil suena, lo descuelga—. Sí, gracias me reúno contigo en media hora. —Nora mira a su hermana—. Debo irme.

—¿Ya? Pero no sé qué debo hacer, no sé cómo puedo...

—Eres una de las más inteligentes que pasaron por el campamento, tu intuición te hace que seas fuerte y valiente. Ahora debo irme, estoy en peligro. —Nora se levanta, da un abrazo fugaz a su hermana y se dirige a la puerta, se gira—. Recuerda: siete más uno hacen ocho, es nuestro lema —cierra la puerta tras de sí.

—Puffff —suelta Álex.

—¿Puff? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir, Álex?

—Amor, esto es gordo, ¿estás segura de que quieres seguir adelante?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Dejarlo pasar —contesta Álex.

—¿Y dejar que a mi sobrino lo conviertan en un asesino? —pregunta perpleja.

—Amor, ¿cómo sabes que es tu hermana de verdad? Ni siquiera te lo has planteado.

—Claro que me lo he planteado, y por eso vamos a llevarnos esta taza de té de la que ha bebido mi supuesta hermana y la analizaremos a nuestra vuelta —Morris sonríe al mismo tiempo que mete en una bolsa plástica la taza.

—Joder, no se te escapa ni una.

—Lo sé —contesta y lo abraza, en ese momento necesita los brazos de Álex.

—¿Salimos a disfrutar de París? Parece que se ha quedado una noche fabulosa. —La mirada de Álex es pícaro.

CAPÍTULO 23

31 de diciembre de 2022

Medina está con la boca abierta y con la copa de vino vacía en su mano derecha. Los tres amigos han quedado en su lugar, en la Perla de Oro, para contarle todo sobre su romántico viaje a París.

—¿Más vino, señor? —pregunta el camarero acercándose al ver la copa en alto y vacía.

—Oooh, no, no, disculpe, tráigame una botella de agua con gas —contesta dejando la copa sobre la mesa.

—Esto es infinitamente más gordo de lo que imaginamos —asegura Morris.

—La cuestión es: ¿por dónde debemos seguir?, porque la información ya la tenemos. Hay una secta que está repartida por medio mundo y se ha creado otra secta secundaria formada por parientes y exmiembros para desenmascararla, ¿es así, no?

—Sí, lo único que no son exmiembros, no se puede abandonar la sociedad —puntualiza Morris.

—La única manera de salir es con los pies por delante —dice de golpe Álex.

Morris se lo queda mirando.

—Perdona, pero es la verdad, ¿no?

—Vale, sí, si te quieres salir, te matan o matan a un ser querido. Pero sigo con lo mismo, ¿por dónde seguimos? Para conseguir dismantelar esta secta necesitamos pruebas y, a excepción de las que tenemos del campamento de Argentina, no tenemos nada más. La versión oficial aquí en España es que una horda de murciélagos atacó a las víctimas, no hay rastro ni huella humana de la que podamos tirar, Morris.

—Por eso creo que lo que hay que hacer es buscar asesinatos sin resolver y hablar con los familiares, hay que atacar desde dentro, hay que infiltrarse con cámaras, con micrófonos en uno de los rituales.

—¿En uno de los rituales? Estás loca y ¿si te pillan? —Álex la mira atónito.

—Necesitamos encontrar a alguien que esté tan sumamente enfadado con la secta que sea capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Algún miembro de Los Salvatori? —sugiere Medina.

—No, ellos saben demasiado, puede ser peligroso. Debe ser alguien que quiera venganza.

—¿Más venganza que los miembros de Los Salvatori? —pregunta Álex sin entender hacia dónde se dirige la idea.

—Los Salvatori es una sociedad creada, con miembros claves, para dar soporte. Una monja, un informático, una científica, una profesora... En fin son miembros que quieren ayudar a acabar con toda esta locura, pero que quieren que otro lo haga por ellos.

—Entiendo por dónde vas.

—Sin embargo, a quien necesitamos es a alguien con odio, con rencor. Debemos buscar un perfil parecido al de Luca —sugiere Morris.

—¿Cómo? —interviene Álex.

—Luca quería ser miembro electo a toda costa, pero estaba loco y la realidad es que la secta

lo sabía, y lo veían más como una amenaza o un estorbo que como un miembro más, por eso lo intentaban mantener alejado. Necesitamos encontrar un perfil que sea todo lo contrario, un perfil que parezca que ama a la sociedad y que haría cualquier cosa por ellos, pero que en su interior los odie por no dejarle hacer su vida, o por matar a su madre o a su hermana.

—Me parece a mí que lo que estás pidiendo es que busquemos una aguja en un pajar —se queja su compañero.

—No he dicho que fuera fácil, Medina, ni tampoco rápido. Una sociedad que se ha construido a lo largo de ciento cincuenta años no puede destruirse en unos pocos meses.

—Ya entiendo por dónde vas, jefa, pero...

—Debe destruirse poco a poco, con pequeñas dinamitas interiores hasta que finalmente obtengamos la bomba final.

CAPÍTULO 24

España, año 2000

—Pedro, formas parte de todo, al igual que yo.

—Lo sé, pero... Quiero salirme, quiero protegerla —contesta Pedro Morris.

—Estando dentro es como la proteges.

—No lo entiendes —se queja Pedro.

—El que no lo entiendes eres tú, si os salís, ella deberá morir.

—Pero, ¿por qué? —Pedro aprieta los puños—. Huiremos lejos, nos cambiaremos de identidad, solo debes no buscarnos.

—Sabes que eso no puedo hacerlo.

—Si quieres, puedes.

—¡No! —grita—. Sabes que no puedo, sabes que estoy destinado a esto, ¿quieres obligarme a que la mate? ¿De verdad quieres eso?

—No, es solo que... —Pedro mira por la ventana del edificio en el que están reunidos.

—¿Quieres obligar a Ana a verla morir? ¿Eso es lo que quieres?

—Eso es lo que tú quieres —replica con rabia.

—Siempre fuiste el más débil de los dos, no te culpo.

—No soy débil, es solo que todo esto es una locura, ¿no te das cuenta? Las muertes..., los sacrificios por...

—Shhhh —lo manda callar con la mirada—. Ni se te ocurra nombrarlo, estás aquí frente a mí, diciéndome que quieres dejar tus obligaciones de lado, que quieres dejar todo por tener una vida ¿qué? ¿Más cómoda?

—Es solo que no quiero formar parte de esto, ¿no lo entiendes? —replica Pedro en un sollozo.

—No puedes luchar en contra de esto, ¿no te das cuenta de que es parte de tu destino?

—No es mi destino, me equivoqué, era solamente un crío con miedo.

—No te equivocaste, de pequeño te alejaron, y el destino te trajo de vuelta ¿No te das cuenta? No puedes huir de esto, Pedro.

—¿Por qué no? ¿Por qué tú lo digas? —Pedro se acerca a la mesa que separa a ambos hombres, señalándolo con el dedo—. Ya no puedo más, tú no vas a decirme lo que debo o no debo hacer.

—Atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando? —quiere saber Pedro.

—Tú mismo te estás amenazando a ti mismo y a tu familia.

—Eres un soberbio y un prepotente y un día, no muy lejano, caerás. —Pedro tiembla de ira.

—No dudes que si ese día llega, tú caerás a mi lado.

Pedro sale del despacho dando un portazo.

CAPÍTULO 25

Morris y Medina están investigando la muerte accidental de una mujer de cincuenta años en la piscina de su chalet y en ese momento se dirigen hacia el lugar de los hechos.

—Anoche recibí las pruebas de Nora —dice de golpe Morris sin apartar la vista de la carretera.

—¿Y? —Medina levanta la vista de la tablet en la que está revisando un caso.

—Es mi hermana —confiesa.

—¿Te alegra?

—En parte sí —dice y mira por un segundo a su compañero—. Me relaja porque ahora sé con más certeza que todo lo que explicó es cierto.

—¿Le has pedido a Laura que la investigue?

—No, la verdad es que hace tiempo que no hablo con ella, la última vez me dijo que iba a seguir investigando, pero a su ritmo, ya le dije que no le podía pagar más.

—Buaaah, entonces olvídate, ya sabes que Laura se mueve por pasta.

—Sí, por eso no le he dado más vueltas.

—A saber en qué «fregaos» está metida —dice Medina soltando una carcajada, porque Laura, si era especialista en algo, era en meterse en líos, y normalmente solían ser bastante gordos.

—Te tengo que pedir un favor.

—Dispara —contesta su compañero.

—La semana que viene tengo una videoconferencia con una científica y necesito usar la red oscura.

—¿Una científica?

—Sí, está estudiando la sustancia *desmoteplase*.

—Uuuuh, qué interesante. ¿Qué es lo que necesitas exactamente?

—Hacer la videollamada desde el ordenador de tu casa, pero desde la red oscura, esa que tienes, que nadie sabe que tienes.

—Con una condición.

—Dispara.

—Quiero estar presente.

—Vale, pero no puedes salir en la pantalla.

—No, no me gustan los focos, ya lo sabes —bromea.

—Hay otra cosa más que te quería pedir.

—Sorpréndeme.

—¿Hay alguna forma de que mi cara y mi voz salgan distorsionadas? No me fío de nada ni de nadie, la verdad; estamos en un punto que es mejor tomar todas las precauciones que podamos.

—Creo que sí, déjame que lo mire, pero creo que había un programa para desvirtualizar la voz.

—Estupendo —contesta con una sonrisa.

—Creo que tienes que girar en este desvío. —señala Medina—. ¿Quién le has dicho que eres?

—¿Qué? —pregunta confusa.

—A la científica, ¿quién le has dicho que eres? Porque conociéndote, dudo mucho que le hayas dicho que eres policía.

—Una periodista que tiene un canal de *podcast* —contesta.

Medina estalla en carcajadas.

—No te rías que me tengo que preparar la entrevista, joder.

—¿Día y hora, señora periodista? —pregunta su compañero, Morris lo mira y le saca la lengua.

—Miércoles que viene a las siete de la tarde.

—Oído, cocina, estará todo listo para hacerte viral en *Spotify*.

CAPÍTULO 26

Morris llega al apartamento de Medina a eso de las seis, lleva un regalo para la pequeña Lucía, no la ve desde el Día de Reyes y la verdad es que le apetece pasar un rato con ella y con Maite.

—¡Camila! —Abre la puerta Maite, está guapísima, se ha cortado el pelo por debajo de los hombros y se ha hecho flequillo.

—Maite, ¡estás guapísima! —exclama Morris dándole un abrazo.

—Gabi me dice que parezco una chiquilla.

—Eres una chiquilla —puntualiza Morris entrando a la casa.

—Mira quién ha venido —dice Gabi saliendo a su encuentro con Lucía en brazos.

La niña al ver a Morris alarga sus diminutos bracitos en su dirección sonriendo, y unos pequeños hoyuelos exactos a los de su padre aparecen en la cara.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? —Morris coge en brazos y besa con muchísimo cariño a la pequeña.

Entran en el salón y Morris se sienta en el sofá con Lucía y empieza a jugar con ella

—Toma, Gabi, ábrele el regalo a la peque.

—No tienes que traerle nada, Camila —se aventura a decir Maite.

—Ayyyy, déjame que malcríe a mi muñeca —contesta jugando con la pequeña, que está sujeta a las manos de la inspectora y no deja de sonreír.

—Te queda muy bien, «señora periodista» —bromea su compañero.

—Ayyy, cállate —lo regaña.

—Yo solo digo que podrían salir bebés preciosos de la mezcla Álex-Cami —dice levantando los brazos como diciendo yo no soy culpable.

—Gabi —lo regaña su mujer.

—Eeh, eeh, las dos contra mí, no.

—La verdad es que nunca hemos hablado del tema —se sincera Morris sin dejar de jugar con la pequeña.

—¿Nunca habéis hablado de si queréis tener hijos?

—No —contesta algo incómoda—. Venga, abre ya el regalo de tu hija —insiste.

Gabriel se sienta al lado de Morris y de Lucía, le enseña a su pequeña el paquete envuelto con papel de regalo infantil, lo desenvuelve con mucho cuidado haciendo gestos de sorpresa al mismo tiempo mientras su hija al verlo suelta carcajadas.

—Qué payaso es —dice Maite embobada mirándolo.

Morris la mira y se alegra tanto por su amigo, hacen una pareja preciosa, encajan a la perfección y ahora con la llegada de Lucía... En ese momento la imagen de una de las víctimas se le cruza por la cabeza...

—Guaaaaa, Lu, un pingüino musical. —Maite interrumpe sus pensamientos. Coge el pingüino y lo pone en el suelo para que la niña vea cómo se balancea al son de la música, la niña queda hipnotizada hasta que de golpe quiere zafarse de los brazos de su tía Morris y ahora solamente quiere a su nuevo amigo cantarín.

—Vaya —exclama ella—. Sustituida por un pingüino.

Se quedan allí observando cómo Maite y la niña juegan con el nuevo juguete hasta que el ordenador hace un pitido agudo.

—Es el momento —dice él; se pone serio y se levanta.

—Vamos —ella se levanta también.

—Nosotras nos vamos, chicos —informa Maite cogiendo a la niña en brazos.

—No es necesario, cariño, el programa distorsiona el lugar y nadie sabrá desde dónde grabamos.

—No te preocupes, he quedado con mi madre, prefiero que estéis tranquilos, que la niña no llore o que quiera estar con vosotros.

—Como prefieras. —Le da un beso en la sien.

—Cami, ¡muchacha suerte! —Maite la mira con cariño mientras balancea a Lucía entre los brazos, porque quiere bajarse a toda costa para estar con su pingüino.

—Toma, llévate o te va a hacer «berrinche». —Medina le entrega el juguete nuevo.

—Sí, tienes razón.

—Gracias, Maite, y perdona por...

—Cami —la interrumpe—, eres familia, ¿vale?, la familia está para esto y más.

—Te quiero mucho, Maite. —Morris se siente afortunada. Maite siempre ha sido una mujer de pocas palabras, pero de muchos hechos y siempre se lo ha demostrado.

Cuando Morris llegó a Alicante, ella y Medina congeniaron a la perfección prácticamente desde el minuto uno, pasaban más horas de las estipuladas con los casos. Probablemente porque Morris es una mujer de carácter, perseverante y bastante tozuda. Hasta que no resolvía un caso no paraba, eso dio a que pasaran muchas noches de patrullas juntos, muchas cervezas en el bar de la esquina y entonces fue cuando comenzaron las habladurías en la comisaría, pero Maite siempre confió en ambos, conocía a su Gabi, como ella lo llamaba y ella en el fondo sentía que él había recuperado en cierta manera con Camila a su hermana.

Morris y Medina están frente a la pantalla del ordenador, ella situada justo frente a la cámara que, como por arte de magia, la había convertido en una persona totalmente diferente y Medina está a su lado pero sin salir en pantalla.

—¿Cómo has hecho esto? —pregunta perpleja, mirándose a la pantalla sin reconocerse, sus manos, su cabeza se movían como si fuera ella, pero en la pantalla aparecía una chica de no más de veinticinco años rubia.

—La IA está mucho más desarrollada en la red oscura —confiesa—. Espera a cuando escuches tu voz. —Se pone a teclear y unos minutos después se la queda mirando y le pone el micro delante.

—¿Qué quieres que diga? —Se tapa la boca del susto—. Mi voz, es... no es mi voz.

—Sí, te he cambiado la voz también.

—Esto da un poco de miedo —confiesa.

—Sí, al final viviremos en un mundo cerrado e inventado, no te puedes fiar de lo que ves en la pantalla, hay programas que están ahora muy de moda que recrean situaciones con caras de famosos.

—Eso he visto, pero se nota que no es real.

—Por el momento, Morris, por el momento.

—Es la hora —interrumpe ella al ver la llamada entrante.

—¿Preparada?

—Creo que sí —afirma—. ¿Lo puedes grabar?

—Sí, sí, está todo preparado. Quedará todo en el disco duro externo. —Señala un pequeño aparatito de color negro, no más grande que un móvil. Ella asiente con la cabeza y aprieta el ratón dando paso a la llamada.

Frente a ellos aparece una mujer con la cara ovalada y el pelo corto, negro y rizado, lleva unas gafas de pasta de color rosa y unos pequeños hoyuelos aparecen en su cara al sonreír.

—Buenas tardes, señora Weber.

—Buenas tardes, Patricia, ¿cómo estás?

—Muy bien, muchas gracias. Lo primero: darle las gracias por concederme la entrevista.

—Encantada, la verdad es que el mundillo de la ciencia necesita más visibilidad, con lo que soy yo la que debe darte las gracias.

—Esperemos que este *podcast* inspire a muchos jóvenes —Morris sonríe sintiéndose un poco culpable.

—Ojalá.

—Pues sin más dilaciones vamos a ello, ¿le parece?

—Adelante. —La doctora al otro lado de la pantalla se coloca, carraspea y toma aire—. Estoy un poco nerviosa, perdona.

—El tiempo que necesite, no hay prisa.

—Ya, ya —contesta, Morris le da unos segundos más.

—Os damos la bienvenida una semana más a este *podcast*, en el que cada semana traeremos a un profesional de una rama distinta. —Hace una pausa—. Hoy tenemos el placer de hablar con la doctora Weber, ella es una reconocida científica que actualmente está trabajando en el apasionante campo de la biología molecular. Bienvenida.

—Muchas gracias, Patricia, encantada de estar hoy aquí.

—Doctora Weber, ¿qué la motivó a dedicarse a la ciencia?

—Desde bien pequeña fui una niña muy curiosa, y siempre quería saber cómo funcionaban las cosas. Me gustaba leer libros de ciencia y hacer experimentos caseros. Cuando crecí, decidí estudiar Biología en la universidad y luego hacer un doctorado en Biología Molecular.

—¿Qué es lo que más le apasiona de su trabajo?

—Lo que más me apasiona es el reto de descubrir cosas nuevas y contribuir al avance del conocimiento. Me encanta trabajar en el laboratorio, diseñar y realizar experimentos, analizar los datos y compartir los resultados con la comunidad científica.

—¿Qué es lo que más odia de su trabajo?

—Bueno, ¡menuda pregunta! No odio nada de mi trabajo, pero sí es cierto que la falta de ayudas económicas muchas veces nos hace tener que parar o frenar las investigaciones.

—Con lo que desde aquí hacemos un llamamiento para que se animen a donar fondos para la ciencia.

—Toda ayuda es bien recibida.

—¿Qué tipo de proyectos está desarrollando actualmente?

—Mi investigación se centra en el estudio del *desmoteplase*.

—¿Podría explicarnos qué es?

—El *desmoteplase* es una sustancia que se encuentra en la saliva de los murciélagos vampiros y que tiene la capacidad de disolver los coágulos de sangre y de proteger las células nerviosas del daño causado por la falta de oxígeno.

—¿Los murciélagos vampiros? Yo pensaba que eso era cosa de las películas —ambas ríen.

—Los murciélagos vampiros son un grupo de murciélagos que se alimentan exclusivamente de sangre. Estos murciélagos viven en América Central y del Sur, y son los únicos mamíferos

que tienen una dieta hematófaga, es decir, que consumen sangre.

—Vaya, qué interesante. ¿Y cómo descubrió esta sustancia?

—El *desmoteplase* fue aislado por primera vez en 2003 por un equipo de científicos alemanes que estudiaban la saliva de los murciélagos. Ellos observaron que esta sustancia tenía un efecto anticoagulante muy potente y que podía ser útil para tratar el infarto cerebral, una enfermedad que provoca la muerte de las neuronas por la obstrucción de una arteria cerebral.

—¿Es seguro?

—No lo sabemos, por eso es un estudio —ríe la científica.

—Entonces, ¿qué ventajas cree que tiene el *desmoteplase*?

—Tiene varias ventajas. Una de ellas es que actúa de forma selectiva sobre los coágulos de sangre, sin afectar a la coagulación normal. Otra es que tiene un efecto neuroprotector, es decir, que previene la muerte de las neuronas y favorece su recuperación. Y otra es que tiene una ventana terapéutica más amplia, lo que significa que se puede administrar hasta nueve horas después del inicio de los síntomas, mientras que otros fármacos solo se pueden aplicar hasta cuatro horas y media.

—Parece que todo son ventajas, ¿han encontrado alguna dificultad?

—Bueno, como toda investigación, tiene sus pros y sus contras. Uno de ellos es la obtención de la sustancia, que requiere la extracción de la saliva de los murciélagos, un proceso que no es fácil ni exento de peligros. Otro es la realización de los ensayos clínicos, que deben cumplir con unos estrictos protocolos éticos y de seguridad. Y otro es la competencia de otras empresas farmacéuticas que también están interesadas en desarrollar este fármaco.

—¿Tiene efectos secundarios?

—Siempre hay riesgos, Patricia, reacciones alérgicas, derrames cerebrales, hay que seleccionar muy bien a los pacientes.

—¿Y qué expectativas tiene sobre el futuro del *desmoteplase*?

—Yo tengo mucha esperanza en que se convierta en un tratamiento eficaz y seguro para el infarto cerebral y otras enfermedades relacionadas con la coagulación y la neurodegeneración. Creo que es una sustancia con un gran potencial terapéutico y que puede mejorar la calidad de vida de muchos pacientes. Por eso, sigo trabajando con ilusión y dedicación en este proyecto.

—¿Qué consejo le daría a las niñas y jóvenes que quieren seguir una carrera científica?

—Les diría que no se dejen intimidar por los estereotipos o las dificultades que puedan encontrar. La ciencia es una carrera apasionante, creativa y gratificante, que ofrece muchas oportunidades de desarrollo personal y profesional. Las animaría a que sigan sus sueños, que estudien lo que les gusta, que se preparen bien y que busquen mentores y modelos que las inspiren y las apoyen.

—Muchas gracias, doctora, por compartir con nosotros su trabajo y sus conocimientos. Le deseamos mucho éxito en su investigación.

—Muchas gracias, por el interés y por dar visibilidad. Ha sido un placer.

—Y hasta aquí el *podcast* de hoy hablando de ciencia, nos vemos la semana que viene.

—Ya —dice Morris mirando a la pantalla.

—De verdad, muchísimas gracias por la entrevista, nuestra labor en la salud es muy importante y muchas veces no obtenemos la visibilidad que necesitamos.

—Ha sido un placer de verdad, señora Weber.

—Hasta la próxima y ya me pasará por *email* el enlace, por favor.

—Tenga por seguro que sí —Morris sonríe y corta la llamada. Se queda mirando a Medina para saber si puede hablar con total libertad.

—Ha sido brutal —confiesa su amigo.

—Me da pena la mujer porque ella está superilusionada y esto no va a salir a la luz en la vida —confiesa Morris.

—Bueno, por ahora no, quién sabe si algún día cuando desmantelamos todo este tinglado igual te haces reportera —le dice levantando las cejas.

—Cállate, anda.

—Fuera bromas, de verdad que me parece loquísimo que la saliva de los murciélagos pueda curar.

—Sí, pero más loco es que alguien lo empezara a hacer en el año 1800.

CAPÍTULO 27

Febrero de 2023

—Inspectora, siéntese, buenos días —dice mientras Morris entra en el despacho y se acomoda frente a su jefe.

—Buenos días, comisario.

—Ha aparecido el cuerpo de una mujer totalmente calcinada.

—¿Dónde, señor?

—En la Serra Grosa. El equipo de la científica ya está allí, pero...

—¿Qué sucede, comisario?

—Creo que debería ir al lugar de los hechos, han encontrado una nota haciendo referencia al caso de los murciélagos asesinos.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dice exactamente la nota, señor?

—«Deje de investigar» —lee con cuidado y le muestra el dibujo de un murciélago.

Morris se queda en silencio, cierra los ojos y aprieta los labios.

—No puede ser —dice apretándose el entrecejo.

—¿Qué no puede ser?

—Cerramos el caso y...

—Morris, sé todo lo que sucede en mi comisaría. —La interrumpe el comisario Francisco Gutiérrez dándole énfasis a la palabra «mi».

—Claro, señor, disculpe, yo...

—Por favor, en cuanto tengan la identificación del cadáver, usted y Medina vengan a mi despacho, ¿entendido?

—Entendido, señor —contesta Morris.

Nada más salir se dirige al despacho de Medina, está vacío, va hasta la sala de descanso y allí lo encuentra con un café en la mano y charlando con Lorente.

—Buenos días, chicos —saluda con una sonrisa forzada.

—Buenos días, Morris —contesta Lorente—. ¿Un café?

—No, gracias. —Niega al mismo tiempo con la cabeza.

—¿Todo bien? —quiere saber Medina dándole un trago a su café.

—Tenemos un caso, hay que bajar a la morgue en cuanto llegue el cadáver.

—Joder, ¿cadáver? ¿De quién? —quiere saber tirando el vaso de plástico a la papelera.

—Eso es lo que quiere que investiguemos el comisario.

—Vamos —dice este saliendo tras Morris, pero en mitad del pasillo ella se para.

—El comisario sabe que seguimos investigando —susurra.

—¿Qué dices? —Abre los ojos y se pone las manos en la cabeza—. Mierda.

—En el cadáver había una nota dirigida a mí —susurra ella. Justo en ese momento ve cómo Álvaro entra por la puerta de la comisaría.

—¡Álvaro! —lo llama Morris, este al verla cambia por completo su cara y se acerca deprisa.

—Joder, Camila, ¿qué está pasando? El comisario me ha dicho que ocultemos la nota que va dirigida a ti —susurra—. ¿Qué coño está pasando?

—¿Te ha pedido que la oculte?

—Sí, la llevo aquí y se la tengo que entregar a él. ¿Qué pasa?

—No lo sé —contesta azorada.

—¿El cadáver está ya en la morgue?

—Sí—confirma Álvaro—. Y la identificación debe estar al llegar porque he mandado las huellas de camino, el comisario me ha dicho que este caso es prioritario.

—Vamos —apremia Medina empujando a su compañera que está en riguroso silencio.

Los tres bajan a la morgue.

—Díaz, buenos días —saluda Medina nada más entrar por la puerta.

—Hola, os estaba esperando, me acaba de llegar la identificación de la fallecida.

—Mujer —bromea Medina.

—Muy perspicaz, Gabi —contesta la doctora Díaz mirando por encima de sus gafas.

—Bueno... ¡Cómo están los ánimos hoy!

—Perdona, es que me pone de mala leche que una mujer de no más de treinta años haya sido asesinada —replica señalando el cadáver.

—¿Quién era? —pregunta Morris cogiéndole el documento que sostenía la doctora en la mano.

La cara de Morris se queda blanca y un pequeño vahído la hace tambalearse.

—¿Estás bien? —Medina la coge por detrás para darle apoyo y la mira con preocupación.

—¿Esto es cien por cien seguro? —pregunta levantando los documentos.

—Sí, Morris, sus huellas están en la base de datos, ha sido detenida en varias ocasiones por delitos cibernéticos y lo más probable es que haya cabreado a algún capo de...

—No sigas, Díaz —la interrumpe Medina leyendo el nombre de la fallecida—. No me jodas, no me jodas que es... —empieza a ponerse blanco él también.

—¿Qué pasa, chicos? —quiere saber Díaz ansiosa—. ¿Conocíais a la víctima?

—Laura Mendieta es... era —empieza a explicar Morris— una de mis informantes secretas, es por eso por lo que jamás ha entrado en prisión, sus delitos cibernéticos, no todos evidentemente, pero muchos de ellos eran para esta comisaría.

—Querida, cuantísimo lo siento. —Díaz posa un brazo sobre los hombros de Morris.

—¿Podemos quedarnos mientras le haces la autopsia? —ruega Morris sentándose en un taburete.

—¿Estás segura?

—Díaz...

—Está bien, pero creo que tú también deberías sentarte, querido, estáis los dos blancos.

—Joder, de verdad, joder —exclama Medina.

La doctora Díaz se ajusta los guantes de látex y se acerca a la camilla donde yace el cadáver de Laura. El olor a carne quemada le hace fruncir el ceño.

—Mujer, entre 25 y 30 años, la causa de la muerte está todavía por esclarecer. La víctima ha sido hallada por un transeúnte que estaba paseando con su perro por la Serra Grossa; según el informe preliminar, el cadáver estaba todavía humeante con lo que ha sucedido esta misma noche de madrugada. Lo bueno, si de aquí podemos sacar algo bueno, es que estoy casi cien por cien segura de que estaba inconsciente cuando la quemaron.

—¿Le asestaron algún golpe? —quiere saber Medina.

—No parece que tenga ningún hematoma o golpe en la cabeza —dice al mismo tiempo que da

la vuelta al cadáver para inspeccionar bien la zona—. Es difícil saber si se defendió porque está chamuscada.

—¿Por qué quemarla? —pregunta Morris.

—¿Para tapar las huellas? —sugiere la doctora Díaz.

—Hay que hablar con los vecinos de la zona por si vieron algo. ¿Se han hallado huellas de neumáticos?, si estaba inconsciente debieron llevarla hasta allí de alguna manera.

—El cadáver estaba en mitad del monte, Morris —explica Díaz.

—En el informe pone que han encontrado «huellas de dos motocicletas» —lee Medina.

—¿Dos motos? —Morris mueve la cabeza—. Llegó consciente, no entiendo nada de nada. —Morris observa el cuerpo chamuscado de Laura.

—¿Estaba investigando algo para vosotros? —pregunta Díaz.

—No, la verdad es que hacía bastante que no precisábamos de sus servicios —miente Medina.

—Vaya, qué pena, igual por ahí podríais investigar algo más, pero si estáis seguros de que no estaba con ninguno de vuestros casos... Voy a redactar el informe y se lo paso al comisario por correo —cambia de tema Díaz.

—Ponme en copia, por favor —pide Morris.

—Claro. —La doctora Díaz se gira y se pone a trabajar en el informe de Laura Mendieta.

Morris y Medina salen de la morgue y se dirigen por las escaleras hacia el despacho del comisario Gutiérrez.

—¿Por qué has mentido, Medina? —pregunta Morris una vez subidos los dos pisos que alejan la comisaría de la morgue.

—No sabemos en quién podemos confiar, Camila. ¡Laura muerta!, ¿cómo es posible? Utilizamos el teléfono de guardia para estos temas y ese teléfono lo tienen seis personas —explica Medina haciendo aspavientos con las manos.

—Debemos estar muy cerca, no podemos dejar de investigar —insiste Morris.

—Morris, Laura ha muerto, no podemos....

—Medina, su muerte no puede quedar en vano, ahora más que nunca debemos seguir hasta el final. —La mirada de ella es dura, llena de rabia.

Se quedan parados frente al despacho del comisario Gutierrez cuando la puerta se abre.

—Inspectores, pasen por favor.

—Por supuesto, señor. —Ambos entran.

—La doctora Díaz me ha llamado para decirme que me pasará el informe de la víctima en un par de horas, mientras nos llega el informe completo les paso toda la información que tenemos en la base de datos de Laura Mendieta. —El comisario le entrega a Morris una carpeta y arquea las cejas al entregársela.

—Gracias, señor, nos pondremos de inmediato a investigar. Medina y yo pensamos que podría deberse de nuevo a los...

—Dudo mucho que esté relacionado con las reyertas de bandas, Morris —interrumpe el comisario abriendo mucho los ojos.

—Entendido, señor —se aventura a contestar ella—. Nos ponemos a ello enseguida, buscaremos otras vías de investigación.

—Gracias, manténganme al tanto, pueden retirarse.

—Gracias, señor —contesta Medina.

—Por cierto, Morris, Isabel me ha recordado que la esperamos este domingo en la barbacoa de inauguración de la casa nueva.

Morris se gira y se queda boquiabierto mirando al comisario, ya que jamás habían tenido

relación alguna fuera de la comisaría, ni con él ni con su mujer

—Medina no ponga esa cara, usted también puede asistir —continúa el comisario.

—Oooh, muchísimas gracias, estaré encantado de asistir. —Medina empuja a Morris para que salga del despacho porque sigue ojiplática mirando a su jefe.

—A las trece horas, no lleguen tarde, ya saben cómo se pone mi mujer con las impuntualidades, les enviaré un SMS con la dirección de la nueva casa.

—Gracias, señor —logra articular Morris.

Salen del despacho y se quedan mirándose.

—Necesito un café —dice Morris con la carpeta en la mano y todavía fuera de juego.

—¿Un café? Yo un *whisky* joder—replica Medina.

CAPÍTULO 28

—Un *whisky* y un café largo, sin azúcar, por favor —pide Medina nada más entrar en la cafetería que hace esquina con la comisaría.

—Se lo acerco a la mesa enseguida —contesta la camarera con una sonrisa.

—Gracias.

—Me da no sé qué abrir la carpeta que nos ha entregado el comisario —confiesa Morris sentándose de golpe en uno de los bancos de madera del fondo de la cafetería.

—Pues yo lo estoy deseando, porque algo sabe, Morris —sentencia Medina.

—Claro que algo sabe, me dijo que él sabía todo lo que pasaba en su comisaría.

—¿Nos habrá estado siguiendo? Joder.

—Su elixir, inspector —interrumpe la camarera—, y su café. ¿Les apetece un trozo de tarta?

—Doble de chocolate, si eres tan amable —pide Morris sin mirar a la camarera. Está con la mirada perdida en un cuadro de Marilyn Monroe colgado en la pared.

—Marchando —contesta ella y sale disparada hacia el mostrador.

—No lo sé, Gabi, pero creo que la hemos jodido.

—Abre —insiste dándole un trago a su licor dorado.

—Vale, abro —nada más abrir la carpeta ve una hoja escrita con la letra del mismísimo comisario.

Morris,

Si estás leyendo esta carta es porque estamos muy cerca, estamos cerrando el círculo; sé que la muerte de Laura te ha podido hacer pensar que debes abandonar el caso de VPT, pero no debes hacerlo bajo ningún concepto. Ellos deben pagar por todo el dolor que han infligido a tantísimas familias: hay tantas muertes detrás de ellos, tienen las manos tan manchadas de sangre que, si algún día llegases a descubrir todas las muertes, no sé si serías capaz de recomponerte.

Te espero en el lugar acordado; por favor, quema esta carta una vez leída, es de suma importancia que nadie, absolutamente nadie sepa que hemos hablado de este tema.

Sabes quién soy, pero por mi propia seguridad no puedo firmar esta carta.

—Bueno, bueno y bueno, creo que un *whisky* se me va a quedar corto.

—Medina, el comisario ha estado al tanto de todo en todo momento.

—De verdad, estoy en *shock*.

—¿Crees que forma parte de Los Salvatori?

—Tiene toda la pinta. ¿Qué más hay? —pregunta señalando la carpeta.

—Folios en blanco. —Le muestra las hojas.

—No me jodas, Morris, ¿el comisario en el ajo?

—Estoy cabreadísima, ¡hostia! —Da un golpe en la mesa y todos los comensales se dan la vuelta, incluida la camarera que está detrás de la barra sirviendo la tarta.

—Tranquilízate, así lo único que conseguirás es llamar la atención.

—Lo siento —dice ella—, pero no entiendo nada, ¿por qué no nos ha ayudado?

—No sabemos, estoy seguro de que la invitación a su casa nos desvelará mucho más de lo que pensamos.

—Eso espero, Medina, eso espero.

CAPÍTULO 29

En ese mismo momento, en la azotea de la comisaría, está fumando un cigarrillo la doctora Díaz mientras mantiene una conversación telefónica:

—Hemos dado en el clavo, señor.

—¿Se han creído la muerte de Laura? —pregunta una voz ronca de hombre al otro lado de la línea.

—Sin rechistar.

—Buen trabajo, Natalia, tu marido y tú estáis haciendo un trabajo encomiable para La Vita Per Tre: seréis recompensados.

—Oooh, señor, ya lo estamos siendo formando parte de todo esto.

—Es importante que siga de cerca a los inspectores, que esté al tanto de sus casos, pero sin que levante sospechas.

—Entendido.

—Ella es sumamente inteligente—advierte el hombre.

—Lo sé —afirma la doctora dando una larga calada a su cigarrillo.

—No debe sospechar nada.

—¿Qué hacemos con la verdadera Laura? —quiere saber ella.

—Debéis mantenerla cautiva hasta la fecha del sacrificio, ella es una de las elegidas.

—Pero, señor..., si faltan todavía seis meses para los sacrificios—se queja.

—Vuestra única misión es mantenerla con vida.

—Pero, señor...

—Natalia, es una orden.

—Sí, señor, así lo haremos.

La doctora Natalia Díaz cuelga el teléfono, da la última calada a su cigarrillo, lo tira al suelo y con la punta de la bota lo pisa con fuerza.

CAPÍTULO 30

Morris y Álex están frente a una preciosa casa de dos plantas con los tejados en color lapislázuli; en un extremo de la casa se alza un pequeño torreón desde el que sin duda se debe obtener una de las mejores vistas del mar Mediterráneo.

—Menudo casoplón, ¿estás segura de que no quieres ser comisaria de nuevo, amor? —pregunta Álex mirando embobado la casa.

—Esta casa te aseguro que no se ha pagado solamente con el sueldo de un comisario —contesta guiñándole un ojo.

En ese momento un coche negro aparca frente a ellos, del coche sale una pareja sonriente.

—Hola, ¿venís a la fiesta de inauguración? —pregunta una mujer de mediana edad sacando una cesta repleta de dulces de la parte trasera del coche.

—Sí, mi nombre es Camila y él es Álex —dice Morris.

La mujer ignora por completo la mano que le ofrece Camila y se lanza a darles dos calurosos besos a cada uno.

—Hacéis una bonita pareja, nosotros somos Carlos y Ana, fuimos juntos al instituto con Fran, bueno con el comisario Francisco. Somos amigos de casi toda la vida.

—Hola —Carlos, sin embargo, les brinda un buen apretón de manos—. Podemos pasar, seguro que está la puerta abierta. Se adelanta para comprobar si lo está y efectivamente puede desplazar la verja de hierro sin problema y pasar al otro lado. Álex le da la mano a Morris para relajarla porque está bastante tensa.

—Me da mala espina, Álex —susurra ella.

—Déjate llevar, amor.

—¿Y si son...?

—Camiii —escucha la voz de Medina que la llama. Viene acompañado de Maite y carga en brazos a la pequeña Lucía.

—¡Gabi! —exclama ella aliviada al verlo, no es que con Álex no estuviera segura, es solo que «su compañero es su compañero», entre ellos se entienden con una sola mirada.

—¿Cómo está, mi princesa?

—Vaya, ¡cómo ha crecido! —Álex se adelanta a Morris y coge en brazos a Lucía.

—Hola, Álex —saluda Maite—. ¿Cómo estás? —pregunta sin poder evitar desviar la mirada a la mano artificial.

—Ooh, ya estoy totalmente recuperado, todo en orden, ¿tú qué tal?

—Todo bien. Cami, esto es un poco raro, ¿no te parece? —pregunta Maite mientras se abraza a ella.

—Está todo bien, déjate llevar, Maite —dice Morris que de reojo mira a Álex, que al mismo tiempo la mira con la boca abierta.

—Estáis aquí —dice la voz del comisario que viste un pantalón corto y un polo azul marino—. Ana y Carlos me han avisado de que habíais llegado.

—Señor, gracias de nuevo por... —empieza Morris.

—Siempre te lo digo, Camila —contesta desenfadado—. Aquí en casa llámame por mi

nombre de pila, si es que eres demasiado formal.

La rodea por los hombros y se dirige tirando de ella hacia el interior de la casa. El resto se miran confundidos, no obstante, los siguen en silencio.

Entran en la zona del jardín, un espacio sensacional con varias tumbonas que rodean una piscina con forma de oasis, al fondo están Ana y Carlos charlando con una mujer rubia, esbelta y con una sonrisa perfecta que a todas luces debe ser la mujer del comisario.

—Carlos, enciende la barbacoa —pide el comisario. Carlos se descuelga de la espalda una mochila de color granate, saca un ordenador y se pone de inmediato como un «poseso» a teclear.

—Cuánto me alegro de volver a veros. —La mujer del comisario se acerca y les da besos y abrazos a todos como si fueran amigos de toda la vida.

—Querida, me comentaba Camila que le encantaría volver a escucharte tocar el violín —dice el comisario.

Las caras de Morris, Medina, Álex y Maite eran un auténtico poema, no entendían absolutamente nada, se sentían dentro de una comedia del mismísimo *Almodóvar*.

—Oooh, por favor, sería un honor, mientras Carlos enciende el fuego. —Ella lo mira esperando una señal. Carlos levanta la mano y empieza a bajar dedos hasta que se queda con el puño en alto totalmente cerrado.

—Sé que no entendéis nada —empieza a explicar el comisario a toda prisa—, tenemos solo cuarenta y cinco minutos para hablar sin que nadie se entere, se supone que lo que están escuchando ahora mismo es a mi mujer tocando su famoso solo de violín.

—Pertenecéis a... —Morris se queda a medias.

—A Los Salvatori, sí, sentémonos por favor mientras mi mujer trae algo frío, tenemos muy poco tiempo para que os explique todo lo que sé, os rogaría que me escucharais y luego ya, si nos queda tiempo, me hagáis las preguntas que consideréis oportunas, ¿entendido? —Todos asienten con la cabeza.

—Gaaa, gaaa—dice Lucía.

—Oooh, ¿puedo ir con la niña a la piscina? —pregunta Maite.

—Sí, sí, claro, no me había dado cuenta —se disculpa el comisario.

—Vamos preciosa —Maite coge en brazos a su hija y mira a Gabi que asiente con la cabeza.

—Carlos, Ana, mi mujer y yo formamos parte de La Vita Per Tre —empieza a explicar Francisco— por imposición familiar. Nuestras familias hicieron un pacto de sangre y, como consecuencia de ese pacto, a todos nos instruyeron dentro de la sociedad. Con todas las consecuencias —explica mirando a Morris, esta alza una ceja, entendiendo a la perfección a que se refiere—. Sí, todos y cada uno de los que estamos aquí hemos sido obligados a presenciar los asesinatos. Pero eso no es lo que nos ocupa ahora mismo. Ahora mismo lo que nos ocupa es la muerte de Laura Mendieta; ella, por lo que sabemos, estaba investigando para vosotros, ha debido encontrar algo importante porque ni siquiera han esperado a las fechas de sacrificio.

—Son en septiembre, ¿verdad? —interrumpe Morris sin poder evitarlo.

—Sí, una vez al año se suceden tres muertes, siempre son mujeres, como bien sabéis, son sacrificadas para purificar a los miembros de la sociedad —continúa el comisario. Medina iba a decir algo, pero el comisario levanta la mano para que se interrumpa—. Gabriel, tenemos muy poco tiempo, no es momento de cuestionar, luego ya analizaréis mis palabras, pero ahora debéis escucharme. —Gabriel asiente e intenta relajar los hombros—. Es importante que sigáis investigando, dejarlo un par de meses por la muerte de Laura para que no sea tan evidente, que se piensen que os han asustado. Pero transcurridos esos meses debéis seguir, necesitamos dismantelar la sociedad, y para eso tenemos que llegar a las altas esferas. El problema es que no

sabemos quiénes son los tres altos dirigentes, en las reuniones de sacrificios ellos van con máscaras, llegan una vez ya estamos todos dentro del recinto y se van antes de que nos dejen salir. No sabemos ni cómo llegan ni cómo se van, intuimos que en coches privados por las marcas que hay, pero no sabemos nada más. Van tan tapados que no somos capaces de descifrar si son hombres, mujeres, ni tampoco sabemos sus edades. Lo que sí que sabemos a ciencia cierta es que ellos son los que manejan todo, ellos son los que eligen a los sacrificios.

—Víctimas, Francisco, son víctimas —recalca su mujer que se había situado detrás de su marido.

—Perdona, cariño, tienes razón. Son tantos años llamándolos sacrificios que.... Perdóname, sé lo doloroso que es para ti. —Se levanta y abraza a su mujer.

—¿A quién perdió? —se aventura a preguntar Morris.

—La hermana de Isabel fue asesinada hace diez años como castigo hacia la madre de ambas por querer salirse de la sociedad —aclaró Ana al ver que su amiga no puede hablar, han pasado diez años, pero Isabel no olvida ni perdona, el dolor es muy hondo.

—Mi hermana era adicta a las anfetaminas, su trabajo era muy estresante y recurría mucho a esas pastillas hasta que se volvió adicta. Una noche las mezcló con cocaína y se le fue la lengua más de lo debido: habló de la sociedad, de los asesinatos, de todo lo que se hace dentro y lo que nos obligan a hacer, con tan mala suerte que el camarero era miembro de la sociedad —reprime un sollozo.

—Lo siento muchísimo. —Los ojos de Morris están vidriosos.

—Los dirigentes decidieron que debían encerrarla en un psiquiátrico, más concretamente en el psiquiátrico de Barcelona, es una de las bases que usa la sociedad, allí encierran a muchos de los miembros que dan problemas —entrecomilló con las manos la palabra «problemas».

—¿Cómo es posible? —Medina no da crédito.

—Muy sencillo, el director del psiquiátrico es miembro electo de la sociedad.

—¿Qué quiere decir? ¿Hay rangos? —esta vez es Morris la que quiere saber.

—Sí, claro que hay rangos, si no eres miembro por sangre, debes pasar pruebas para ir escalando, es una estructura piramidal, yo diría que perfecta; para subir necesitas apoyo, y ese apoyo son los miembros que están abajo que quieren subir a toda costa, pero necesitas hacerle favores a los de arriba para seguir escalando y así sucesivamente.

—¿Entonces hay miembros que están por intereses?

—Sí, como el director del psiquiátrico —escupe las palabras como guijarros Isabel.

—Recibe dinero cada mes por cada una de las personas que hay ingresadas para mantenerlas sedadas —explica Gutiérrez.

—En una de las visitas, mi madre tuvo un ataque de ansiedad al ver a mi hermana en esas circunstancias y planeó en secreto y con cuidado la siguiente visita, todavía no sabemos cómo lo logró, pero consiguió escapar de allí con mi hermana. —Traga saliva para poder continuar—. Lo que mi madre ignoraba es que a mi hermana le habían puesto un chip de rastreo, con lo que la persecución duró dos días escasos.

—El resultado —continúa el comisario al ver que su mujer se vuelve a romper— podéis imaginarlo, la madre de Isabel a día de hoy está ingresada en el hospital psiquiátrico de Barcelona, evidentemente permanece todo el día sedada con un diagnóstico de esquizofrenia paranoide y su hermana fue sacrificada para purificar el alma de su familia. Todos los miembros de la familia tuvimos que presenciar cómo era asesinada; como bien sabéis, nos paralizan para que no podamos movernos. Mi mujer tiene que tomar medicación desde ese día para poder dormir porque...

—La imagen de mi hermana viene en sueños cada noche, Camila, sus ojos me miran, llenos de pánico, miedo, terror, pidiendo auxilio, su alma está errando, está perdida. Hubo una época que quise quitarme la vida, porque esta vida no tenía sentido, no poder hacer nada para parar esos asesinatos..., pero tuve un sueño con mi hermana: ese día ella me sonreía y supe que lo que necesito es vengarla y voy a hacer todo lo que haga falta para dismantelar esta maldita sociedad, no descansaré hasta que esos hijos de puta estén bajo llave para siempre. No quiero su muerte, quiero que mueran de viejos, entre rejas.

—No sé qué decir, Isabel —Morris está impactada—. Me he quedado sin palabras, cuenta conmigo para esto, yo... —Isabel se lanza a los brazos de Morris.

—Gracias, Camila —solloza—. Gracias, acaba con ellos.

—Necesito que nos deis pautas, necesito que...

—Sé que tenéis un diario de entradas de la sociedad —interviene Carlos. Morris y Medina se miran, ya que habían llevado en secreto ese diario.

—Sí, bueno, pero está incompleto —se excusa Medina.

—Necesitamos que le sigáis el rastro a los miembros de esa lista, pensamos que son cruciales para poder llegar a los dirigentes —sugiere el comisario.

—Por otro lado —vuelve a hablar Carlos—, sabemos que la siguiente celebración de sacrificio se celebrará en las afueras de Alicante.

—Tenemos un contacto que está a punto de averiguar el lugar específico, cuando lo sepamos, lo organizamos todo —añade el comisario—. Todavía tenemos margen de tiempo.

—¿La fecha la sabéis?

—Siempre es la misma, 23 de septiembre —informa Gutiérrez.

—¿Por qué esa fecha?

—Es la fecha del primer registro de sacrificio en el libro santo.

—¿El libro santo? ¿Es una especie de *Biblia*? —quiere saber Medina.

—Es uno de los libros del hijo mayor de Bruno, el fundador principal de la sociedad.

—Hay una cosa que no entiendo.

—¡Yo hay tantas! —resopla Medina, Morris lo ignora.

—Cada año se asesinan a tres mujeres.

—Sí.

—¿Siempre son miembros de la sociedad?

—No necesariamente.

—¿Dónde van esos cuerpos?

—Desaparecen —contesta el comisario—, es una de las primeras reglas en los sacrificios es no dejar rastro alguno.

—No lo entiendo, nosotros tuvimos dos muertes y yo misma fui atacada.

—Eso fue cosa de Luca, no tuvo nada que ver con los sacrificios de la sociedad, fueron muertes por *vendetta* personal.

—¿Me está diciendo que hubo tres muertes más en esa fecha?

—Lamento decirte que sí. En cierta manera hay que darle las gracias a Luca.

—Sí, claro, le hacemos un monumento si le parece—resopla ella.

—Sin él, tú no hubieras empezado a investigar.

—Diez minutos... —interrumpe Carlos.

—Llegado el momento es muy importante y, si no podemos volver a hablar del tema, es crucial que no intervengáis, ¿entendido?

—¿Me está pidiendo que...? —Morris no da crédito a lo que el comisario le está pidiendo.

—Necesitamos llegar a los máximos dirigentes; si intervenís en mitad del sacrificio, ellos huirán y todo el esfuerzo de todo este tiempo no habrá servido para nada. Ellos harán depuración de los miembros que han estado al tanto de la organización del evento y volverán a empezar —Morris respira profundo, pero asiente.

—Necesitamos saber más, necesitamos más datos, comisario, no podemos ir a ciegas —pide Morris.

—Os iré pasando la información, por eso no debéis preocuparos, pero ahora lo más importante que necesito saber es... si ambos estáis de acuerdo —Morris y Medina se miran y asienten.

—De acuerdo, lo primero que necesito que hagáis es muy importante.

—¿Qué?

—Necesito que vosotros dos —dijo señalando a Álex y a Camila— hagáis el viaje al psiquiátrico de Barcelona —explica el comisario—. Ese que tenéis pendiente para visitar a Clara. Necesito que consigáis la composición que usan para paralizarnos, es clave para poder llevar a cabo el plan.

—¿Ella la sabe? —pregunta Álex por primera vez.

—Ella fue la que la creó, y ella la mejoró para que no deje rastros en el organismo —explica el comisario.

—Cuando ella se dio cuenta de para qué la usaban, ya que la mantuvieron alejada de todos los sacrificios durante muchos años (como a tantísimas mujeres para evitar problemas, como dicen ellos), quiso abandonar todo y denunciar a las autoridades y, como imaginaréis, la encerraron de por vida en el psiquiátrico.

—Menuda secta.

—*Brava*, amor mío, *bravísima*. —El comisario estalla en aplausos, Carlos y Ana lo imitan y, como contrapunto, Álex, Medina y Morris hacen lo propio.

—Ha sido un concierto increíble —balbucea como puede Morris.

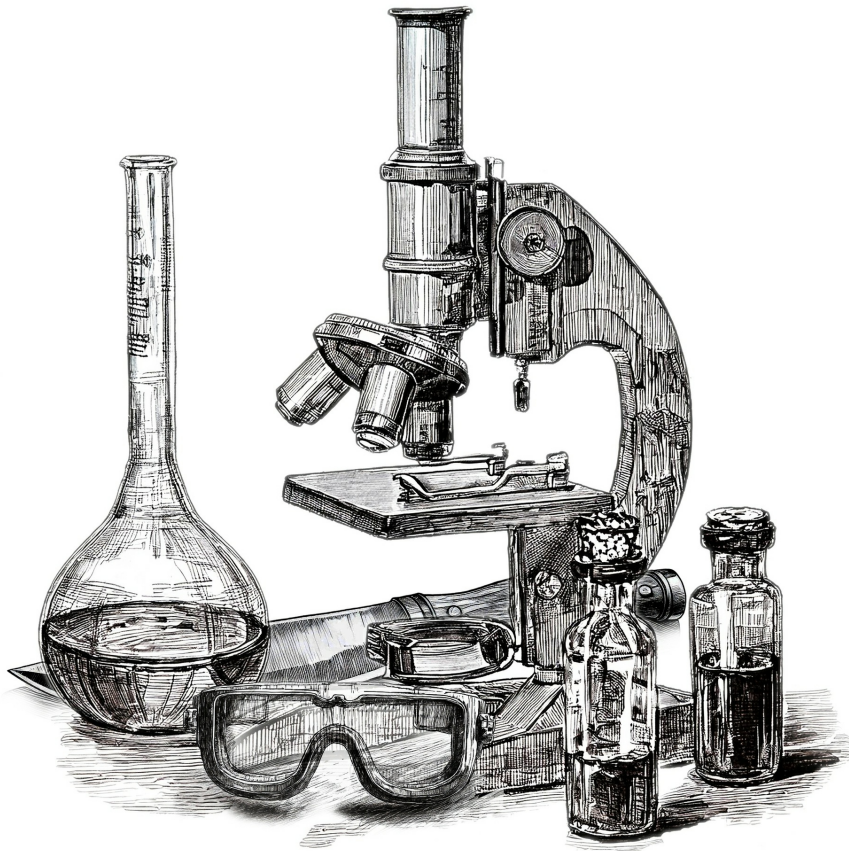
—Querida, deberías estar encima de un escenario —la halaga el comisario.

—Como siempre, un placer —contesta su mujer.

—¿Otra cervecita, Fran? —pregunta Carlos.

—Claro. Veamos cómo va el fuego —contesta levantándose como si allí no hubiera pasado nada. Sin embargo, Morris, Medina y Álex están pegados a sus asientos digiriendo toda la información.

SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO 31

Semana Santa de 2023, Barcelona

- ¿Estás segura? —Álex la mira con cara de preocupación.
- Sí, es la única manera que tenemos de poder entrar al psiquiátrico.
- No sé...
- Estaré bien, no te preocupes —se acerca y lo besa en los labios para tranquilizarlo.
- No me gusta que vayas sola.
- No voy a ir sola.
- Me refiero a que no me gusta que vayas sin mí.
- ¿Qué crees que nos puede pasar a un grupo de monjas?
- No lo sé, es solo que...
- Álex —Morris le pone una mano sobre el pecho—, soy inspectora de policía, creo que sabré manejar la situación.
- Vale, pero prométeme que me llamarás si sospechas algo.
- Prometido —contesta ella, poniéndose firme como si fuera un militar—. ¿Al final vas a ir a visitar el centro de recuperación de reptiles?
- Sí, he quedado allí con Mónica, una de las encargadas de la zona de tortugas, y con Josep, el fundador, para que me expliquen como tienen enfocadas las visitas y eso.
- Igual podríais colaborar, ¿no?
- Puede ser, ellos son un centro muy similar al mío, tienen cero ayudas por parte del gobierno, viven de los socios, de los apadrinamientos, y de las visitas que organizan de los colegios. La verdad que hacen una labor increíble: hace poco rescataron noventa tortugas que iban en una maleta.
- Sí, el tema del tráfico de animales es tremendo, si quieres te puedo pasar el teléfono de Pablo Gómez, es el inspector jefe que se encarga de este tipo de delitos y si no recuerdo mal trabaja conjuntamente con el Seprona y...
- Conozco a Gómez desde que éramos críos —sonríe Álex—. Hace años, al principio de que yo empezara con la reserva, me llamó porque incautaron en el aeropuerto del Altet a una madre y una hija con un mono bebé, lo llevaban en el interior de su maleta de cabina. El mono estuvo al borde de la muerte, casi lo asfixian; fue uno de mis primeros casos, por así decirlo; me marcó tanto que decidí abrir Reserva animal.
- ¿Qué pasó con el mono?
- Al ser tan pequeñín, mi hermana y yo logramos rehabilitarlo y fue trasladado a una reserva que hay en Andalucía.
- Pero, al final es una reserva, quiero decir, no lo volvéis a reinsertar a su mundo.
- A su hábitat es imposible, amor, en el momento en el que se acostumbran al contacto humano ya no se puede, por eso son tan importantes las ayudas para que los recintos como Reserva animal o muchos más sean visibles.
- No somos conscientes.

—Claro que hay casos en los que se han podido devolver a su hábitat, pero la gran mayoría quedan vinculados a la mano humana, y eso los marca. Por eso creo que es muy importante concienciar para que esto no suceda, endurecer las penas, pero...

—Entiendo... Lo siento, cariño.

—Oooh, no pasa nada. —Álex la abraza y le da un beso en la cabeza—. Esto es mi vida y amo mi trabajo.

—No me refiero a eso, me siento mal porque sé muy poco de tu trabajo, tú siempre me escuchas, siempre estás ahí y me acabo de dar cuenta de que sé muy poco de tu labor.

—Amor, no te preocupes, cuando acabemos con esto, te hago un *tour* con una clase magistral.

—¿Preparada? —interrumpe una novicia haciéndole entrega de un hábito.

—Sí, estoy preparada. —Se acerca para recoger la vestimenta.

—Salimos para el psiquiátrico en treinta minutos. —La novicia agacha la cabeza con una sonrisa y desaparece.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Tranquilo.

Morris sube a un minibús junto a seis monjas más, ellas van a ser las encargadas de llevar un poco de felicidad por unas horas a uno de los psiquiátricos que hay en las afueras de Barcelona, donde está ingresada contra su voluntad Clara, miembro de La Vita Per Tre. Ella y el resto de las monjas van a pasar la mañana del Jueves Santo haciendo talleres de manualidades, leyendo fragmentos de libros o simplemente escuchando a los enfermos para darles apoyo.

Al llegar se encuentran con un edificio relativamente moderno que consta de ocho plantas, dos amplios jardines delanteros, y otros dos enormes patios traseros, en los que se realizan las actividades en grupo. Está situado estratégicamente a las afueras de la ciudad, con lo que solamente se puede llegar en coche o en autobús.

En la entrada las está esperando un hombre alto, con una bata blanca cerrada únicamente con dos botones y con unas gafas de pasta que se ven excesivamente grandes para su cara; junto a él esperan pacientemente dos enfermeras, parecen el *yin* y el *yang*: una es alta delgada y muy morena de piel, y la otra es bajita y con una piel extremadamente blanca, casi mortecina, ambas esperan con una amplia sonrisa.

—Buenos días, doctor Calatayud. —Se adelanta la madre superiora para darle un fuerte apretón de manos. La madre Manuela es una mujer robusta y de carácter, tiene la habilidad de conseguir todo lo que su congregación necesite a través de sus buenas maneras y su don de la palabra.

—Buenos días, madre Manuela, ¿qué tal se encuentra?

—Un nuevo día, imagínese; queridas, a vosotras no os conozco. —Se adelanta hacia las dos enfermeras.

—Buenos días, madre, soy la enfermera Anabel —se presenta la más bajita de ellas.

—Buenos días, señora, y yo soy Olga —le ofrece la mano.

—Les presento a las hermanas de la congregación —la madre Manuela va presentando una a una a todas las hermanas que la acompañan.

Tras las presentaciones se dirigen al interior, allí la madre Manuela distribuye a todas las monjas en las diferentes actividades que están organizadas. Las hermanas Lucía y Lola se dirigen hacia el ala este donde empiezan con un grupo de mujeres que están ingresadas por padecer diversos trastornos de ansiedad. Las hermanas Ana y Antonia son enviadas a la sala de televisión donde se organizará el taller de manualidades, y por último la hermana Montserrat, la madre

Manuela y Morris (hermana Ana para los miembros de la institución) se dirigen directas a la primera planta, allí se distribuyen por las diferentes habitaciones leyendo a las pacientes que así lo habían solicitado con anterioridad, es una planta destinada exclusivamente a mujeres.

—Bien, hermana Montserrat, usted diríjase a la habitación 103, allí está Laura, probablemente la recuerde de años anteriores.

—Por supuesto, madre Manuela.

—Recuerden, por favor, que son pacientes que están con las almas rotas, a la mínima que noten algo de ira o furia, salgan de la habitación —avisa una de las enfermeras.

—¿No están medicadas? —pregunta Morris.

—Sí, hermana, todas llevan sus medicaciones al día; sin embargo, en alguna ocasión las emociones las sobrepasan —explica la enfermera.

—Entiendo.

—Hermana Ana, usted vaya a la habitación 127, está al final de este pasillo —explica la madre Manuela, Morris asiente.

—Tenga paciencia con Clara —susurra la enfermera—. Casi nunca habla, pero ella escucha.

—Lo tendré en cuenta.

Morris se dirige a paso lento, tal y como le habían enseñado las monjas el día anterior, pausada, mirando y sonriendo a todo aquel que se cruza en su camino hasta llegar frente a la puerta 127, está entornada.

—Clara, soy la hermana Ana, ¿puedo pasar? —No obtiene respuesta, deja pasar unos segundos, sigue sin escuchar nada, y decide asomar la cabeza por la puerta. Allí, en una silla, está Clara mirando por la ventana—. Clara, voy a pasar, he venido a leerle un pasaje de la *Biblia*.

—Clara ni se inmuta—. Sin embargo, me han «chivado» que le encanta *Julio Verne*.

—¿Verne? —pregunta con una voz ronca sin dejar de mirar por la ventana.

—Sí, lo he traído oculto porque he pensado que la *Biblia* probablemente ya la tenías muy escuchada.

—Hace más de diez años que no escucho otra cosa. —Clara se gira para mirar a Morris. Sus ojeras son lilas, su rostro marca su extrema delgadez y sus ojos están vacíos, sin vida, sin sentimientos.

—Bien, pues será un secreto entre nosotras dos, si te parece bien.

—¿Quién le ha dicho que me gusta Verne?

—Marie —contesta Morris en un susurro y se mantiene alerta, no sabe cómo va a reaccionar.

—Márchese, por favor, no conozco a ninguna Marie. —Morris la ignora, coge una silla, se sienta y empieza a leer un pasaje de *La isla misteriosa*.

—«Desde los diez años hasta los treinta, el príncipe de Dakar, dotado de cualidades superiores, de gran corazón y mucho talento, se instruyó en todas las cosas, en las letras y en las artes, llevó sus estudios hasta las más distantes y elevadas regiones. El príncipe de Dakar viajó por...»

—¿Quién es usted? —Clara se gira y la observa con curiosidad.

—Una monja que ha venido a leerle.

—No quiero que nadie me lea.

—¿A qué se dedicó de joven?

—¿Qué?

—Seguro que usted fue una de las primeras de su promoción, tiene pinta de ser una mujer muy inteligente. —Morris está interpretando su papel a la perfección.

—Yo no soy nadie.

—Todos somos alguien, querida.

—¿Qué? —Clara la mira fijamente.

—Vamos, mujer, cuénteme a qué se dedicaba de joven.

—No lo recuerdo —contesta Clara y se da la vuelta para mirar por la ventana.

—Seguro que sí.

—Usted no me cae bien, quiero que se marche.

—Está bien, le contaré yo mi historia, seguro que la *Biblia* se la sabe de memoria. El mes pasado estuve en un convento visitando a una antigua amiga, pasamos muchos momentos juntas en nuestra infancia, se llama Marie

En ese momento Clara se da la vuelta y Morris aprovecha para enseñarle la pulsera.

—No —exclama.

—Sí, pasé allí una semana. —Morris continúa su historia como si nada, Clara la mira perpleja, su respiración se agita—. Más concretamente pasé ocho días —ríe Morris—. Porque siete más uno son ocho.

—¿Qué ha dicho? —Clara tiene la cara totalmente desencajada.

—Siete más uno hacen ocho —repite Morris muy lentamente. Clara empieza a balancearse sobre sí misma, una lágrima cae por su mejilla.

—Siete, siete, siete. —Se la queda mirando y grita—. Siete, siete, siete. —Morris se levanta para intentar calmarla y al momento entran varias enfermeras.

—¿Qué sucede? —quieren saber.

—No lo sé —se excusa Morris, por el rabillo del ojo ve el libro de Julio Verne, y rápidamente con el brazo lo tira debajo de la cama y entre sus manos se coloca de nuevo la *Biblia*.

—Clara, cariño —le susurra una enfermera—. Si no te calmas, te tendré que pinchar.

—No, por favor —llora Clara.

—¿Qué le estaba leyendo? —pregunta la otra enfermera, algo más mayor con el cabello pelirrojo.

—El salmo 23, «El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas me conduce; me infunde nuevas fuerzas».

—Será mejor que se marche, hermana —le aconseja la enfermera.

—No —pide Clara—. El señor es mi pastor, el señor es mi pastor.

—¿Quieres que se quede?

—Yolanda, está muy alterada, lo mejor será que... —interrumpe la segunda enfermera.

—Oooh, vamos, ya se está relajando —pide Yolanda, que tiene abrazada a Clara.

—Por favor —ruega Clara.

—Vale —consiente la enfermera pelirroja, que parece ser la enfermera jefa—. Pero te vas a tumbar en la cama y te vas a poner esta pastilla debajo de la lengua.

Morris la mira con tristeza: por un lado, por ver a esa mujer a la que no conoce de nada, pero por la que siente un cariño especial, tras conocer toda su historia y verla allí así, desquiciada, casi loca, por culpa de ellos; y, por otra parte, porque sabe que ha perdido la única oportunidad que tenía para obtener la fórmula.

—Ya está más tranquila —la informa la enfermera más joven.

—Gracias —contesta Morris, sitúa la silla al lado de la cabecera de la cama y mira a Clara.

Las enfermeras salen de la habitación.

—¿Quieres que siga leyendo la *Biblia*?

—¿Es cierto? —pregunta Clara en un susurro.

—Estamos muy cerca, necesitamos que recuerde...

—¿Que recuerde? —balbucea moviendo la cabeza—. Me borraron la memoria, ¿qué quiere que recuerde?

—¿No recuerda nada?

—¿No sigue leyendo? —pregunta Clara con la mirada perdida.

Morris abre la Biblia y empieza a leer.

—El salmo 23: El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas...

—Ellos... —susurra Clara. Se agarra la cabeza—. Intento recordar... Y nada...

—¿Cómo es posible?

—Sé quién soy, sé por qué me tienen aquí, sé que moriré aquí.

—No tiene por qué, estamos muy...

—Shhh —chista Clara—. ¿Sabe que ese es mi salmo favorito?

—¿Qué? —pregunta Morris.

—¿Quiere que se lo recite? —Morris asiente con la cabeza y Clara le pide que se acerque.

—Ellos la matarán, no tienen ni la más mínima idea de a quiénes se está enfrentando —susurra, baja la mirada y se queda en silencio mirando la pulsera; mira a Morris y ahoga un grito.

—Tranquila, Clara. —Morris le coge de las manos—. La sacaremos de aquí, solo necesito que...

—Aquí ya han desistido de hacerme «preguntas trampa» —susurra Clara—. Yo he aprendido a evadir las para que me mediquen lo justo y necesario para no querer atentar contra mi propia vida.

—Clara...

—No sé qué le habrá dicho ella que puedo hacer, pero lamento decirle que está equivocada.

—Clara, por favor necesitamos la fórmula, necesitamos...

—¿Sabe que otro salmo es mi favorito? —pregunta de golpe Clara. Morris se la queda mirando sin entender nada, Clara se gira, la mira, le acerca la mano a la cara y se la acaricia.

—¿Cuál?

—El salmo 51, ¿lo conoce?

Morris niega con la cabeza, Clara mira al techo y empieza a recitar.

—«Ten compasión de mí, oh, Dios, conforme a tu gran amor; conforme a tu inmensa bondad, borra mis transgresiones. Lávame de toda mi maldad y límpiame de mi pecado».

—Clara —susurra Morris apretando la mano—, ¿tiene alguna Biblia que pueda leer?

—¿Qué?

—Si tiene alguna Biblia que pueda leer —repite Morris lentamente.

La cara de Clara se gira, mueve la cabeza, baja hasta la pulsera que lleva Morris, la toca, vuelve a mirarle la cara.

—¿Es cierto? —vocaliza sin hablar y al mismo tiempo le pone el dedo índice en los labios, Morris asiente.

—Yo le puedo dejar la mía, si quiere —se ofrece Morris.

—No nos permiten tener libros.

—Es una pena.

—Necesito ir al baño.

—Ooh, claro —dice Morris—. ¿Quiere que avise a alguna enfermera?

—Me puede acompañar usted. —Se la queda mirando sin entender muy bien pero la acompaña hasta el aseo. Nada más entrar, Clara corre hacia la cisterna del baño, levanta con mucho cuidado la tapa y de allí saca una bolsa que entrega a una Morris ojipláctica que la coge y

la mete entre el hábito. Clara tira de la cadena y ambas salen como si nada.

—Deben de estar muy cerca —susurra.

—Mucho.

—No olvide su libro —sonríe Clara señalando el libro de Julio Verne que estaba debajo de la cama.

Morris se agacha y lo recoge, ayuda a tumbarse de nuevo a Clara y abre la Biblia dispuesta a seguir con su papel.

—Mátelos a todos —vocaliza Clara apretando los dientes. Morris asiente con la cabeza.

CAPÍTULO 32

En el despacho de la madre Manuela, Morris da vueltas en sus manos a la bolsa que Clara le ha entregado, en el autobús de camino de vuelta la ha revisado sin encontrar nada.

—¿Se supone que aquí dentro está la fórmula para el antídoto? —pregunta algo perpleja.

—Eso parece, esta misma tarde lo envió por correo para que «nuestra» científica... —con las manos entrecomilló la palabra nuestra—, lo revise en profundidad.

—Yo no he visto nada —asegura ella.

—Probablemente esté oculto a simple vista.

—¿Cuánto tiempo debemos esperar?

—No creo que más de un par de semanas.

—Muchas gracias, madre Manuela, por prestarse a ayudarnos, sé que no le ha resultado nada fácil.

—No, sinceramente no lo ha sido, todo esto me ha devuelto recuerdos que tenía totalmente olvidados, gracias a Dios.

—Soy consciente y lo siento.

—No lo sienta, fue el señor el que me alejó de Ellos cuando era una niña y ahora ha vuelto a ser Él el que me ha devuelto al camino, no sin otra misión que la de ayudar.

—Disculpe, madre, pero...

—Señorita Morris, haga la pregunta que tiene en su mente desde que supo mi historia, porque una vez que salga de aquí la volveré a cerrar en la caja del olvido y con llave.

—¿Cómo consiguió escapar?

—Me imaginaba que esa iba a ser su pregunta. Sé que no es fácil de entender y sinceramente odié a mi madre durante la mayor parte de mi vida; sin embargo, desde mi posición y sabiendo todo lo que sé ahora, he de decir que he podido perdonarla y que ya no la juzgo:

Tenía seis años cuando mi madre cogió dos maletas improvisadas, a mis hermanos y a mí y pusimos rumbo al interior, campo a través. Ninguno de los tres entendíamos nada, mi madre solamente nos decía que nos quería, que quería lo mejor para nosotros. No lográbamos entender nada, ¿por qué no venía papá con nosotros? ¿Y los tíos? ¿A dónde íbamos? Estuvimos tres días caminando hasta que llegamos a una casa de madera, lo que recuerdo de aquel lugar, aparte de lo que luego sucedió, es frío y olor a podredumbre. Allí nos estaba esperando una monja, mi madre nos dijo que debíamos ir con ella, que ella nos llevaría a un lugar mejor. Tengo fragmentos de ese día, recuerdo escuchar un disparo cuando nos alejamos, a mi hermana correr, a mi hermano pequeño llorar y yo simplemente dejé de hablar. Nos separaron a los tres y no volví a saber nada más de ellos. Las monjas que me criaron me decían que no podía hablar de mi pasado con nadie, que si alguien preguntaba por mí, me habían dejado de pequeña en la puerta de la iglesia. A ellas también las odié por hacerme mentir sobre mi pasado, sobre mi vida, por hacerme olvidar a mi familia. Me pasé la mitad de mi vida odiando, hasta que un día por casualidad me encontré con la hermana Marie en Notre Dame; esos ojos, yo reconocía esos ojos y sin lugar a dudas ella me había reconocido también, no podíamos dejar de mirarnos hasta que pudimos quedarnos a solas y entonces la sangre se me heló cuando ella me llamó por mi verdadero nombre: Antonia. El resto

de la historia, más o menos ya la sabe, inspectora, recuperé en cierta manera a mi hermana, de la misma manera que recuperé todos esos terribles recuerdos de mi infancia. No tenga duda de que si hago todo esto es por ella.

—Lo siento muchísimo —acertó a decir.

—No se preocupe, he aprendido que la vida me envió eso para poder ser la mujer que soy ahora, que es lo que Dios eligió para mí. Mi madre solamente quería darnos una vida, quería que viviéramos felices lejos de Ellos, y la única solución era separarnos.

—Es usted una valiente.

—No más que otros, señorita Morris.

—Gracias por todo, madre Manuela, debo marcharme, mañana salimos muy temprano.

—Para lo que necesites, aquí tienes tu hogar, no lo olvides. —La madre Manuela se levanta y rodea la mesa para abrazar cariñosamente a Morris.

Morris sale del convento sin ser vista por el resto de las hermanas, se supone que Álex tiene que pasar a recogerla a las cinco de la tarde, pero al salir no está, se extraña y busca en su bolso el teléfono, al desbloquearlo ve que tiene tres llamadas perdidas de él y varios mensajes: sin leer los mensajes, lo llama directamente.

—Amor.

—¿Qué ha pasado? —quiere saber ella.

—He pinchado —resopla.

—Oooh, vaya, bueno, te espero a que cambies la rueda y ya está, no te preocupes.

—Vale, estoy casi acabando, me está ayudando Mónica.

—Tranquilo, ¿cómo ha ido?

—La verdad es que muy bien, ya te cuento bien en el hotel, no creo que tarde, más de una hora, perdona, se me ha ido el santo al cielo, ya salía y justo...

—No te preocupes, cariño, daré una vuelta por el pueblo, se ve muy acogedor.

—¿A ti te ha ido bien?

—Creo que sí —contesta escuetamente, por teléfono no quiere decir nada, sabe que los escuchan.

—Te llamo en cuanto salga —contesta Álex y cuelga sin darle tiempo a responder.

Morris está ensimismada con su móvil escribiendo un *WhatsApp* a Medina cuando un olor ya muy conocido le hace levantar la cabeza de golpe, el corazón se le acelera al notar tras ella una sombra, su primer movimiento es ir a por su pistola, pero está de viaje romántico con Álex, no está de servicio ni lleva armas, un fuerte golpe en la cabeza la devuelve una vez más a la oscuridad.

CAPÍTULO 33

Tumbada en el suelo, despierta con las manos atadas en una gran nave industrial que da la sensación de estar abandonada; varias voces de hombres se escuchan a los lejos, aunque no logra entender nada con claridad, y le duele muchísimo la cabeza. Mira hacia un lado, hay botellas rotas, mira hacia el otro lado, hay un bidón enorme que parece contener gasolina por el olor que se respira en el ambiente. Todo está en penumbras, un ruido sobre su cabeza la hace girarse y allí observándola están varias ratas, a tan solo varios centímetros de ella, Morris ahoga un grito, le producen pavor. Intenta rodar sobre sí misma para alejarse de los roedores y acaba justo sobre una pila de basura y excrementos, el olor es nauseabundo. Trata de concentrarse, necesita salir de allí como sea, y antes de que los hombres vuelvan: debe darse prisa. Se fija de nuevo en la botella rota, reptando por el suelo hasta llegar a ella e intenta cogerla con las manos para así poder cortar las cuerdas que atan sus manos a la espalda. El dolor que siente con cada movimiento es similar al de mil agujas clavándose sobre sus yemas, pero piensa que es su única oportunidad y sigue, notando como la sangre caliente resbala sobre sus manos.

—Vamos a trasladarla, seguro que ya está despierta. —Escucha como una de las voces se acerca.

—Hay que taparle la cabeza —contesta la otra voz, parece de una persona mucho más joven. A Morris le da un vuelco el corazón, conoce esa voz, ese acento, ¿cómo es posible?

—¿Por qué?

—Para que no nos reconozca —resopla la segunda voz. Los pasos de los hombres se escuchan cada vez más cerca y Morris todavía no ha conseguido cortar la cuerda que la mantiene atada, no va a poder defenderse, y el corazón se le dispara.

—No te entiendo, tío, ¿qué más te da? —pregunta entrando por un lateral del galpón—. ¿Dónde mierda está? —Mira el hueco vacío donde la había dejado inconsciente hacía tan solo unos minutos.

—Allí —contesta el chico.

—¿Cómo cojones se ha movido? Parece que sigue inconsciente. —Se acerca a ella, se agacha—. Lo está.

—Shhh —le chista el muchacho.

—¿Qué coño te pasa? La idea ha sido tuya, joder, no te estarás arrepintiendo ahora, ¿no? Porque...

—No, no, es solo que ella me conoce y...

—¿Qué te conoce? ¿Qué cojones estás diciendo ahora?

—Shhhh. Callate, boludo.

—¿Qué quieres decir con que te conoce? —susurra el hombre.

—Es una larga historia, ponle un saco en la cabeza y no hablemos más, será lo mejor —sugiere el muchacho.

—Voy a por un saco, vuelvo enseguida. —El otro hombre se aleja con pasos cortos y rápidos.

—Lo siento mucho, inspectora, esto es lo correcto —susurra acucillándose junto a ella, le aparta cariñosamente el cabello de la cara, y justo en ese momento ella abre los ojos y él del

susto se cae de culo.

Morris aprovecha y se abalanza sobre él, ambos ruedan por el suelo hasta que Morris logra inmovilizarlo con las piernas, recuerda las clases de defensa personal que ella misma impartía cada año en la comisaría, pero esta vez era real y no estaba acostumbrada. David se retuerce y se intenta zafar de las piernas de ella, ella aprieta con todas sus fuerzas, no piensa ceder, esta vez no; David, al verse acorralado, tira la cabeza hacia atrás y lanza un cabezazo contra la inspectora, esta se suelta del impacto, él es más rápido que ella, está entrenado para el combate y se nota, con lo que consigue darle la vuelta, le agarra las manos y finalmente se sienta sobre ella.

—Cabrón —escupe ella.

—Lo siento, lo siento, de verdad que lo siento.

—Suéltame, hijo de puta —grita ella intentando zafarse.

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Tengo que acabar lo que Luca no acabó, es mi obligación.

—¿Qué? —ella entiende que intentando liberarse de él no tiene nada que hacer, pero se da cuenta de que él de alguna manera se está sincerando con ella.

—Tengo que hacerlo, usted no lo entiende.

—Eres un buen chico, lo vi en tus ojos aquel día en...

—Callate —grita él.

—¿Qué coño pasa? —entra vociferando el otro hombre.

—Traé cuerda, Toni —pide David.

—Joder, joder. —Suelta el saco que lleva en las manos y sale de allí a toda prisa. Morris intenta zafarse.

—Acepta tu destino —susurra David.

—Tus cojones —él no puede evitar soltar una carcajada al escucharla.

—Luca nos explicaba lo temperamental que sos.

—¿Eres familia de Luca?

—Él me salvó, le debo todo.

—Aquí tienes. —El otro hombre le hace entrega de una cuerda.

David rodea las manos de Morris, hace un nudo fuerte y con la misma cuerda baja hasta los pies, Morris no se queda quieta y le da una patada en el pecho, David sale despedido hacia atrás, ella aprovecha para intentar incorporarse, pero una mano la agarra del pelo y la tira al suelo como si de un muñeco se tratase, estando allí le propina una patada en el estómago y le ata los pies.

—Coño con la flacucha —suelta.

—Os advertí de que era una mina brava —David se levanta con dificultad porque la patada le ha dejado sin respiración.

—¿Y ahora qué?

—Dormila, yo iré a buscarlos y esta noche hacemos el ritual.

Morris lucha por respirar, el golpe en el estómago le ha roto una costilla, el dolor es tan agudo que agradece que la duerme.

CAPÍTULO 34

Está tumbada de lado junto a su propio vómito, atada de manos y pies, siente que le va a explotar la cabeza y la garganta la tiene totalmente desgarrada; se ha pasado casi una hora gritando a pleno pulmón, y nada: deben estar en un polígono a las afueras, y encima en Semana Santa, allí no va a aparecer nadie.

Nota cómo un reflujo agrio le sube por la garganta y no puede evitar vomitar de nuevo, es la tercera vez que lo hace y su cuerpo ya solo es capaz de liberar bilis. Hace frío, y escucha como las ratas corretean a su alrededor, han debido pasar un par de horas, vuelve a tiritar, cierra los ojos y se deja ir.

El sonido de un coche la despierta: ya están aquí, ya están de vuelta; todo parece que se repite de nuevo, afuera ha oscurecido; a su mente llega la imagen de Álex, debe estar desesperado, y de golpe una punzada de esperanza nace en ella, quizás la encuentren a tiempo.

—¿Despierta? —pregunta David.

—Puaj, menuda «pota», tío, así no la meto en la furgo ni de coña. —Suelta el otro hombre dejando una caja en el suelo.

—¿Te sentís bien? —pregunta David con cariño separándola de su propio vómito.

—De puta madre —suelta ella.

—Te voy a lavar —contesta y se aleja, abre una mochila y saca un *tupper* de plástico grande, una botella de agua, una esponja y unos zapatos.

—¿Por qué siempre zapatos? —pregunta ella. Es inevitable que las imágenes de Luca en la cueva vuelvan a su memoria provocándole un escalofrío.

—¿La aseas ya y nos vamos? —quieres saber el otro hombre.

—Andá a dar una vuelta a ver si está todo tranquilo —ordena David, el hombre asiente y desaparece.

—¿Por qué lo haces? —pregunta Morris con una voz ronca.

—Uuuh —la mira David—, ¿qué te pasó? ¿Estuviste gritando? —Se la queda mirando, ella no contesta.

—¿Por qué lo haces? —repite.

Él se acerca con pasos lentos, en una mano lleva los zapatos y en la otra el *tupper* lleno de agua, al acercarse a ella se agacha, deja los zapatos, deja el recipiente, y empieza a lavar a Morris con mucho cariño. Le retira el resto de vómito de la comisura de los labios, el cuello, y parte de la camiseta. Ella se deja hacer, quiere intentar ganarse su confianza.

—Te puedo ayudar —asegura ella.

David sigue como si nada, se levanta, saca una toalla marrón de la mochila, y seca la piel de ella. Le desata la cuerda de los tobillos, los acaricia, le quita las botas, le lava los pies, los seca y le coloca los zapatos.

—¿Para qué son los zapatos?

—Es una ofrenda a Giorgia —contesta.

—¿Quién es Giorgia? —David la mira y sonríe—. Es la Madre, con ella empezó todo.

—¿La madre? —Ella quiere que David siga hablando, pero él saca de la mochila una mordaza

—. Es la hora.

—Por favor —suplica Morris —, no lo hagas, estás a tiempo, puedo ayudarte David; veo tu interior, es bueno. —Él suelta una carcajada al escucharla.

—Si vieras mi alma —dice acercándose—, verías lo negra que es; mi alma no tiene salvación, pero la tuya sí.

—Siempre hay salvación —replica. David le intenta poner la mordaza, ella se remueve e intenta rodar por el suelo, él la sujeta por el brazo.

—¿Eso crees vos? —le pregunta, Morris asiente, con la cabeza—. Entonces tu muerte sanará mi alma, un poquito. —Le coloca la mordaza—. Ahora levántate, nos marchamos.

Ella obedece poniéndose en pie como puede; su instinto hace que revise todo su alrededor como si de un robot se tratase: un tanque de gasolina, cajas amontonadas, basura por los rincones, una bolsa de plástico transparente gigante y, de golpe, algo brilla en el suelo; David tira de ella para que camine, se endereza y entonces lo ve, hay un destornillador entre la basura, pasaran por su lado sí o sí, es su única oportunidad, su última oportunidad.

—Grrrr —se queja ella, él la mira y ella se mira los pies.

—Vale, iremos más despacio. —acepta él.

Caminan muy poco a poco, sin embargo el cerebro de Morris va a mil por hora, debe hacer algo, pero qué... Y entonces, lo sabe, está justo al lado del destornillador, se tira al suelo como si se hubiera torcido el tobillo soltando un grito desgarrador, con las manos intenta palpar el destornillador, pero entre que ha caído mal y que tiene las manos atadas, no logra dar con él hasta que nota algo frío en su frente, es el destornillador, entra en pánico, pues ha calculado mal su caída, ha perdido su oportunidad. David intenta levantarla y ella hace que se resbala con las rodillas y ahora sí, agarra como puede el destornillador y hábilmente lo coloca entre sus manos tratando de ocultarlo.

—¿Estás bien? —pregunta David preocupado, ella lo mira con cara de pánico, parpadea y se abalanza sobre él clavándole el destornillador, él la suelta y Morris alza su mano atada rodeando el cuello de David y se lanza de espaldas, el impacto sobre el suelo de cemento es brutal, sin embargo, la adrenalina del momento le hace que no sienta nada, sin tan siquiera pensárselo le realiza una llave con sus piernas mientras le asfixia con sus manos.

Solloza y grita de rabia con la mordaza puesta, el cuerpo de David intenta zafarse, pero Morris aprieta y aguanta al mismo tiempo que sus ojos se llenan de lágrimas. El cuerpo de David empieza a dar pequeños espasmos, cada vez son más lentos hasta que finalmente deja de moverse y se queda inerte. Ella se queda sin visión durante unos segundos, y se da cuenta de que ya está, él ha muerto, ya puede dejar de apretarle el cuello, afloja la presión y sus manos empiezan a temblar.

Ha matado a un hombre.

Escucha a lo lejos los pasos del otro hombre y de golpe se da cuenta de que esto no ha acabado todavía, está sin fuerzas, pero debe esconderse; como puede, se quita de encima a David, se levanta y se queda mirando el espacio diáfano donde se encuentra, no hay nada, es un galpón, con una única entrada, lo único que ve es el tanque de gasolina, con lo que corre a esconderse detrás, se cae pues los zapatos son muy altos, se arrastra gateando hasta quedar tras el tanque.

Una vez allí sentada en el suelo se quita como puede la mordaza y da varias bocanadas de aire, en ese momento y, aunque en el ambiente huele a muerte y podredumbre, para ella esas bocanadas de aire son oxígeno directo que alimenta sus venas y le dan fuerzas; se mira las muñecas y se acuerda del trozo de cristal que ha usado antes, debe estar por allí, mira a su

alrededor y lo ve, pero en ese momento entra el otro hombre, y ella se queda quieta.

—He encontrado... —El hombre se queda paralizado al ver a David tendido en el suelo, con el cuerpo retorcido—. ¡Mierda! —Deja caer un periódico que lleva en las manos y saca una pistola de su chaqueta—. No tienes salida, puta —dice en voz alta.

Se queda mirando todo el galpón, de allí no ha podido salir, porque hay una única entrada, con lo que ella tiene que estar escondida detrás del tanque de gasolina, se acerca lentamente

—No tienes escapatoria, podemos hacer un trato, ¿sabes? —Está ya a tan solo varios metros del tanque—. Yo solo soy un intermediario. —No obtiene respuesta, Morris tiene la respiración muy acelerada, pero intenta respirar suave para que no la escuche. El hombre sigue acercándose y se para porque nota algo en sus zapatillas, agacha la mirada y ve que tiene a una rata mordándole las cordonerías—. Mierda —dice y de una patada lanza a la rata volando por los aires. En ese momento Morris aprovecha para empujar con todas sus fuerzas el tanque de gasolina y hacer que el hombre caiga de bruces entre litros de gasolina

—¡Maldita puta!

Ella se abalanza sobre él, ruedan por el suelo que se había convertido en una pista de barro resbaladizo, forcejean varios minutos hasta que el hombre logra inmovilizarla sentándose sobre su pelvis, sujetándola las manos atadas.

—Eres dura —dice cogiendo aire con una mueca siniestra en el rostro.

—Estoy entrenada para eso, soy policía. —Morris le escupe y aprovecha el desconcierto del hombre que sin darse cuenta afloja las manos y le muerde el antebrazo con todas sus fuerzas.

—Aaaaaah —grita él, ella lejos de aflojar se queda enganchada y bloquea la mandíbula como si le fuera la vida en ello.

Él consigue rodearle con las manos su cuello y ella empieza a sentir que se asfixia, tal y como se debió sentir David minutos antes y, de golpe, la cara de su padre aparece en su cabeza, luego la de Gabriel que le sonríe, su hermana y una a una todas las víctimas le sonríen.

—“¿Estás imágenes son las que ves cuando te mueres?” —piensa—. “No” —retumba en su cabeza la voz de Medina—. “Lucha”.

Ella sale del trance en el que está a punto de entrar, mueve la cabeza, y aprieta más, siente cómo sus dientes empiezan a traspasar la piel, el sabor amargo y salado del sudor del hombre, le provoca una arcada, pero la reprime.

—¡Putas! —grita el hombre y tira de su brazo para zafarse de la mandíbula de Morris, en la comisura de los labios tiene sangre, su mirada provoca un escalofrío en el hombre.

Ella agacha la cabeza y con todas sus fuerzas lanza su cabeza directa a la nuez del hombre, dejándolo sin respiración en el acto, lo que provoca que él suelte sus manos quedando ella libre.

—Yo solo... —el hombre tose agarrándose el cuello, ella le da un rodillazo.

—Tú solo qué, hijo de.... —Morris consigue ponerse sobre él y lo agarra de la pechera—. Dime para quién trabajas.

—No sé su nombre —contesta, y antes de que se diera cuenta Morris tenía la cara encañonada con una pistola—. ¿Ahora qué, señora policía? Ya no te veo tan valiente —vacila él. Una oleada de rabia recorre todo el cuerpo de Morris.

—Soy inspectora —replica apretando los dientes y se lanza directa a las manos del hombre para intentar quitarle la pistola. Un disparo al aire, ruedan por el suelo forcejeando, Morris nota que las fuerzas le vuelven a flaquear, cuando otro disparo suena, ella abre mucho los ojos al sentir una quemazón en el muslo derecho: cierra los ojos por un segundo y la imagen de Laura se implanta en su mente, tiene que luchar, por ellas—. Ahora no, ahora no —susurra para sí.

Le propina un cabezazo con todas sus fuerzas al hombre que lo deja aturdido por varios

segundos, tanto que ella también se queda noqueada, pero, como si alguien o algo la ayudara en ese momento, siente cómo la pistola roza su cara y levanta las manos sin ver para quitársela. La visión se está volviendo de color rojo porque la sangre de la herida que se ha hecho en el ojo derecho está brotando como un río, y entonces otro disparo, espera sentir la quemazón de nuevo en otro lugar del cuerpo, pero no llega, con su ojo izquierdo ve cómo los ojos de su atacante quedan inertes mirando al techo del galpón. Morris se incorpora como puede y ve que el último disparo ha alcanzado a su atacante justo en el pecho; sin dar tregua, rebusca por los bolsillos del hombre hasta que encuentra un teléfono móvil.

—Emergencias, en qué puedo ayudarle —contesta una voz de mujer al otro lado de la línea.

—Habla la inspectora Camila Morris, rastreen mi localización, he sido secuestrada por dos hombres que yacen muertos, yo tengo una herida de bala en...

—¿Inspectora?... ¿Hola?

No hay respuesta.

CAPÍTULO 35

Argentina, 1823

—Hermano, lo tengo todo listo para el primer aniversario de la creación de la sociedad aquí en Argentina.

—Francesco, sé que estás muy emocionado con ese tema, pero tenemos que hablar de padre.

—¿Qué sucede?

—Ha perdido la cabeza, ya no sale de su laboratorio, se ha obsesionado con una hembra que le trajeron de Brasil y...

—¿Una especie nueva?

—No lo sé, lo único que sé es que ya de bebé posee el tamaño de un murciélago adulto y...

—Eso es magnífico —exclama Francesco emocionado.

—No come, no sale, no descansa, está obsesionado.

—¿Y dices que es una hembra?

—Sí.

—Necesitará un macho para criar.

—No creo que ese sea el objetivo de padre, quiere investigar esa especie nueva, lo que sí sabemos es que es sumamente inteligente y...

—¿Se podría adiestrar?

—No lo sé, Francesco, pero aquí lo importante es padre que...

—Padre está bien, ya sabes que cuando descubre algo nuevo se mete en su mundo y hasta que no averigua absolutamente todo no descansa.

—Esta vez es diferente.

—Luciano, ya eres un hombre casado, acabas de ser padre, madura de una vez y deja que padre haga su vida.

—Solo me preocupo de que...

—De lo único que debes preocuparte ahora es de que la sociedad se mantenga en secreto y de seguir captando adeptos, ¿o te piensas que estas instalaciones se pagan solas?

—Sé mejor que tú cómo funciona todo esto, te recuerdo que fuimos padre y yo los que construimos prácticamente desde cero todo —el tono de Luciano se había elevado bastante.

—Pues no lo parece, ¿cuántos fieles has traído? ¿Cuántas donaciones has conseguido?

—No hemos necesitado donaciones para crear todo lo que ves, querido hermano.

—¿Estás seguro? ¿De dónde te piensas que salió el dinero que sufragó vuestro viaje? —Francesco está rojo de ira.

—Padre tenía dinero y... —Luciano ya se ha vuelto a hacer pequeñito y empieza a balbucear.

—El duque sufragó todo el viaje y parte de vuestra estancia, hasta que padre consiguió trabajo, le debes todo a él, con lo que ponte a buscar adeptos a la de ya, de lo contrario: tú, tu mujercita y tu hija empezarán a saber lo que es pasar hambre.

—No te necesito para...

—Luciano —Francesco se acerca hasta quedarse a tan solo dos centímetros de su hermano

pequeño—, eres sangre de mi sangre, no me hagas que me arrepienta de ello.

—¿Qué insinúas?

—Que estamos en una selva y los accidentes suceden.

—¿Me estás amenazando?

—¿Vas a llamar a padre para que te defienda? —pregunta con malicia. Luciano aprieta los dientes, se da la vuelta para salir de la habitación, no puede seguir lidiando con su hermano.

—No olvides que tú y tu mujer debéis estar esta noche en la asamblea —ordena su hermano.

—¿Y si no asisto?

—Asistirás, querido hermano, te aseguro que por el bien de tu familia asistirás.

—Estamos reunidos para dar comienzo a la primera asamblea de la sociedad La Vita Per Tre —comienza a explicar Francesco—. Debéis saber que una vez aceptéis ser miembros de esta sociedad y firméis en el libro no habrá vuelta atrás, formaréis parte de un elenco sagrado de personas que estarán bendecidas para toda la vida y, que a su vez, bendecirán a su familia. Aquí jamás os faltará nada. Siempre podréis acudir a la sociedad, a partir de hoy pasaremos a ser hermanos.

—He hecho un larguísimo viaje desde Italia —empieza a decir un hombre encapuchado— para hacer entrega de tres lingotes de oro y tengo en mis manos el contrato de propiedad de todo el recinto. —Bruno junior descubre su rostro y con una sonrisa enseña el contrato a todos los asistentes que aplauden emocionados—. Todos recibiréis una aportación de esta donación, a cambio deberéis traer adeptos, dar a conocer nuestra forma de vida a personas que creáis que lo merecen, no cualquiera lo merece, debéis ser cautos.

—María os hará entrega del Libro Sagrado en el que debéis escribir vuestro nombre. —María es la hermana pequeña de Ana, la mujer de Luciano.

—Me siento bendecida por formar parte de esta familia.

—María, no sabía que estabas aquí —susurra su hermana.

—Sí, Francesco es un hombre maravilloso, hoy va a ser un día muy especial para mí —contesta sonrojada.

—¿A qué te refieres? —Luciano entrecierra los ojos, conoce perfectamente las tretas que utiliza su hermano cuando quiere conseguir algo, pero ¿qué quiere de María?

—Ya lo veréis. —María sigue entregando el libro a los hombres presentes en la sala; una vez acaba, se acerca a Francesco haciéndole entrega del libro, este le da un beso en la frente y le pide que se siente en el suelo junto a dos muchachas.

—Damos comienzo a la asamblea. —Bruno se pone en la nariz una pinza interna, le hace entrega de otra a Francesco y a un tercer hombre que sigue encapuchado. A los pocos segundos, un olor dulzón invade la sala y los presentes quedan petrificados.

—Tranquilos —dice Francesco—. Para evitar perturbar a los murciélagos deberéis estar en esta situación momentánea de trance, no os sofoquéis no durará más de media hora.

—Estás tres preciosas mujeres que tenéis aquí delante, han sido las afortunadas de ser las primeras elegidas para esta primera asamblea, aquí os enseño sus firmas para que conste que están aquí por voluntad propia. —Bruno saca un pequeño escalpelo, se acerca a la primera muchacha, la tumba boca arriba y le hace tres cortes, uno en la frente, otro en el brazo y otro en la pierna. Francesco hace lo mismo con la segunda muchacha y el hombre encapuchado con la tercera. Francesco mira directamente a su hermano que tenía los ojos inyectados en sangre.

—Y así con el sacrificio de estas tres maravillosas mujeres purificamos a todos y cada uno de los miembros de La Vita Per Tre, que dé comienzo. —Bruno y el hombre encapuchado abren varias jaulas de murciélagos y estos se lanzan en estampida sobre las mujeres.

CAPÍTULO 36

—Ahí está —dice un agente de los Mossos d'Esquadra.

—Constantes vitales débiles, pero sigue con nosotros —informa el paramédico—. Inspectora, ¿puede oírme? Ha perdido mucha sangre, debemos trasladarla lo antes posible —el paramédico le hace un torniquete a la pierna para evitar que siga desangrándose.

—Lluís, Ana, id delante de la ambulancia, escoltadlos hasta el hospital —ordena el agente al mando.

—Entendido, señor.

Se llevan a Morris en una camilla a toda prisa; al subirla, abre los ojos.

—Álex —balbucea.

—Ha despertado, agente —grita el paramédico.

—Inspectora, soy el agente Serra, ya está a salvo, tranquila, ya pasó todo.

—Álex —repite ella.

—Su novio dio aviso al no aparecer por el hotel, llevamos desde ayer buscándola, y su compañero Gabriel viene de camino.

—Gabi —dice sonriendo—. Dígale que... —Morris no puede acabar la frase porque pierde el conocimiento.

—Debemos irnos —el paramédico la introduce deprisa en la ambulancia.

—Luego te llamo —contesta el agente Serra.

El inspector Serra vuelve al interior y se queda de pie en mitad del galpón intentando imaginar las escenas de lucha que han podido suceder allí. Un chico joven de no más de veinticinco años atravesado con un destornillador oxidado, un hombre bastante corpulento con signos de lucha con un disparo en el pecho y una caja llena de murciélagos.

—¡Jefe! —Se acerca por detrás un agente.

—Esto ha sido un auténtico campo de batalla —suelta.

—Ya lo veo. ¿Sabemos quiénes son?

—Por el momento no, he avisado a la científica, están de camino.

—Bien —contesta mirando a su alrededor.

—Habrá que interrogar a la inspectora.

—¿Hoy, señor? —pregunta.

—Sí, hoy, esto es un campo de batalla, y ella sola se ha cargado a estos dos, quiero saber qué cojones ha pasado aquí.

—Entendido, señor, haremos guardia en el hospital.

Morris despierta en el hospital al día siguiente, a su lado están dormidos en el sofá los dos hombres de su vida: Álex y Gabriel, los mira y sonrío, intenta moverse, pero le duele todo. Gabi abre los ojos.

—¡Morris! —Se incorpora y le da un codazo a Álex que parpadea sin entender nada.

—¡Amor! —Se levanta como un resorte al verla despierta—. ¿Cómo estás?

—Dolorida, pero feliz.

—Hay un agente de los Mossos d'Esquadra que está haciendo muchas preguntas.

—Me lo imagino, una inspectora de homicidios de Alicante de vacaciones es secuestrada. Yo también haría preguntas.

—Hay que mentir —se apresura a decir Gabriel.

—¿Por qué? —quiere saber Álex.

—¿Sabéis quiénes eran? —pregunta Álex. Morris afirma con la cabeza.

—¿Te acuerdas de David?

—¿El argentino? —Álex está con la boca abierta.

—Era uno de ellos.

—Entonces... ¿Te tienen vigilada? Estás en constante peligro —la voz de Álex suena por primera vez en mucho tiempo preocupada.

—No —interviene Gabriel.

—¿No? —preguntan al mismo tiempo Morris y Álex.

—El comisario dice que... —Gabriel se queda en silencio.

—Dispara, Gabi.

—David llevaba un año desaparecido, sabían que había salido de Argentina con destino Italia, pero le habían perdido la pista a los meses.

—No lo entiendo.

—El comisario Gutiérrez sabe todos los pasos de la... de la sociedad... Le consta que tenían vigilado a David porque... Bueno, agarraos bien —Medina baja la voz—. Por lo que ha podido averiguar, el loco de Luca se dedicó a engatusar a almas perdidas para crear una sociedad...

—Ser el líder —interrumpe Morris.

—Exacto.

—¿Me estáis diciendo que nos enfrentamos a dos sociedades de putos tarados? —Álex no da crédito y Morris y Medina no pueden aguantar la risa.

—No del todo, Álex, y baja la voz que el agente que está en la puerta tiene orden de interrogarla nada más despierte.

—Pues eso se arregla fácil —sonríe ella—. Me hago la dormida.

—Mírala ella qué graciosa se ha levantado —exclama Álex.

—He estado a punto de morir, chicos —contesta ahora poniéndose seria.

—¿Qué es lo que querían de ti? —pregunta Álex. Morris ve una sombra por debajo de su puerta.

—Probablemente, no tenían ni la más mínima idea de que yo era policía, chicos —eleva el tono de voz—. No hay que darle muchas vueltas. —Álex se la queda mirando sin entender nada, pero Gabriel se da cuenta.

—Lugar erróneo en el momento erróneo, jefa.

—Pero... —empieza a decir Álex.

—Amor, estoy bien, no lograron hacerme nada, pero yo, si fuera la policía de aquí, investigaría casos de desapariciones de chicas por la zona, estos dos se dedicaban al tráfico de mujeres o de órganos.

—¿Qué...? —Álex está con la boca abierta mirando a Morris y a Gabi sin entender nada, Gabi mueve la cabeza y finalmente le da un pisotón.

—Y se toparon con la menos indicada, ja, ja, ja —ríe Gabriel—. Como la peli esa en que unos mafiosos secuestran a la hija de un asesino profesional.

—No es un asesino, Gabi, es un exespía —corrige Morris.

—¿La de *Liam Neeson*? —pregunta el agente Serra desde la puerta.

—Buenos días —saluda Gabriel—. Morris, te presento al agente Serra.

—Encantada de conocerlo, muchas gracias por acudir tan rápido, me ha contado Gabriel que dieron aviso rapidísimo.

—Sí, habíamos pasado la noche rastreando las zonas de los alrededores del convento para intentar localizarla, sin éxito.

—Gracias —contesta Morris con una sonrisa, tiene que meterse a ese policía «en el bote» como sea.

—¿Cómo se encuentra?

—Dolorida, pero viva.

—Me alegro, entonces no le importará que le haga unas preguntas. —Se la queda mirando—. Ya sabe, meras formalidades —se excusa.

—Adelante, ¿nos dejáis a solas, chicos? —solicita Morris.

—Claro, vayamos a tomar un café, Álex.

Álex se acerca para besar la frente de Morris, y se la queda mirando.

—Me debes una escapada romántica, esta no cuenta —ella se ríe y le da un empujón para que se largue de la habitación.

El agente Serra los mira con una sonrisa.

—Tienen que volver a Barcelona.

—No sé yo, agente Serra, me parece que se me han quitado las ganas.

—No se puede quedar con esa mala sensación.

—Ya veremos —chasquea la lengua.

—Tiene suerte de tener un compañero como el inspector Medina. Movilizó a media Barcelona.

—Lo sé —sonríe Morris.

—Estuvo rastreando la zona con nosotros como el que más, incansable.

—Me alegra oír eso, yo hubiera hecho lo mismo por él; «los compañeros no se abandonan», es nuestro lema.

—No lo dudo. ¿Me puede explicar qué sucedió?

—Yo estaba en la parada de autobús cuando...

—¿Podemos empezar un poco más atrás? —interrumpe Serra.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a qué hacían aquí, y más concretamente qué hacía usted en la puerta de un convento. —Se la queda mirando muy serio y por primera vez en todos sus años de policía se siente como la delincuente, como si el policía que tiene delante, su colega de profesión, no le creyera ni una sola palabra, con lo que tiene que sacar a flote sus mejores dotes de actriz.

—La madre del convento y mi madre se criaron juntas, a los dieciséis años fueron separadas y jamás tuvieron oportunidad de volver a encontrarse. La noche antes de que muriera mi madre, me pidió que la buscara y que le diera las gracias por esos maravillosos años y le dijera que sin ella no hubiera logrado todo lo que logró en la vida. Y eso hice, venir a cumplir la promesa que le hice a mi madre antes de morir.

—Ya —contesta el agente Serra, su expresión no deja entrever si se ha creído la historia o, por el contrario, piensa que es una mentirosa rematada.

Está bien entrenado, piensa Morris.

—Había quedado con Álex en que pasaría a recogerme, al no estar, lo llamé y me comentó que...

—Sí, nos contó lo de la rueda —interrumpe Serra.

—Entonces decidí pasear y...

—¿Por qué no entró de nuevo en el convento?

—¿Para qué? —pregunta ella sin entender muy bien a dónde quiere llegar el agente, además de que está empezando a ponerla nerviosa.

—Para no quedarse sola fuera.

—No sabía que en su ciudad una mujer no pueda caminar sola a media tarde.

—No quería decir eso...

—Ni me dio tiempo a nada, una mano me agarró por detrás y...

—¿No lo vio venir? Una agente tan... entrenada como ha demostrado estar...

—Inspector Serra —Morris se lo queda mirando—, ¿usted está alerta las veinticuatro horas? Estoy a quinientos kilómetros de mi casa, en un viaje romántico, mi primera reacción, como sería la suya, fue coger mi pistola, pero *voilà* —replica en tono enfadado—. Resulta que no la llevaba porque no estoy de servicio. En mi cabeza en esos momentos solamente estaba la cara de mi madre —Morris se ha metido tanto en el papel que una lágrima que es de rabia, pero que es percibida como de tristeza, rueda por su mejilla—, porque acababa de salir de cumplir una promesa, me sentía eufórica. En lo único que pensaba era en llegar al hotel y estar con mi novio.

—Disculpe, inspectora, es solo que hay muchas sombras en este caso y...

—Y su forma de investigar es: ¿atacar a la víctima? —no puede evitar reprocharle—. Dos tíos me secuestran, me llevan a una nave y me atan dejándome tirada en el suelo para hacerme... —Morris traga saliva—, para hacerme yo no sé qué... Prefiero no pensarlo, porque sí, soy inspectora de policía, estoy bien entrenada, pero antes de eso soy un ser humano, soy mujer, y en ese momento le aseguro que en lo único que pensé fue en sobrevivir.

—Disculpe, solamente quiero aclarar el caso, entienda que debo hacer un informe —se excusa con voz monocorde.

—Y lo entiendo, pero entienda también que acabo de pasar una situación traumática y que estoy postrada en la cama de un hospital. —Ambos se quedan en silencio—. ¿Se sabe algo más de ellos?

—Por el momento no, inspectora, hay una caja que encontramos en el galpón y...

—Serra... —interrumpe una voz fuera desde la entrada, este se da la vuelta.

—Señor —se sorprende—, buenos días.

—Buenos días, señorita Morris, ¿cómo se encuentra?

—Bien, gracias —dice ella observando al inspector Serra y al señor alto y fornido con traje de chaqueta que acaba de entrar.

—Me alegro, soy el Mayor Masferrer —se presenta. Ella asiente, pero no dice nada, puede ver cómo el cuerpo de Serra se ha tensado al verlo, además de estar sorprendido.

—¿Suced algo, señor? —quiere saber Serra, moviéndose inquieto.

—Nos han quitado el caso, Serra, con lo que...

—¿Qué? —explota—. ¿Quién? Y... es mi zona, señor, yo...

—Inspector, he venido personalmente por cortesía, por todos los años que hemos trabajado juntos, fuera están los agentes que se encargarán del caso.

—No entiendo qué coño está pasando, esto me huele...

—A lo único que te tiene que oler —interrumpe con un tono de voz que hubiera hecho temblar hasta al mismísimo Lucifer— es a café, vete a tomar uno y entrega toda la información a los agentes.

—Pero... —bufa.

—Es una puta orden, Serra, el caso es de ellos.

—¿Y quiénes son ellos?

—Serra, el caso está cerrado para ti, sal ahora mismo de esta habitación o me veré obligado a sancionarte.

Serra aprieta las manos, y mira a Morris que está perpleja.

—Esto no va a quedar así —farfulla. El Mayor Masferrer se acerca en dos zancadas—. Lee los periódicos, imbécil, y tómate el resto del día libre. —Lo golpea en el pecho con un periódico, este lo coge y lo lee.

—Desenmascaran a una organización criminal de tráfico de órganos gracias a una turista alicantina —levanta la vista—. ¿Es una broma?

—Serra. —Respira hondo—. Hay cosas que están fuera de nuestras manos.

—¿Y ya está? ¿Se quedan ellos el caso? ¿Se ponen ellos la medalla?

—Serra —repite.

—Señorita Morris, espero que se recupere. —Se gira para mirarla y sale de la habitación a grandes zancadas sin despedirse de Masferrer.

—Serra —llama Morris.

—Sí — se gira.

—Gracias por acudir tan rápido, de no ser por usted y su equipo probablemente no estaría aquí.

—Un placer, aunque no lo crea —reprocha y abandona la habitación.

Morris está muy seria, ese hombre esconde algo, y ella está a solas con él en la habitación.

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias.

—Es toda una heroína.

—Solamente luchaba por sobrevivir.

—De parte de todo el cuerpo de seguridad quería darle las gracias. —Morris sigue perpleja—. Le dejo el periódico de hoy, y solo espero que vuelva pronto.

—Gracias —atisba a contestar.

CAPÍTULO 37

Tras una semana ingresada, Morris y Álex salen del hospital, les quedan cinco horas por delante para estar tranquilos en su apartamento y acabar de recuperarse.

—¿Vas bien? —quiere saber Álex al ver que Morris se mueve inquieta en el asiento del copiloto.

—Sí, sí, es solo que me tiran los puntos una barbaridad, pero estoy bien.

—¿Te parece que antes de marcharnos pasemos por el puerto de Barcelona? Dicen que es muy bonito y hay unos yates de infarto.

—Sí, me gustaría picar algo antes de irnos, me han dicho que las mejores bravas se comen aquí.

—Pues eso está hecho, vamos a por unas bravas.

Álex estaciona el coche en doble fila.

—¿Te parece si te quedas en ese banco mientras yo voy a aparcar? La zona es imposible, tengo que meterlo sí o sí en un *parking*.

—Vale, necesito sol.

Morris está sentada en un banco de cara al puerto con los ojos cerrados mirando al cielo, el sol le da en la cara y esa sensación es magia pura para su cuerpo y su alma.

—Bonito día —dice una voz a su lado, ella abre los ojos y a su lado está el Mayor Masferrer.

—¡Señor! —Se sorprende—. Ho... Hola —acierta a decir.

—La veo muy bien.

—¿Qué hace usted aquí? —Mira a su alrededor un poco inquieta, el puerto está lleno de gente y, si es un miembro de La Vita Per Tre como sospecha, hay demasiada gente como para que le haga algo.

—Espero que esto no le haga desistir de su misión.

—No sé dé qué me está hablando —se remueve inquieta.

—Soy miembro de Los Salvatori —confiesa.

—No sé quiénes son los...

—No puede cesar, estamos muy cerca. —La ignora—. Hemos hecho desaparecer el cuerpo de David, ellos —recalca la palabra «ellos»— no saben dónde está, se fue de Argentina hace seis meses y le perdieron la pista en Italia, para nuestra suerte. —Se queda en silencio con una sonrisa—. Debe seguir, inspectora.

—Señor, yo... De verdad que no sé...

—Espero que muy pronto podamos celebrar la victoria de la salvación —añade, se levanta y se marcha.

Minutos después llega Álex con una rosa en la mano.

—Perdona, amor, una mujer no me dejaba irme —explica—. Hasta que no le he comprado la rosa no me ha dejado ir. Morris coge la rosa sonriendo.

—Auch —sacude el dedo porque se ha pinchado con una espina.

—Ostras, ¿estás bien? —pregunta él.

—Sí, sí —ríe ella, es solo un pinchazo, se acerca el dedo a la boca para chuparse la gota de

sangre...

Y de golpe ya no está en el puerto de Barcelona, está tumbada en una especie de silla, como la de los dentistas y una luz muy fuerte incide sobre sus ojos.

—Qué... —murmura, mira a su derecha y allí hay una niña, no tendrá más de siete u ocho años y no deja de llorar. Sobre ella hay una mujer con una bata blanca que trata de tranquilizarla.

—Acabaremos enseguida, Luci.

—Nooo —gimotea la niña. Morris se mira el brazo y se da cuenta de que su brazo es muy pequeño, tiene algo clavado en él, siente como un líquido frío corre por sus venas, y de repente a su izquierda un grito ahogado, gira la cabeza y ve a una niña que está convulsionando, la mujer de la bata se abalanza sobre ella.

—Noraaaaa —grita la mujer mientras pone de lado a la niña que sigue convulsionando y ha empezado a sacar espuma por la boca. Pocos minutos después una joven entra por la puerta con una jeringuilla, le inyecta el líquido y la niña poco a poco deja de convulsionar.

—Casi la perdemos —respira aliviada la mujer de la bata. Morris siente que la otra chica la mira y aprieta los labios. De golpe, el cuerpo de la niña se arquea hacia arriba, y unas máquinas que tiene a su derecha empiezan a pitar.

—Parada —grita la mujer de la bata, la chica joven se pone en el cabecero de la cama y empuja la camilla para salir de allí a toda prisa. La otra niña solloza.

—Amor, amor —escucha la voz de Álex llamándola y poco a poco abre los ojos.

—Estoy bien —dice, mira a su alrededor y varias personas la rodean, una chica le ofrece una botella de agua—. Gracias —susurra ella.

—¿Se encuentra bien, señorita? —pregunta un anciano—. ¿Quiere que llamemos a una ambulancia?

—No, no, gracias, ha sido solo un mareo —miente.

CAPÍTULO 38

- Es peligroso, Cami —susurra Nora al otro lado de la línea. Morris está sentada en la playa.
- He dejado correr unos meses desde el ataque, pero necesito respuestas.
- ¿Qué clase de respuestas? Tú solo debes seguir las indicaciones, del resto nos ocupamos nosotros, tranquila.
- No pienso ser vuestra marioneta —replica ella enfadada.
- ¿Qué? ¿Nuestra marioneta?
- Me dais indicaciones, pero no me decís toda la verdad.
- Es que es peligroso.
- ¡Siempre igual, Nora! —grita Morris.
- Cami, entiendo que esto te puede estar superando, pero...
- ¿Para qué necesitáis una muestra de mi sangre? —interrumpe.
- No lo sé, Cami.
- Sí lo sabes.
- Hay cosas que es mejor que se queden en la sombra.
- Pues yo no me pienso quedar en la sombra, me retiro y os dejo vía libre.
- ¿Qué? Cami, pero que...
- No quiero seguir con esto, estoy cansada de que me expliquéis las cosas a medias.
- No te explicamos las cosas a medias, es solo que es peligroso.
- Y dale con el peligroso...
- Tienes que entender que hay oídos por todos sitios y... Estamos casi, queda muy poco y...
- Tuve un recuerdo, Nora —confiesa.
- ¿Qué tipo de recuerdo?
- Un recuerdo contigo.
- ¿Cuándo?
- No importa el cuándo, importa lo que vi, y te vi a ti.
- ¿A mí?
- Sí, yo tendría siete u ocho años, estaba en una especie de sala parecida a la de un dentista, conmigo había dos niñas más, y nos teníais conectadas por el brazo a algo.
- Joder, no puede ser.
- ¿Qué es lo que no puede ser, Nora?
- Que te acuerdes.
- ¿Por qué?
- Porque.... —titubea.
- Nora...
- Cami, no es momento ahora, y no sé por qué narices has podido recordar eso, se supone que vosotras estabais.... —se queda en silencio.
- ¿Estábamos qué?
- Pues que estabais drogadas, no deberías recordar nada de eso.
- ¿Qué le pasó a la niña?

—¿Qué?
—A la niña que había conmigo, recuerdo que entró en parada y.... Os la llevasteis.
—Murió, Cami.
—¿Qué? Joder, Nora, joder.
—Y por eso no puedes abandonar, por eso... Debes seguir para que eso no siga pasando.
—¿Sigue pasando? —pregunta con un hilo de voz.
—No, yo... No lo sé, Cami...
—Dime la verdad, Nora; empiezo a conocerte y sé que ahora mismo me estás mintiendo.
—Me apartaron de los campamentos, ¿vale?
—¿Por qué?
—No lo sé, allí no te dan explicaciones, simplemente te cambian de sitio y ya.
—Asentís y calláis.
—Entiendo que para ti sea difícil.
—No es que sea difícil, es que no entiendo cómo podéis pensar que eso está bien, Nora, no me entra en la cabeza, lo siento.
—No pretendo que nos entiendas, lo que pretendo es que me ayudes a acabar con ellos, y estamos muy cerca.
—Necesito saber más.
—No te puedo decir más, Camila, sabes lo que tienes que saber.
—¿Habéis encontrado la fórmula? ¿Para qué sirve?
—No te puedo contestar.
—¿No puedes o no quieres, Nora?
—No puedo, Cami, por favor, confía en nosotros.

CAPÍTULO 39

—Buenos días, vengo a devolver este libro —dice Morris a la bibliotecaria de turno.

El lunes por la mañana recibió las instrucciones para ir a entregar la muestra de sangre. La dirección la ha llevado hasta una biblioteca en un barrio obrero de Alicante, las instalaciones son bastante modernas, y la biblioteca parece ser muy amplia. Frente a ella, detrás de un mostrador largo, hay una mujer rubia y algo regordeta de unos cincuenta años con pilas de libros a su lado.

—Buenos días, ¿me deja la tarjeta?

—Solamente me han entregado el libro —anuncia mirando a la bibliotecaria, ella levanta una ceja y empieza a teclear en el ordenador. Pasados varios minutos levanta la cabeza—. ¿Quiere que le deje otro? —pregunta, y asiente con la cabeza al mismo tiempo.

—Sí, gracias.

—Estupendo. —Se levanta como un resorte—. Acompañeme por aquí —se adentran por un pasillo largo con varias puertas a los lados y se paran frente a la última puerta, saca una tarjeta de plástico y la pasa por el lector, la puerta se abre sin hacer ruido, ambas pasan al interior. Están en una sala con varias estanterías repletas de cuentos infantiles.

—Debe esperar aquí. —Se gira sin recibir respuesta y sale por la puerta.

Morris se queda allí de pie mirando la estancia, huele a libros nuevos, se acerca a una estantería, coge uno al azar: «La marioneta de Lucía», lee en voz alta.

—Son libros para niños enfocados en las emociones —dice una voz de mujer a su espalda, ella se gira dando un bote.

—Menudo susto.

—Disculpa, Camila. —La mujer se acerca, debe tener su misma edad, un cutis muy cuidado con una ligera base de maquillaje, su pelo de color negro está recogido en un moño alto y porta una bata blanca—. Soy Catherine, directora del Proyecto La Llave de Camila.

—¿Cómo? —parpadea.

—Si me acompañas, te lo enseñaré.

—Formas parte de...

—Aquí dentro puedes hablar con total libertad. Formo parte de Los Salvatori.

—¿También de La Vita Per Tre?

—Es una larga historia —sonríe, pero no contesta—. Ven, te enseñaré en qué estamos trabajando.

Morris acepta a regañadientes, vuelven a las medias verdades y eso le pone de muy mala leche.

Entran en el laboratorio y lo primero que hace Catherine es darle unas bolsas plásticas para cubrir los zapatos, un gorro para el cabello y una mascarilla. Las paredes del laboratorio son de metal, lo que proporciona una sensación de frío; hay varias mesas de metal con microscopios, tubos de ensayo y aparatos que Camila no identifica.

—Este es nuestro lugar de trabajo, en esa mesa —señala la mesa de metal de la derecha—, trabajo yo y en la otra mesa trabaja Tania, ahora te la presento, vamos.

Cruzan el laboratorio, para salir por otra puerta que da a una habitación que a Camila le

recuerda a la de un dentista, en medio hay una butaca muy grande de polipiel con varios útiles a izquierda y derecha.

—Ponte cómoda —le indica Catherine mientras se coloca unos guantes.

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

—Tania y yo.

—¿Es una empresa privada?; quiero decir...

—Somos parte de Los Salvatori, todo está financiado por ellos.

—¿Financiado?, no sabía que...

—Estamos constituidos como un laboratorio independiente, recibimos pruebas para analizar de toda España.

—Yo tenía entendido que Los Salvatori eran un grupo de personas que...

—Así se formó inicialmente, pero debíamos mantenernos, teníamos que crecer, con lo que tuvimos que crear empresas para poder facturar, pedir subvenciones...; en definitiva, obtener dinero para poder seguir investigando la parte que realmente nos interesa.

—¿Y cuál es esa parte exactamente?

—Analizamos la sangre de niñas que han estado en alguno de los campamentos que pertenecen a La Vita Per Tre, bueno de las que hemos conseguido localizar.

—¿Son muchas?

—¿Las que han estado en los campamentos o las que hemos podido localizar? —pregunta sonriendo.

—Ambas cosas.

—Por los campamentos habrán pasado miles a lo largo de la historia de la sociedad.

—¿Miles? —Se incorpora de la butaca.

—Y que hayamos conseguido localizar: unas diez —contesta ignorando la sorpresa de Morris —. El problema es que no quieren colaborar, tienen miedo.

—Hay una cosa que no entiendo, ¿qué es exactamente lo que buscáis en ellas, en nosotras?

—Al principio investigábamos a la persona en general, alguna anomalía que hubiera podido desarrollar, algo fuera de lo normal en los parámetros estipulados.

—¿Encontrasteis algo?

—No, hasta que tú te salvaste del ataque. Conseguimos una muestra de tu sangre y conseguimos averiguar que tu cuerpo había creado solo una especie de anticuerpos a la toxina que les dan a las víctimas.

—¿Cómo es posible?

—No lo sabemos todavía, pensamos que quizás os inyectaban la misma toxina, pero en dosis no letales.

—Entiendo.

—Las víctimas mueren por la toxina con la que les rocían que les acaba paralizando el corazón, el problema es que es una toxina que desaparece o deja un residuo muy leve y a día de hoy es una sustancia que no está registrada.

—Con los avances que hay y...

—No es tan fácil, no hay dinero para investigar, piensa que, a ojos del mundo, los ataques de Alicante fueron realizados por unos murciélagos que son portadores de un veneno, además de que esos murciélagos desaparecieron.

—Les salió la jugada perfecta.

—Tienen contactos en todos sitios, Camila, lo tienen todo calculado.

—Si ya tenéis una muestra de mi sangre, ¿para qué necesitáis otra ahora?

—No necesito una muestra de sangre.

—¿Qué necesitas? —La cara de Morris se endurece.

—Necesito que hagas una donación de sangre ahora y otra dentro de unas seis semanas.

—¿Para qué exactamente?

—Estamos probando una cosa, Camila, pero no estoy autorizada para contar nada más, no es nada personal, simplemente no puedo hablar.

—Ya...

—Por favor, es de suma importancia.

—Todo es de suma importancia y todo lo contáis a medias.

—Te entiendo, yo estuve en tu situación, y reconozco que no es fácil.

—¿A qué te refieres?

—Yo fui una de las niñas de los campamentos —confiesa de golpe, los ojos de Morris se abren de par en par.

—¿Qué?

—Hace más de quince años el doctor Sigüenza se puso en contacto con mi madre, le pidió que me llevase a su consulta, que habían detectado algo diferente en mí, mi madre tenía pánico de la sociedad desde que asesinaron a mi padre. —Morris tragó saliva, pero no dijo nada por respeto—. Mi padre se reunió varias veces con algún alto cargo para pedir que nos dejaran marchar, que no querían esta vida, juró y perjuró que jamás dirían nada de la sociedad, pero una y otra vez la petición era denegada, y el doctor Sigüenza no dejaba de llamar, quería visitarme, insistía en que yo era especial. Mis padres estaban desesperados, mis notas en los test del campamento eran de las mejores, yo había sido asignada como futura científica para la sociedad, me pagarían los estudios en las mejores universidades, no me faltaría de nada, pero mis padres no querían esa vida impuesta para mí y una noche recogimos parte de nuestras cosas y nos marchamos.

—Bien —dice Morris, pero la cara de Catherine no era de triunfo.

—No llevábamos ni tres horas de viaje, no recuerdo a dónde nos dirigíamos la verdad, cuando algo impactó en el lado del conductor, mi padre murió en el acto y mi madre quedó postrada en una silla de ruedas.

—Dios mío —exclama Morris—. Lo siento muchísimo. Catherine se limpia una única lágrima que resbala por su cara.

—La sociedad se hizo cargo de mí, mi madre no solo se quedó en una silla de ruedas, su mente se había quedado en el accidente. La sociedad decidió que lo mejor sería llevarme a una de las casas de acogida e ir a visitar a mi madre con regularidad, a mi madre le pusieron una enfermera veinticuatro horas y ellos se apuntaron el tanto alegando que la familia cuida de la familia. Yo me encerré en mí misma, me centré en estudiar y estudiar, era lo único que me salvaba del dolor que me desgarraba por dentro. Acabé el instituto con matrícula de honor y la carrera primera de mi promoción, automáticamente me asignaron un puesto en el complejo de China.

—¿China?

—Allí tienen el laboratorio más grande de la sociedad, uno de los inversores es un empresario chino que está obsesionado con la ciencia. Allí pasé seis años, solo trabajaba y trabajaba hasta que conocí a Tania y me enamoré. En ese momento supe que tenía que salir de allí, sentía que tenía que salvarla, que teníamos que salir de esa locura.

—El miedo fue lo que te retuvo y el amor fue lo que te hizo despertar.

—Sí, no te puedes imaginar la de normas que teníamos en ese complejo, porque no te

imagines un laboratorio como este, no, no, nada que ver, es prácticamente una ciudad. Las medidas de seguridad son increíblemente altas, es imposible salir de allí.

—¿Cómo lo lograsteis entonces?

—Mantuvimos la relación en el más absoluto secreto, no fue fácil, te lo aseguro. Cada año los trabajadores viajábamos a ver a nuestras familias, pero Tania no tenía familia, fue encontrada por un miembro de la sociedad en medio de un campo en Rusia casi desnutrida, la llevaron a los campamentos y allí la formaron.

—¿No le dieron una familia de acogida como a ti?

—Lo intentaron, pero fue una niña muy rebelde, no se adaptaba a ningún sitio, tiene una inteligencia por encima de la media, sus estancias en el campamento eran tranquilas, allí se la veía feliz, pero cuando volvía a las casas de acogida el caos volvía a su vida y a la vida de los que la rodeaban, con lo que tomaron la decisión de dejarla allí, viviría en el campamento.

—Eso es terrible.

—No te sabría decir, ella me dice que era feliz en el campamento porque allí olvidaba el horror sufrido durante su infancia, su mente estaba ocupada en todo momento y se sentía importante, valorada.

—Entiendo.

—Yo quería, sentía, la necesidad de darle una nueva vida, de que supiera lo que es el amor, no de una familia porque eso ya no se lo podía ofrecer, su infancia estaba truncada, pero sí intentar formar una familia nosotras, simplemente hacerla feliz; y, uno de los veranos que vine a España a visitar a mi madre, solicitamos un permiso para que ella me acompañara. Nos lo concedieron, no dábamos crédito, estábamos eufóricas, podríamos pasar tiempo juntas, abrazarnos de verdad, besarnos de verdad, ser nosotras. Pero, al llegar a España, la tristeza más profunda me invadió al enterarme de que mi madre había fallecido a principios de año.

—¿No te avisaron?

—No, estamos totalmente aislados de todo, centrados en la investigación.

—Lo siento muchísimo, de verdad. —Morris coge la mano de Catherine.

—Ahora entiendo por qué nos dejaron ir juntas, ellos sabían que yo necesitaría apoyo.

—¡Qué hijos de puta!

—Después de visitar la tumba de mi madre y llorar por horas en los brazos de Tania, nos dirigimos a casa de mi madre, nada más entrar me abracé a su silla de ruedas como si fuera un muñeco y entonces fue cuando la encontré —toma aire—: debajo del cojín de la silla había dos cartas, una para mí y otra con el nombre de Francisco Gutiérrez.

—¿El comisario?

—Sí, él fue uno de los fundadores de Los Salvatori. En la primera carta mi madre me explicaba que ella ni había quedado postrada en una silla de ruedas ni había quedado mal de la cabeza, simplemente tenía una hernia, pero que había estado drogada por años y sus informes médicos habían sido manipulados para engañarme, yo no daba crédito a lo que leía, no tienes ni idea de lo que son capaces para lograr su objetivo.

—Me voy haciendo una idea.

—En la otra carta, dirigida a Francisco, me explicaba que él me proporcionaría una salida, un lugar seguro para ocultarme.

—No le daba miedo poner el nombre, ¿y si hubieran descubierto la carta?

—Eso es algo que yo también me planteé, pero resulta que los miembros de La Vita Per Tre registraron la casa nada más fallecer mi madre, no encontraron nada y entonces fue cuando intervinieron Los Salvatori y dejaron la carta.

—¿Y si no llegas a encontrar la carta?

—Hubieran venido a verme, imagino.

—¿Qué pasó después?

—Conocí a Francisco y aquí estamos desde entonces.

—¿Me estás diciendo que vivís aquí encerradas?

—Bueno, dicho así, suena muy feo, pero sí.

—Estáis igual que en China, encerradas.

—Sí y no —ríe—. Ahora tenemos un objetivo, hay una luz, una única luz al final del pasillo, pero hay luz, y estamos juntas.

—Pero no lo entiendo, vivís aquí dentro.

—Arriba —señala el techo—. Tenemos un precioso dúplex en la parte de arriba.

—Sí, pero no salís de aquí, ¿no vais a ningún sitio? Estáis en una cárcel.

—Llevo toda mi vida viviendo en una cárcel, Camila.

—¿Entonces? No lo entiendo.

—La diferencia es muy sencilla, esta cárcel la hemos elegido nosotras, somos felices aquí, juntas.

—Pero no vivís, no salís, no...

—¿Por qué lo que para ti es vida tiene que serlo para mí?

—Porque no es sano, Catherine, vivir encerrada.

—¿Y es sano trabajar para una sociedad que asesina mujeres con la excusa de la purificación?

—No, claro que no, eso es una aberración.

—Pues por eso precisamente, nosotras hemos decidido destruir a La Vita Per Tre desde dentro y esta es la única forma.

—Lo siento, Catherine, no pretendía juzgarte.

—No te preocupes, tengo las ideas muy claras, ellos asesinaron a mi padre, mantuvieron a mi madre como una rehén por años, y a mí me impusieron una vida que no sé si quería o no, no me dieron opción de poder elegir. Francisco me dio opción y por eso estoy aquí.

—Lo entiendo.

—Por eso, necesito seguir investigando, estamos muy cerca de dar la primera estocada: necesito tu sangre, Camila, eres la única que ha creado anticuerpos.

—¿Para qué?

—No te lo puedo contar.

—Está bien —cede Morris.

Cada vez que iba sabiendo más cosas de la sociedad se daba cuenta de lo terrible que era y de la magnitud que tenían.

CAPÍTULO 40

Laura siente el cuerpo flojo, sin fuerza, lleva así semanas o meses, ha perdido la noción del tiempo. Está tumbada sobre un camastro en el que se le clavan todos los muelles, lleva una vía puesta en el brazo, el lugar es bastante oscuro y de fondo se escucha un televisor encendido y ruido de platos. Ella intenta hablar, pero solamente le salen lamentos, intenta moverse y entonces se da cuenta de que está atada, y en ese momento las imágenes vuelven a su memoria.

Recuerda estar en su casa, trabajando frente al ordenador, y escuchar un pitido insoportable a través de los cascos, tan insoportable que la deja medio aturdida y se tiene que hacer un ovillo en el suelo para recuperar la estabilidad. Minutos después empieza a abrir los ojos y lo primero que ve son unas botas de color negro, su cuerpo se tensa e intenta darse la vuelta y se choca contra alguien, la sujetan con fuerza, ella grita, le ponen una bolsa en la cabeza y siente como la levantan, ella patalea, pero los brazos que la agarran son como hierros contra su cuerpo, siente un pinchazo en su yugular y en cuestión de segundos se sume en la oscuridad.

El siguiente recuerdo que tiene es estar esposada de pies y manos a una silla de madera, en mitad de una sala en la que tiene frío y sobre ella cuelga una bombilla; «como en una maldita película de mafiosos», piensa ella. Intenta hacer memoria de los últimos encargos que ha recibido, pero tiene la cabeza embotada. De golpe se abre la puerta de hierro que tiene enfrente, y entra una mujer vestida con una bata blanca, en sus manos lleva una bandeja metálica con cosas que logra ver y tras ella entra también un señor delgado con un traje ajustado de color azul marino. El señor se la queda mirando, se desabrocha la chaqueta y se mete las manos en los bolsillos.

—Buenos días, señorita Mendieta. —Ella intenta decir algo, pero tiene la boca como un zapato y no le salen las palabras.

La mujer le sujeta un dedo y se lo pringa de algo, Laura mira sin mirar porque sigue aturdida, tiene la sensación de estar en un sueño, intenta moverse, pero su cuerpo no le responde. Le ponen un aparato en la cabeza para mantenerle el ojo bien abierto, la luz le duele, intenta cerrar el ojo, pero no puede, eso la empieza a angustiar y de golpe siente un pinchazo en el ojo, se remueve.

—Tranquila, cielo, será solo un momento —susurra la mujer. «¿Tranquila?», se pregunta Laura: le acaban de pinchar un ojo y... siente que cae, siente que debajo de sus pies ya no hay suelo y se adentra de nuevo en la oscuridad.

La siguiente vez que despierta ya está en ese camastro, dolorida y con una vía puesta, pero por lo menos ya no siente frío. Allí, frente a ella, hay una mujer menuda, con el pelo rizado que la mira con una sonrisa extraña, a su lado un hombre alto y espigado sostiene una bandeja, Laura se remueve: «otra vez una bandeja», piensa.

—Querida —susurra la voz—. Ya estás a salvo, nosotros cuidaremos de ti.

CAPÍTULO 41

20 de septiembre de 2023

Morris recibe una carta por correo ordinario con las instrucciones para el día de los asesinatos. Cada año se realiza en un lugar diferente, aunque el *modus operandi* es el mismo, a los miembros de la asociación los recogen en furgonetas, los despojan de cualquier dispositivo electrónico, alegando que el ritual debe ser lo más puro y fiel al ritual inicial, y les tapan los ojos para trasladarlos hasta su destino.

Ni tan siquiera los conductores son conocedores del destino, ya que reciben un GPS que les va dando indicaciones hasta el lugar del ritual. Firman unos contratos con unas cláusulas de silencio en las que se especifica que en el caso de que alguna información se llegase a filtrar, recibirían una querrela absolutamente desorbitada. La sociedad es inteligente, suelen elegir conductores con deudas, adictos o incluso pertenecientes a la misma sociedad que quieran escalar.

Sentados en una terraza frente a la playa, Morris, Medina y Gutiérrez fingen celebrar el cumpleaños del comisario, que fue varios días atrás.

- ¿Sigue teniendo molestias en la pierna? —se interesa el comisario.
- Cuando paso mucho tiempo sentada sí, al levantarme me cuesta un rato caminar.
- Eso es la edad —contesta su compañero dando un trago a la cerveza.
- Muy gracioso.
- ¿Cree que podrá estar bien para la misión?
- Sí, señor, no se preocupe, además voy con este «cabeza de chorlito».
- ¿Cabeza de chorlito? —pregunta Medina—. Esa frase es del siglo pasado.
- Confío en vosotros, siempre habéis sabido sacar lo mejor de vosotros estando juntos. —El comisario está muy serio, se le nota que la preocupación lo come por dentro.
- Señor —Medina se pone muy serio también—, no debe preocuparse, va a salir todo bien.
- Es la primera vez que estamos tan cerca y tengo miedo de que...
- Señor, estoy segura de que los atraparemos.
- ¿Qué te pone en la carta Camila? —El comisario cambia de tema.
- Es una carta muy sencilla en la que me dicen que el mismo día recibiré en el móvil las coordenadas exactas y allí mismo nos irán dando una serie de instrucciones.
- La info a cuentagotas —se queja Medina—. Como todo en este caso.
- Es normal, no podemos arriesgarnos a que la información se filtre.
- Lo sé, comisario, lo sé, pero con la tontería llevamos casi tres años.
- Paciencia, todo en este caso es paciencia —contesta Morris.
- ¿Ponía algo más en la carta?
- Sí, recalca la importancia de llegar exactamente a las veinte horas.
- Está bien, lo que haremos es ponerles unos GPS para tenerlos localizados en todo momento, y situaremos a los equipos a un kilómetro de distancia.
- ¿Un kilómetro no es mucho?

—No podemos arriesgarnos a que nos descubran.
—Entiendo, entiendo.
—Es importante que recuerden que no pueden intervenir, bajo ningún concepto, vean lo que vean, no deben actuar, están allí para observar.
—Señor, sé que las instrucciones son claras, pero...
—Morris, sabe de sobras que...
—¿En serio vamos a dejarlas morir así? Debe de haber una forma de...
—Entiendo tu postura, sé que no va a ser fácil, pero nunca antes habíamos estado tan cerca de...
—Morris, no creo que tengamos acceso al interior... Yo creo que nos limitaremos a ver a los miembros.
—Pensad que los miembros no son en sí vuestro objetivo, deberíais centraros en los altos dirigentes.
—Lo sé, señor, no se preocupe que haremos nuestro trabajo.
—Tenéis que entender cómo funcionan los rituales...
—Los asesinatos —rectifica Morris, el comisario la mira, pero no dice nada.
—Los miembros no saben a dónde se dirigen, son recogidos por unas furgonetas alquiladas, llevados hasta el lugar con los ojos vendados, y devueltos a casa de la misma forma, son contadas las personas que tienen acceso a los datos de primera mano.
—Lo entiendo.
—El círculo es muy cerrado y, Morris, es de suma importancia que cumpla las órdenes estipuladas, bajo ningún caso debe...
—Me ha quedado claro. No se preocupe que sé cuáles son las órdenes.
—Confío en ambos.
—Gracias, señor —contestan al mismo tiempo

CAPÍTULO 42

23 de septiembre de 2023

—Morris, creo que es ahí. —Medina señala una pequeña casa de madera para pájaros que sobresale más de la cuenta de un árbol. Han dejado el coche a más de tres kilómetros y han atravesado un bosque siguiendo el GPS del móvil de Los Salvatori.

—«Llega hasta la casa de las golondrinas» —lee en voz alta Morris de la carta que ha recibido esa misma mañana. Ambos se acercan poco a poco, van vestidos, según las instrucciones, como unos auténticos cacos, de riguroso negro y con un pasamontañas.

—¿Haces los honores?

—Te dejo el honor a ti, Medina —responde ella con la carta en la mano. Él mete la mano en la pequeña casa de madera y de allí saca una diminuta caja de madera también: con mucho cuidado la abre. En el interior hay un plano de una casa con unas cruces en verde y, sobre ellas, unos números, otras cruces en rojo y un camino con flechas marcado en azul. Al fondo de la caja hay una llave metálica.

—Vale, según yo entiendo debemos seguir el camino azul y pararnos en cada cruz verde —empieza a dilucidar Morris.

—Por detrás hay instrucciones, pero casi no se ven —dice Medina. Morris saca una pequeña linterna y señala hacia el papel.

—«Cruz uno» —lee él—, «primera parada, llegada de furgonetas de los miembros de La Vita Per Tre, tras quince minutos llegarán los altos mandatarios de la sociedad».

—Vale, pues vamos —suspira Morris.

—¿Está muy lejos la casa? —pregunta mirando el móvil que sostiene su compañera.

—Según esto quince minutos.

—Pues ya podemos darnos prisa, son menos veinte. —Ambos aceleran el paso.

Morris mete la mano en el bolsillo interior de la chaqueta que lleva y saca un blíster de pastillas.

—¿Estás bien?

—Necesito un poco de ayuda, me arde la pierna. —Saca una cápsula y se la toma.

—Puedo intentar llevarte en brazos... —sonríe él a sabiendas de la contestación de su compañera. Ella lo mira atravesándolo con la mirada y siguen caminando.

—Gabi —dice ella al rato.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

—Sí, es solo que...

—¿Quieres abortar la misión? —pregunta con los ojos como platos.

—No, claro que no, necesito... El mundo necesita dismantelar esta locura, es solo que vamos a ser testigos de tres asesinatos y...

—Cami..., otra vez... —Medina se gira, le coge la cara con las manos—. Lo sé, no vamos a poder evitar esas muertes y eso es algo que... —Medina traga saliva—, que vamos a tener que llevar en nuestros corazones para el resto de nuestra vida, pero no podemos seguir mirando hacia

otro lado.

—Lo sé —susurra ella—. Pero va en contra de mi naturaleza, Gabi, tengo miedo de mí misma, de no poder contenerme, tengo miedo de...

—Eres la mujer más fuerte que conozco, eres tenaz, sensata, sabrás que lo que debes hacer es dejar que mueran —contesta su compañero como si le estuviera diciendo que eso era algo bueno, pero para la cabeza justiciera de Morris sería sin duda la cosa más terriblemente difícil que iba a realizar en su vida.

—Gracias, Gabi, gracias por todo. —Morris aprieta las manos de su compañero, llena los pulmones de oxígeno, lo suelta lentamente con los ojos cerrados y susurra—: Vamos a la batalla, compañero.

Con atención, siguen las indicaciones del GPS mientras se aproximan a la parte trasera de la casa. Finalmente, llegan hasta encontrarse frente a una valla metálica con un agujero del tamaño de un perro. Medina se agacha y pasa primero, enfrentándose a algunas dificultades debido a la pequeña claustrofobia que tiene, además el ligero aumento de peso que ha experimentado durante las últimas vacaciones no ayuda y varias veces se queda atascado. Añadiendo también que el traje negro que llevan ambos le hace sudar más de lo previsto. El efecto del analgésico parece que ya ha hecho efecto en Morris y esta pasa casi sin dificultad.

Están en mitad de un jardín gigante, a lo lejos divisan una enorme mansión de color blanco con un torreón majestuoso. Según las indicaciones deben ir por la parte de la derecha del jardín siempre pegados a la valla y siempre en absoluto silencio, se hacen gestos para avanzar o para pararse, pero a partir de ese momento no vuelven a pronunciar ni una sola palabra, las instrucciones son claras: «las cámaras de videovigilancia estarán emitiendo una grabación de otro día; sin embargo, el audio ha sido imposible *hackearlo*».

Llegan a unos setos altos con formas de animales, Morris se sitúa detrás de la ardilla y Medina detrás del oso, desde esas posiciones serán invisibles.

Pasados unos quince minutos, para Morris han sido los quince minutos más largos de su vida, empiezan a llegar furgonetas blancas y negras de donde salen hombres, niños y alguna que otra mujer. Los ojos de Morris se abren, mira a Medina que está con la boca tapada por una mano y la mira, esta asiente con la cabeza y niega de incredulidad. Reconocen a varias personas del mundo del cine, que actualmente están muy en auge, reconocen también a un famosísimo cantante, hay otras caras que les suenan muchísimo, pero que en ese mismo momento no acaban de ubicar.

Todos los recién llegados se saludan con un único beso en la mejilla, para ser más exactos en el lado derecho.

Un señor vestido de mayordomo, los va guiando hacia el interior de la casa.

Pasan otros quince eternos minutos y ni rastro de los coches.

«¿Se habrán equivocado de lugar?», piensa por un instante Morris. «¿Será esto una fiesta sin más?».

Mira a Medina que se encoge de hombros y la alienta a que espere moviendo las manos.

Morris ya no aguanta más y le hace gestos a su compañero para que salgan, le señala el reloj y le hace signos con la cabeza negando, él asiente con la cabeza. Morris se agacha y gatea hasta llegar a él.

—«Aquí hay gato encerrado» —escribe Morris en su teléfono móvil.

Medina coge el móvil y escribe:

—«Según las instrucciones, ya deberían haber llegado».

—«Esperamos media hora más y»...

En ese momento escuchan el motor de varios coches, Morris hace el intento de volver a su posición, pero Medina la agarra del brazo y la trae hacia sí, le susurra al oído:

—Peligroso.

Tres coches negros entran uno detrás del otro, se paran justo frente a la entrada. Los conductores salen, se ponen en fila para disponerse a abrir las respectivas puertas. Del primer coche sale un hombre de unos cincuenta años con el pelo negro engominado, lleno de cadenas de oro y con cara de pocos amigos. Morris se gira para mirar a Medina y hace el gesto de vomitar, Medina sonríe y afirma con la cabeza. Del segundo coche sale una mujer de una edad indefinible, por su cuerpo escultural parece que tenga treinta o cuarenta años como mucho; sin embargo, las arrugas que rodean sus ojos delatan que aunque haya mucho *bótox*, ácido y demás productos en su cara debe tener más de sesenta. Lleva un traje de chaqueta muy elegante de color rojo, sonríe al ver al primer hombre, este se acerca, le coge la mano y se la besa como si ella fuera de la realeza, ella se deja hacer y se acerca para darle un cariñoso beso en la mejilla. Se abre la puerta del tercer coche y en ese momento Morris se queda sin respiración, no puede creer lo que ven sus ojos, siente que se va a desmayar en ese mismo momento. Medina lo nota y la aprieta fuerte entre sus brazos, también está impactado.

El caballero se acerca en primera instancia a la mujer y hace exactamente el mismo gesto, la coge de la mano y se la besa, posteriormente le sostiene la mano al otro hombre y los tres se dirigen tranquilamente hacia el interior.

Los coches abandonan de igual manera que hicieron las furgonetas el lugar y Morris y Medina se quedan, ahora sí, solos en el jardín. Morris se agarra el pecho, no puede respirar, se va a desmayar, abre mucho sus ojos, Medina se quita el pasamontañas, se lo retira a ella también que no puede evitar dar una bocanada de aire.

—Respira —vocaliza él sin que ningún sonido salga de su boca.

Ella asiente y ambos poco a poco se sientan en el césped para recuperar el aliento tras el *shock*.

CAPÍTULO 43

Los invitados están en un salón enorme decorado como si fuera realmente una fiesta, y es que para ellos es lo que es. Al final del salón hay una mesa larga llena de canapés y varios camareros pasan con copas de cava que van ofreciendo a los invitados, estos charlan animadamente unos con otros como si fuera una fiesta más.

Los tres jefes, sin embargo, pasan sin ser vistos por unas escaleras y suben a una amplia habitación preparada con unas pantallas de televisión desde donde pueden observar con total comodidad a los invitados.

—Adriana, querida, realmente los años no pasan por ti —dice Antony tocándose su pelo engominado.

—Tengo un pacto con el diablo —suelta ella sin más—. Juan, estás muy callado esta noche —Adriana lo observa detenidamente.

—No es nada, un leve dolor de cabeza —sonríe y se dirige hacia una mesa preparada como si fuera un restaurante. Antony y Adriana se miran y ella entrecierra los ojos, conoce a su amigo desde hace más de cincuenta años, sabe que algo le pasa.

—¿Qué ocurre? —quiere saber Antony. Juan suspira, sabe que debe explicarles sus sospechas, sabe que entre los tres deberán afrontar lo que pueda estar sucediendo.

—Antes de salir de casa recibí una llamada de la doctora Natalia Díaz —empieza a explicar.

—¿La forense de Alicante? —pregunta curiosa Adriana. Juan asiente.

—Mi... —duda Juan—. Me ha informado de que Morris y su compañero no han dejado de investigar; los escuchó, hará un par de días, que están cerrando el círculo y que están cada vez más cerca.

—Luca debió matarla cuando... —interrumpe Antony.

—Luca era un loco, no hacemos las cosas así en la sociedad; hay unas normas, Antony —levanta la voz ligeramente enfadado, Antony menea la cabeza sin estar de acuerdo.

—Siempre hemos hecho lo que hemos tenido que hacer cuando la sociedad ha estado en peligro, Juan, siempre menos cuando se trata de... —Antony se queda a medias, sabe que está entrando en terreno pantanoso.

—¿Qué estás insinuando? —ataca Juan—. ¿Que no hago lo que debo de hacer, que no cumplo con mis obligaciones?

—Muchas veces no —replica Antony.

—Soy el único que ha sacrificado todo, todo —sus ojos están rojos de la ira.

—Caballeros, caballeros, por favor —media Adriana.

—Adriana, tú mejor que nadie sabes lo que he sacrificado —replica Juan—. Todos vosotros tenéis vuestras vidas, vuestras familias, yo tuve que sacrificar la mía para que la sociedad siguiera oculta.

—Has sacrificado tu vida, amigo, pero has obtenido muy buenos beneficios a cambio —suelta sin más Antony desafiándolo con la mirada.

—Para eso soy el «elegido», no olvides que soy el único que es sangre de su sangre. —Se acerca hasta quedarse a tan solo diez centímetros de la cara de Antony—. Si chasqueo los dedos,

toda tu maldita vida se caerá como un castillo de naipes con lo que, querido Antony, no juegues conmigo, ni amenaces a... —Se queda en silencio, le duele pronunciar esas palabras y las silencia cerrando los ojos.

—Dilo —grita su contrincante—. ¿Que no amenace a tu protegida? A tu...; no te tengo miedo, ¿sabes? —replica Antony sentándose como si nada en la mesa; sin embargo, su cara no dice lo mismo, el labio inferior le empieza a temblar siempre que siente miedo, y no puede controlarlo. Aunque en ese momento intente hacerse el valiente, la realidad es que Juan le da miedo, ha sido testigo de lo que es capaz de hacer por salvar a la sociedad, sin escrúpulos y sin miramientos.

—¿Cenamos y nos cuentas qué es exactamente lo que cree la doctora Díaz que la inspectora Morris ha averiguado? —dice Adriana sirviendo el vino en las copas. Juan se sienta y suspira.

—Juan, perdona, de verdad, no quería... —Antony ya se está arrepintiendo de retar a Juan, tiene miedo de sus represalias, siempre ha sido muy vengativo—. Ya sabes que, a veces, me dejo llevar; esta sangre mía italiana que me hace saltar como si tuviera un «petardo en el culo».

—Lealtad, Antony, es lo único que te pido —contesta Juan sin tan siquiera mirarlo a los ojos. Dirige la mirada a Adriana—. Según lo que ha averiguado la doctora Díaz, han podido contactar con alguien de dentro, alguien les está pasando información.

—¿Qué clase de información?

—No lo sé.

—¿Alguien de la sociedad? —quiere saber Adriana.

—Sí, alguien nos ha traicionado, no tendré piedad... —Levanta el puño con rabia.

—¿Y qué harás? —pregunta Antony.

—Lo que haga falta —contesta este sin que le tiemble la voz.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Jamás me ha temblado el pulso.

Doce menos cuarto de la noche y todos los invitados son dirigidos al sótano, tal y como van entrando los separan en dos filas, una fila en la que están los espectadores y un camarero les ofrece un «chupito» de algo que beben y se colocan en sus asientos, la otra fila es la de los que serán iniciados, estos se ponen una especie de tapón en la nariz y aguardan cautelosos en una esquina en silencio.

Frente a ellos se encuentran la misma estampa de todos los rituales, una especie de escenario en el que hay montado una cueva de cartón piedra, en el centro tres palos de madera y en cada uno de los palos hay una mujer semiinconsciente. En el primer palo hay una mujer rubia que no tendrá más de cuarenta años, parece que está despierta y no entiende nada, su respiración es agitada e intenta moverse, gritar, pero de su garganta no sale absolutamente nada; en el palo central hay una esquelética mujer que deja entrever las numerosas marcas en sus brazos por la adicción; y en el tercer palo hay una jovencita de veintipocos años que está despierta, su mirada es dura, desafiante mira a cada uno de los miembros que van entrando sin miedo directamente a los ojos hasta que se encuentra con los ojos de alguien que conoce muy bien, su padre, este la mira y automáticamente desvía la mirada y se toma el chupito que el camarero le ofrece, ella le sigue con la mirada, pero él no se vuelve en ningún momento para mirarla, se sienta y su cabeza se queda mirando hacia el suelo. Ella vuelve la vista de nuevo, está buscando a alguien más, hasta que lo encuentra, sus miradas se encuentran, su hermano, su hermano va a iniciarse con ella. Él la mira y sonríe siniestramente, sin sentimiento de culpa y entonces ella se da cuenta y se derrumba, su hermano la asesinará sin remordimientos porque eso es lo que esta maldita sociedad le ha enseñado, a no tener sentimiento de culpa, se lo arrebataron en los malditos

campamentos, allí crean ejércitos de psicópatas, le han enseñado que eso es lo normal, que si alguien intenta traicionar a La Vita Per Tre hay que dar una lección, y hoy ella aprendería la suya y su hermano se purificará.

Sin embargo, ella hoy no solo morirá, si el plan sale bien empezará la destrucción de La Vita Per Tre y entonces su muerte habrá tenido algún sentido.

CAPÍTULO 44

Morris y Medina están sentados en el suelo en silencio; ella tiene la vista perdida, la pantalla del móvil se enciende para avisarlos de que es hora de continuar con el plan. Se levantan y avanzan lentamente siguiendo el camino marcado, hasta llegar al final contrario de la finca donde están, justo la flecha señala hacia una pared. Morris sacude la cabeza sin entender nada, allí no hay nada, hay una pared y en el suelo, tierra.

—«*Aquí no hay nada*» —escribe en el móvil.

Medina mira el mapa de nuevo, se gira para recomponer sus pasos, después de varias vueltas levanta el dedo pulgar para indicar que están en el sitio correcto. Morris se agacha para tocar el suelo y se da cuenta de que la tierra que hay está removida, señala el suelo y su compañero se agacha, entre los dos levantan una puerta oculta que hay en el suelo y frente a ellos hay una escalera de madera demasiado antigua para haberse construido al mismo tiempo que la casa.

Medina saca una linterna, respira y ambos empiezan a descender las escaleras de madera, un olor a rancio, a cerrado y a velas los invade por completo. Siguen bajando con cautela hasta llegar a lo que parece un *búnker* de guerra muy antiguo, frente a ellos hay una mesa con varias sillas, un camastro con mantas llenas de polvo. Se detienen para observar la estancia y ven que, al final de ella, hay una puerta de metal que desentona totalmente con el *búnker*, es demasiado nueva. Avanzan en silencio, al llegar a la puerta Medina intenta abrir la puerta, pero está cerrada, mira a Morris, y ella rebusca en uno de los bolsillos interiores hasta sacar la llave que encontraron en la caja de pájaros.

La llave encaja a la primera, abren y ante ellos hay un largo túnel, sus paredes están reforzadas con metal, a lo lejos se escuchan lo que parecen murmullos o lamentos y sin pensárselo dos veces se adentran en él. Caminan lentamente, la luz de la linterna es de baja intensidad y tienen miedo de pisar algo que no deban.

Morris frena en seco, saca el móvil:

—«*No se si voy a poder*».

Medina la mira, respira, le coge el móvil:

—«*Por las víctimas, jefa*».

Y le devuelve el móvil, ella niega con la cabeza y escribe a toda velocidad:

—«*No puedo verlo a él asesinándolas*».

Medina la abraza y Morris reprime un sollozo, pero en un segundo se recompone y decide que debe seguir caminando. A lo lejos ven unas pequeñas luces a la izquierda del túnel, al llegar a ellas se dan cuenta de que son agujeros hechos directamente en la propia pared, desde los que se puede ver la sala donde van a suceder los sacrificios. Frente a ellos pueden ver a todas las personas que han llegado antes, están sentadas en unas gradas metálicas. A la derecha hay un grupo de críos inquietos y en mitad de la estancia están ellas: las víctimas. Medina da un brinco y mira a Morris, en silencio le levanta tres dedos y le indica que mire, Morris lo entiende y busca el tercer palo, abre mucho los ojos, se tapa la boca y se cae al suelo ahogando un grito.

Medina la abraza en silencio con lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO 45

72 horas antes.

Morris y Medina han quedado en la playa de San Juan, allí deben reunirse con una de las fundadoras de Los Salvatori, ella es la que les va a proporcionar datos sobre el lugar donde se van a realizar los sacrificios y lo que ellos deben hacer.

Están sentados en la arena sobre sus toallas, cuando una chica paseando a su perro se les acerca.

—¿Hola, me podéis sujetar a Misi? —pregunta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro —contesta Medina tan diligente como siempre.

—No pensaba meterme directamente por la arena, pero ella ha insistido y claro se me han llenado las deportivas de tierra —ríe la chica—. No puedo casi caminar.

—Sí, es totalmente incompatible —contesta Medina sujetando a un precioso caniche blanco. Morris la observa en silencio, está actuando de una forma extraña, la playa está llena de gente y ¿se tiene que dirigir precisamente a ellos?

—No tardo nada, me las quito y las meto en la mochila —explica al mismo tiempo que saca un sobre, que deja debajo del pie de Morris sin que se percate del movimiento.

—¿Cuánto tiempo tiene? —pregunta Medina acariciando a Misi.

—¿Ella?, dos años y medio, tiene una enfermedad terminal y nos han dicho que le quedan escasamente setenta y dos horas —recalca las palabras «setenta y dos horas» mirando fijamente a Morris que da un respingo.

—Oooh, lo siento mucho —siente Medina que no se ha percatado de que ambas mujeres se están mirando.

—¿Llegado el momento qué vais a hacer? —pregunta Morris, Medina al escuchar la pregunta tan inoportuna levanta la vista.

—Se hará lo que se tenga que hacer —contesta.

—¿Qué? —pregunta Medina.

—No queda más remedio que sacrificarla, pero todo es por una buena causa, ella dejará por fin de sufrir. —La chica sigue mirando a Morris, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿No se puede hacer nada? —insiste Morris.

—No se puede hacer nada, señora, no hay cura todavía para su enfermedad —contesta ahora seria. Morris entrecierra los ojos.

—Lo siento —dice Medina.

—Gracias por cuidar de Misi. —La chica se levanta de golpe—. De verdad, muchas gracias. —Se queda mirando a Morris—. Hasta pronto.

—Adiós —contesta la inspectora viendo como se aleja trotando por la arena, con la pequeña Misi entre sus brazos.

—¿Qué cojones ha sido eso? —Ella no contesta y sigue mirando cómo se aleja la chica—. ¡Morris! —dice Medina señalando la carta.

Ella la coge con disimulo y su compañero se acomoda a su lado.

Queridísima Camila,

Tú no me conoces, pero yo a ti sí, eres una leyenda para todos nosotros, creemos tanto en ti que se nos rompe el alma, eres un faro de esperanza.

Cada año, la sombra de la sociedad nos arrebató a tres mujeres inocentes en un ritual macabro de «purificación total» como ellos lo llaman. Una vez más, el reloj ha comenzado su cuenta atrás, en setenta y dos horas tres almas serán sacrificadas en nombre del todo, un sacrificio que ya no podemos tolerar en silencio, estamos rotos.

Te necesitamos, os necesitamos.

Sabemos la localización exacta de los sacrificios, recibirás en tu casa una carta con las instrucciones, es muy importante que sigáis el camino marcado de color azul, esto lo entenderéis con la carta, seguid las instrucciones exactas que se os marcan, no os salgáis del camino marcado bajo ningún concepto. El día de los sacrificios recibiréis por SMS las indicaciones, si seguís las instrucciones os llevarán hasta el lugar de los sacrificios, eso no es lo importante, puesto que las muertes deben realizarse, en ningún momento podéis intervenir, esto es sumamente importante, las mujeres deben morir. Lo importante de que estéis allí es que descubráis las identidades de los sumos mandatarios, su identidad es secreta para los miembros de la sociedad, nadie salvo ellos tres saben quiénes son. Una vez que sepáis sus identidades podréis desmontar la sociedad desde dentro o eso es lo que esperamos.

Sois nuestra última oportunidad, lo hemos intentado en multitud de ocasiones, pero una vez entras en La Vita Per Tre solamente puedes salir de una forma, muerta.

Sálvanos. Sálvalas.

Un abrazo enorme.

Irene.

CAPÍTULO 46

—Es Irene —balbucea Morris, Medina le tapa la boca para silenciarla, ella se intenta incorporar, pero las lágrimas le inundan el rostro, no es tristeza lo que siente, es rabia, impotencia, ira. Tiene que acabar con aquella locura, tiene que dismantelar esa red de asesinos que se hacen pasar por gente normal. Cueste lo que cueste, aunque tenga que presenciar tres asesinatos y no pueda intervenir, lo hará por las víctimas, por los centenares de mujeres y hombres que han muerto a manos de esos malnacidos, por ella misma, por su hermana, por el futuro de un sobrino al que no conoce todavía y que por ningún motivo quiere que corrompan hasta crear de él un monstruo. Lo hará, aunque sea lo más difícil de su vida, mirará por aquellos agujeros y presenciará por primera vez en su vida tres asesinatos sin hacer absolutamente nada

Se incorpora, se limpia la cara, el rostro de Medina es de rabia, ella asiente con la cabeza, él le levanta los dos pulgares para saber si está bien, ella asiente. Se queda sentada tratando de tranquilizarse cuando Medina la zarandea, y le indica que vuelva a mirar. Obedece y mira por el agujero de nuevo, pero no ve nada diferente, mira a Medina y él le indica un dos con los dedos, ella busca a la segunda víctima, allí ve un bulto, una mujer esquelética con el cabello negro, su cara está famélica y entonces se da cuenta y se queda sin aire, se levanta y sale despavorida corriendo por el túnel, necesita salir de allí, necesita aire, la segunda víctima es Laura Mendieta.

Medina la sigue y la alcanza casi a mitad de túnel, la abraza y le susurra:

—¿Estás bien, Cami? —Ella se aferra a él temblando.

—Laura —susurra ella, él la aprieta contra su pecho.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? —murmura.

Morris saca su móvil y escribe:

—«¿Quién era la víctima del depósito?»

Medina niega con la cabeza y le arrebató el móvil.

—«Tenemos que volver, estamos muy cerca».

Ella lo lee y asiente, vuelven al lugar de los agujeros. Medina escribe:

—«Mira sus brazos».

Ella se fija, la tiene tan cerca que si pudiera atravesar la pared podría tocarla y calmarla, se fija en sus brazos y los ve llenos de pinchazos.

Suenan tres campanas y toda la sala se queda en silencio, únicamente se escucha el llanto lastimero de una de las víctimas, la primera. Pasan varios minutos, la puerta se abre y aparecen tres personas vestidas de pies a cabeza con unas túnicas muy anchas de color blanco, no se les ven ni tan siquiera los ojos, las manos van cubiertas por unos guantes blancos, con lo que es imposible establecer quién es quién, Morris y Medina no consiguen averiguar quién de los tres es la mujer, todos tienen la misma estatura, eso no es posible.

—«Estamos aquí reunidos para honrar a nuestros antepasados» —empieza a leer un hombre de unos cincuenta años que se posiciona justo en medio del escenario, delante de las tres víctimas—. Ellas voluntariamente han firmado un contrato de sacrificio con la sociedad. —El

hombre muestra cada uno de los contratos y se gira para mirar a las víctimas—. Ellas entregan su alma para que todos nosotros seamos purificados y bendecidos, haciendo honor a nuestros antepasados, a nuestra Madre y por las criaturas más puras... —Hace una reverencia hacia un murciélago disecado que está sobre una especie de altar—. Ellos nos purifican y nos dan la vida, ellos que tantas vidas han salvado a lo largo de los años y que evidentemente seguirán salvando. —Toma aliento para proseguir—. Ahora nuestros maestros nos honran con su presencia.

Los tres dan un paso hacia adelante, todos al mismo tiempo, parecía que estaban frente a una obra de teatro, levantan las manos hacia el techo, alzan sus cabezas y con una voz distorsionada dicen al mismo tiempo:

—Damos el consentimiento.

El ritual da comienzo.

CAPÍTULO 47

Morris aguanta una arcada, no puede seguir ahí, no puede seguir viendo cómo mueren, se incorpora, se apoya en la pared y con la visión borrosa va palpando el túnel hasta que logra levantarse y llega tambaleándose a la puerta, Medina la sigue de cerca con un sudor frío que le recorre la espalda. Nada más entrar al *búnker* ambos vomitan en un rincón sin poder evitarlo, Morris rompe a llorar sin consuelo, le cuesta respirar, no puede creerse lo que acaba de ver. Medina se acerca, le toca la rodilla y le susurra:

—Tranquila.

—¿Cómo? No hemos logrado nada —contesta ella, pero se queda en silencio al escuchar lo que parecen unos coches acercándose.

Él le acaricia la rodilla para darle aliento. Morris se limpia la cara, se levanta, le mira y sale corriendo, Medina se queda por un momento perplejo sin saber qué hacer, pero al momento la sigue escaleras arriba. Morris corre demasiado rápido, la ve girar la esquina de la casa, la sigue, pero al llegar a la esquina se para en seco al ver los tres coches negros con sus respectivos conductores en la entrada de la casa, si da un paso más lo verán. En ese momento le llega un mensaje:

Estoy en el coche tres, te mando ubicación en tiempo real, espero estar en el coche de él.

Medina parpadea, no entiende nada y lo entiende todo al mismo tiempo.

El corazón le late a mil por hora, y siente que le falta la respiración, debe relajarse, nunca había estado metida en el maletero de un coche, toma aire varias veces y lo suelta lentamente, tal y como hacen en la clase de yoga. Unos pasos interrumpen su «medio meditación».

—Buenas noches, señor —dice el chófer.

—Buenas noches, Gerardo. ¿Qué tal los niños? —escucha que contesta, y el alma de Morris se rompe, esa voz suena casi igual, no es igual, pero es igual al mismo tiempo, no puede ser.

—Todos bien, gracias por preguntar, señor —contesta Gerardo al mismo tiempo que se escucha cómo abre la puerta del coche, Morris nota el peso de alguien al subirse, el coche se tambalea un poco, escucha las pisadas del chófer rodeando el coche, abre la puerta y se mete en la parte del conductor, enciende el motor.

El coche empieza a moverse y ella se apresura a sacar su móvil:

Estoy en el lugar indicado

Morris se siente agotada, todas las emociones le están pasando factura y el maldito traqueteo

del coche le está haciendo que se quede dormida, intenta abrir los ojos, mueve la cabeza, se da palmaditas, pero nada funciona, decide sacar su móvil. No tiene ningún mensaje y se preocupa. Siente que se le cierran los ojos de nuevo, ha pasado más de una hora.

—Que pase buena noche, señor. —Morris se sobresalta, se ha quedado dormida.

—Gracias —contesta sin mucha gana. Escucha cómo los pasos se alejan del coche, una puerta de otro coche se abre y se cierra casi al instante, un coche arranca y se aleja. Se queda en silencio, cautelosa, esperando para poder salir del maletero, ha arriesgado mucho, no puede fallar. Saca su móvil.

—Mierda —dice muy bajito, se ha quedado sin batería.

Espera diez minutos y decide que es hora de salir del coche, por el maletero no puede salir, no hay ningún tipo de ranura para poder meter nada y hacer palanca, debería por seguridad, pero parece que está arrancada, con lo que tiene que meter la mano por el lateral del asiento y tirarlo hacia delante para poder acceder a la parte trasera del coche.

Mira por la ventanilla, todo está en calma y ve que el coche está estacionado en el lateral de una pequeña casa blanca de una sola planta, es una casa sencilla y eso le extraña.

—Vaya, me esperaba algo más...

Se queda en silencio mirando la casa, «tanto poder que tiene la sociedad y ¿vive en una casa de una planta?», se pregunta.

Sale con muchísimo cuidado del coche, reptando por el suelo hasta alcanzar el trozo de césped que hay en la parte de la entrada, se queda bocarriba mirando el cielo estrellado, y espera para ver si hay algún ruido o movimiento, nada. Se da la vuelta y sigue reptando hasta llegar a una de las ventanas principales, se asoma y allí lo ve, de pie, en mitad del salón, con un vaso de algún licor entre sus manos, tan tranquilo, como si nada. Un latigazo le golpea el estómago, es él, pero no es él. Está muy flaco y muy atlético, su cara parece diferente, pero es él. Toma aire, rodea la casa para poder llegar a la parte trasera, sabe que tiene que esperar a los refuerzos, sabe que vienen de camino, pero no puede esperar, tiene que hablar con él a solas, tiene que saber por qué. Toma aire, coge su pistola y entra con mucho cuidado por la parte trasera de la casa, allí se encuentra con la cocina, está en penumbras y de golpe se enciende la luz, él entra con el vaso en la mano.

—Quieto —dice Morris con la pistola en la mano.

—¿Qué...? —balbucea, la mira, abre los ojos de par en par.

—Muy despacio levanta las manos. —La voz de Morris se quiebra, está a punto de llorar. Le tiembla la mano derecha, y se muerde la parte interior del carrillo para evitarlo.

—Cami —susurra el hombre.

—¿Papá? —La voz de Morris ahora suena dura.

—Cami —repite—, estás muy guapa.

—¿Por qué pareces él? Pero sé que no eres él, él murió en mis brazos.

—Lo siento, Cami, es una larga historia.

CAPÍTULO 48

Cinco minutos después de que los tres coches abandonaran el recinto, diez furgonetas de policía y varias ambulancias entran a toda prisa en la finca. De las furgonetas salen policías armados hasta los dientes que van rodeando la casa.

—Señor, a su señal entramos —dice uno de los policías que lidera el grupo.

—Adelante —se escucha a través del *walkie*—. Los quiero a todos vivos.

Medina sale en ese momento de detrás de unos arbustos con la placa en la mano.

—Eeeh, usted, alto —grita uno de los policías poniéndole el arma casi en la cara.

—Soy el inspector Medina, uno de los que dirige la operación, imbécil, ¿no sabes leer? —Le enseña la placa y baja inmediatamente el arma.

—Disculpe, señor, estamos todos un poco nerviosos.

—Lo entiendo, no se preocupe. ¿El comisario ha venido? —quiere saber.

—Sí, él está en el último coche. —Señala la puerta de la entrada de la finca.

—Gracias —contesta y avanza por el lateral con la placa prácticamente en la frente hasta llegar al comisario.

—Medina, ¿se encuentra bien? —Se adelanta al verlo.

—Sí, necesito un coche que sea rápido —solicita.

—¿Dónde está la inspectora Morris? —quiere saber este.

—Se ha metido en uno de los coches, jefe, y...

—¿Qué? —interrumpe el comisario.

—Comisario, uno de los jefazos de esta maldita secta es clavado a su padre —escupe Medina.

—¿Su padre? No puede ser, su padre murió..., su padre quería... Él era... —el comisario balbucea sin entender nada.

—Eso no importa, ella está en peligro, está sola con él ahora mismo y no sé qué puede pasar.

—En este mismo momento debe estar llegando una patrulla —explica el comisario.

—¿A qué se refiere? ¿A dónde? —Medina no entiende nada.

—Uno de los miembros de la secta está infiltrado, trabaja para nosotros y consiguió poner un localizador en cada uno de los coches, en este mismo momento deben estar llegando varios coches de policía para detenerlos.

—Necesito un coche —insiste Medina. El comisario se gira.

—¡Martínez! —Hace señas para que se acerque.

—¿Recuerda que le tengo prohibido que conduzca como si estuviera en un *rally*? —le pregunta el comisario.

—Señor, yo no he... —se excusa.

—Martínez —interrumpe el comisario—, necesito que lleves al inspector Medina a dónde él le diga, como si estuviera en un *rally*.

—Sí, señor, ¿tengo permiso para...? —pregunta con una media sonrisa.

—Disfrute de la oportunidad, no se repetirá —contesta el comisario, al mismo tiempo que por el altavoz de la radio se escucha a uno de los agentes.

—Señor, ¿entramos?

—Ustedes dos, dense prisa, rescaten a Morris sana y salva —coge el *walkie*—. Agente, entren. —Se escucha como los policías entran.

—¡Policía!, al suelo, ¡todo el mundo al suelo! —gritos, golpes...

—Hay unos veinte hombres y, arrinconados en una esquina, hay niños y mujeres.

—Sáquenlos con cuidado, pero no se fíen, puede ser una trampa, son...

—No lo conseguiréis —se escucha una voz de fondo—. Nosotros moriremos por ellos, y él nos purificará—. Un hombre sale de detrás de una puerta con una caja enorme en la mano.

—Señor, suelte esa caja inmediatamente —advierde el agente. Pero el hombre con un movimiento rapidísimo la abre y de allí salen volando una veintena de murciélagos asustados, algunos empiezan a sobrevolar la estancia y otros muchos salen despavoridos por la puerta de la entrada.

—Volad libres —dice el hombre levantando las manos y sacando de la manga lo que parece ser un arma.

—¡Arma! —grita uno de los agentes.

—Suelte el arma —advierde. El hombre no hace caso, se mueve para señalar a los agentes; sin tiempo para hacer nada más, lo abaten hasta quedarse tirado en el suelo. Se escuchan gritos de mujeres, entonces una de ellas se levanta.

—Ayuda, mi hija está abajo —pide con las manos en alto.

—Cállate, mamá —espeta su hijo mirándola con cara de asco.

—¡Cállate tú! —grita la madre mirando a su hijo—. Tú ya no eres mi hijo, te han convertido en un asesino, has sido cómplice del asesinato de tu hermana. —La madre, tiembla de pies a cabeza.

—Señora, por favor, acérquese muy lentamente —pide uno de los agentes.

—¡Traidora! —su hijo escupe las palabras con odio y se lanza directo hacia su madre, un disparo le atraviesa la pierna y lo deja tirado en el suelo.

Su madre hace el intento de ir a rescatar a su hijo, pero se para en seco, se da la vuelta hacia los agentes, vuelve a levantar las manos en alto y camina hacia ellos llorando.

—El infierno os llevará a todos vosotros que aún no habéis sido despertados —balbucea el chico entre gritos de dolor.

—Vayan levantándose uno a uno —pide uno de los agentes a las personas arremolinadas en la esquina—. Todos con las manos en alto, de uno en uno.

Los miembros van levantándose poco a poco, algunos abatidos, otros con miedo en sus ojos y otros sinceramente aliviados, hasta el punto de que, al pasar por el lado de los agentes, les dan las gracias.

El comisario ve salir a Adelina y se lanza corriendo hacia ella.

—Agente, ella es de los nuestros; ¿Irene? —pregunta el comisario.

—Muerta, ¡la han matado! —Se lanza llorando sobre su pecho.

—¿Dónde están? —insiste él.

—En el sótano —contesta la mujer entre lágrimas.

—Agentes, entramos con el plan S, directos al sótano —empieza a gritar hasta tal punto que se le rasga la voz.

Los agentes se ponen unas mascarillas, hacen entrega de otras a los paramédicos y se adentran a toda prisa, bajan las escaleras hasta llegar al sótano, y allí encuentran a las tres mujeres, cada una atada a su palo, cada equipo se lanza a una de ellas, tal y como está programado.

—Tranquila, tengamos fe —susurra el comisario desde fuera de la casa.

—Me he quedado sola en este mundo, Fran.

—No estás sola, ya no estarás sola nunca más —dice mientras la arrulla con cariño entre sus brazos.

—¡Comisario! —se escucha la voz de uno de los agentes.

—Sí —responde él a través del *walkie* con el corazón en un puño.

—El médico dice que está funcionando.

—¿Seguro? —pregunta algo incrédulo el comisario.

—Eso parece, señor, la transfusión parece estar funcionando, pero lamento comunicarle que solo en una de las mujeres —informa—. Las otras dos no reaccionan, señor, lo lamento.

Al comisario le tiemblan las piernas hasta tal punto que tiene que soltar a Adelina y apoyarse en un coche.

—¿Qué sucede, Fran? —quiere saber la mujer.

—Es largo de explicar, pero creo que Irene vivirá.

—¿Qué estás diciendo?

—Que creo que Irene vivirá, Adelina —repite mirándola directamente a los ojos.

—No te entiendo, yo la he visto morir con mis propios ojos.

—Morris visitó a una científica en un psiquiátrico de Barcelona y le entregó unas fórmulas que conjuntamente con la sangre de Morris han sido claves para encontrar un antídoto, Adelina.

—¿Qué antídoto, Fran? La han matado.

—Irene tomó un medicamento esta mañana, se supone que inhibe el ritmo del corazón para que el cuerpo sintetice el veneno que les inoculan a cada víctima antes de cada sacrificio de una forma más lenta. Ahora mismo le están haciendo una transfusión de sangre con el antídoto para que su cuerpo elimine el veneno.

—Oooh, estoy en un sueño... Tantos años... tanto sufrimiento.... —Las palabras de Adelina son interrumpidas por los gritos de su hijo.

—Traidores, sois unos traidores, tú... —Mira a los ojos de su madre, ella estoicamente le mantiene la mirada—. Guarda tu espalda, traidora.

—Lléveselo —ordena el comisario interponiéndose delante, se gira para mirarla—. Tenemos pruebas suficientes para que se pudra en la cárcel, tranquila.

—Jamás viviré tranquila.

—Señor —un agente se acerca corriendo—, ella no deja de preguntar por usted, no podemos moverla por el momento hasta que se estabilice.

—¿Te ves con fuerzas? —pregunta el comisario. Adelina asiente con la cabeza. Siguen al agente hasta el sótano y allí, nada más entrar, ven dos sábanas blancas cubriendo los cuerpos de las fallecidas, y en mitad del escenario está Irene rodeada de paramédicos con los ojos abiertos.

—¡Hija! —solloza Adelina, avanza hasta el cuerpo de su hija, se agacha, la coge de la mano, Irene se gira para mirar a su madre y sonríe.

—Señora, se recuperará, la toxina se está eliminando —le explica el paramédico.

—Mamá, ¿lo hemos logrado? —pregunta Irene apretando la mano de su madre.

—Parece que sí, hija mía —miente, pues no sabe si lo han logrado, todavía es muy pronto para eso—. Estoy muy orgullosa de ti, cariño mío.

CAPÍTULO 49

Argentina 1931

—Pedro, cariño, despierta —susurra Luisa.

—¿Mami?

—Cariño, tenemos que irnos.

—¿A dónde, mami? —El niño se restriega los ojos.

—¿Recuerdas el viaje juntos que te dije que íbamos a realizar? —El niño asiente—. Pues es ahora.

—¿Y mi hermano? ¿Y papá?

—Hijo. —La madre se agacha para quedar justo a la altura de los ojos del pequeño Pedro—. Tu padre nos está esperando fuera, nos llevará hasta un autobús, pero él debe quedarse aquí.

—No lo entiendo, yo quiero que venga con nosotros.

—Pedro, debemos irnos, cariño, está amaneciendo. —La madre tira del niño para que se levante y le entrega una muda limpia.

—¿Y él? —Señala la cama de su hermano que está vacía.

—Hoy se ha quedado a dormir en el campamento, para él ya es tarde, cariño; sin embargo, vos... —los ojos de Luisa se llenan de lágrimas— tenés un alma noble, mi niño, y, aunque sos fuerte, no sobrevivirías en este mundo al que pertenecemos, y debemos....

—¿Nos marchamos lejos, madre? —Ella lo mira y asiente limpiándole la cara. El niño sonríe—. No llorés, mamá, yo cuidaré de vos.

—Luisa, daos prisa —susurra el padre de Pedro desde la puerta. Madre e hijo salen a su encuentro.

—Hijo, me despido de vos ahora y para siempre. Haz que me sienta orgulloso de vos y cuida de mamá, ¿me lo prometés?

—Te lo prometo, papá. —Ambos se abrazan, ahora sí sabiendo que jamás volverán a encontrarse.

—Luisa, amor mío, siento tanto que... Siento que... —Las palabras se cortan en su garganta, se niegan a salir, hay tanto dolor, hay tanto sufrimiento.

—No hablés, él se va a salvar, uno de nuestros hijos se va a salvar. Por favor, cuidá de Juan y Héctor, intenta que..., intenta que no...

—Lo sé, Luisa, lo sé... —Se dan ese último beso en los labios, ese beso que tantas y tantas veces Luisa recordará—. Tomá los pasaportes españoles, ahora serán Luisa y Pedro Morris.

CAPÍTULO 50

—Cami, ¿puedes bajar el arma? —pide él.

—No —replica mirándolo ferozmente.

—Me llamo Pedro, pero no soy tu padre —él habla pausadamente.

—Pero cómo... Tú... eres igual.

—Mírame bien. —Él se queda mirándola, ella lo escudriña con la mirada—. Dicen que de tal palo tal astilla —sonríe de oreja a oreja.

—¿Tú eres...? —Se queda en silencio porque realmente ella ya no sabe quién era su padre. Se siente dañada, engañada, traicionada e incluso ultrajada.

—Sentémonos, Cami, ya tengo una edad, te lo contaré todo; creo que ya ha llegado la hora.

—No. —Ella no se fía, pero la pierna le está empezando a fallar y sin duda va a estar mejor sentada. Finalmente, coge una silla, la coloca pegada a la pared y se sienta.

—¡Tú, ahí! —Le señala una de las sillas que hay en la cocina.

—Sigues siendo muy inteligente.

—Habla.

—Además de impaciente, ¡me gusta! —sonríe de medio lado y a Camila le da un vuelco el corazón, porque ese hombre, que es la pura imagen de su padre, también tiene el mismo hoyuelo cuando sonríe.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por el principio: ¿quién eres? —espetea ella.

—Ese no es el principio —la vacila él. Ella respira profundamente y traga saliva.

—No estoy para juegos —advierte Morris.

—Está bien, está bien —vuelve a sonreír mofándose—. Perdona, es solo que he imaginado tantas veces este momento, que ahora... No sé ni por dónde empezar. Pero creo que haré caso al consejo de padre y te lo diré de golpe. —Morris entrecierra los ojos—. Soy tu hermano.

—No te creo —suelta con rabia ella.

—Si me dejas levantarme, te lo demostraré. —Hace el ademán de incorporarse y Morris se levanta, avanza hacia él en una zancada y lo encañona.

—Ni se te ocurra levantarte, me importa una puta mierda que me digas que eres mi hermano, mi primo, mi tío o el mismísimo rey de Roma, eres un asesino y ya me tienes harta: ¡al suelo! —ordena.

—Primero déjame que te haga entrega de una cosa.

—¡Al suelo!

—Cami, por favor, escúchame, ¿no quieres saber la verdad?, déjame que te entregue un paquete que me dio nuestro padre, me hizo jurar que encontraría el momento para entregártelo y...

—No quiero nada de mi padre, ya no sé ni quién es.

—La caja fuerte está detrás de ese cuadro. —Señala un cuadro de flores que hay sobre el sofá—. La clave es 55515.

—¡Al suelo! —vuelve a gritar Morris, está temblando de rabia.

—Padre nació con un hermano gemelo —empieza a relatar su hermano sin hacer caso a sus

órdenes—. Camila, venimos de la sangre de los altísimos, nuestro padre era descendiente directo de los fundadores de La Vita Per Tre, es nuestro legado; sin embargo, él no quería formar parte de nada, de pequeño se rebelaba contra las normas impuestas por la sociedad, no quería estar en el campamento; me contó que una vez dejó escapar a todas las ratas de uno de los laboratorios porque le daban pena: tuvo suerte de ser hijo de quien era, si hubiera sido hijo de un simple miembro... —Se la quedó mirando, Morris abrió los ojos—. Sí, hubiera sufrido un accidente. Su hermano, por el contrario, era su opuesto, no le temblaba el pulso a la hora de matar animales, sentía la sangre por encima de cualquier cosa, disfrutaba con los chillidos de los animales y...

—Continúa, por favor.

—Su hermano lo intentó matar, alegó que si no sentía la sangre no era merecedor de ser miembro y que debía morir: cogió un cuchillo y se lanzó directo a apuñalarlo, pero el abuelo llegó a tiempo. Llegados a ese punto, no había vuelta atrás, y tomaron la única decisión posible: separarlos. El abuelo les creó a él y a la abuela una nueva identidad y viajaron a España, se supone que lejos de La Vita Per Tre.

—No lo entiendo, yo... Él...

—Imagino que en el paquete que te dejó te lo explica todo, pero lo cierto es que, una vez entras, no puedes salir, Cami, y por muchos esfuerzos que los abuelos hicieron para alejarlo de la sociedad, el destino, la vida o como quieras llamarlo lo volvieron a reunir.

—En la guerra —confirma Morris.

—Exacto.

—Puedes entrar, pero no puedes salir —susurra Morris.

—Yo he entregado toda mi vida a la sociedad, Camila, estoy cansado de luchar solo —se sincera y se la queda mirando.

—¿Por qué lo haces? —pregunta ella.

—Porque es lo único que conozco, es mi vida, soy el líder de ellos, soy el pilar, sin mí esto se derrumba como un castillo de naipes. Padre quiso sacarme, pero para mí ya no había otro camino, pero tú... —Aprieta los labios, para reprimir el sentimiento.

—¿Mi padre te pidió que me protegieras?

—Un año antes de morir me entregó un paquete para ti, me hizo jurar, con sangre —levanta la mano y señala una cruz en la muñeca—, que te lo entregaría y que te protegería de la sociedad.

—No lo entiendo.

—Por favor, déjame que te entregue el paquete antes de que llegue la policía: si tú estás aquí, ellos deberán estar al caer.

Morris se lo queda mirando: «¿cómo es posible que dos personas se parezcan tanto...?, incluso el tono de voz era prácticamente el mismo».

—Está bien.

Pedro se levanta, pero Morris niega con la cabeza.

—Siéntate —ordena. Él obedece sin rechistar. Ella avanza de espaldas, sin perder de vista a su hermano, hasta llegar al cuadro de la pared, lo quita y pone la clave, siempre de medio lado para no perder visión sobre el detenido que la mira expectante. Al abrir la caja fuerte se encuentra con una pila de billetes de quinientos euros y a la izquierda una caja de color fucsia en la que pone «Camila».

—Te quería mucho, Cami.

—Me mintió toda la vida. —Lo mira atravesándolo con la mirada.

—Déjame ir, Cami; yo los tengo controlados.

—Vas a pagar por todo lo que has hecho. —Morris cierra la caja fuerte, coloca bien el cuadro y

se sienta en la misma silla de antes, se lo queda mirando, retándolo con la mirada.

—Debes entender que...

—Debo entender que eres uno de los responsables de asesinatos a gran escala por todo el globo terráqueo.

—Hemos nacido para esto —contesta naturalmente; a lo lejos se escucha una sirena que se acerca.

—Y mi cometido es acabar con esta puta locura —dice Morris levantándose de la silla—. Al suelo.

—No traiciones a tu sangre, Cami, estás a tiempo; con tu inteligencia podrías sustituirme y llegar a ser la «Madre».

—Cállate.

—Cami...

—Inspectora Morris —espetea ella apretando los dientes. Él la mira y sonríe.

—En el fondo de tu ser sabes que eres una de nosotros.

—¡Al suelo! —grita colérica.

—Me encerraréis a mí, pero no lograréis acabar con la sociedad —dice con una sonrisa en su cara—. Os hemos dejado hacer. —Levanta una ceja triunfante.

—Mientes —dice al mismo tiempo que se escucha como un coche derrapa y frena en la entrada. Juan se tumba en el suelo boca abajo y en ese momento se abre la puerta de la entrada.

—¡Morris! —grita Medina.

—Aquí en la cocina. —Sigue con la pistola en alto apuntando a su hermano, la tiene tan apretada que parece que la quiere triturar con la mano.

—¡Espósalos! —ordena Medina al agente que lo acompaña. Medina se acerca a Morris, le baja con cuidado la pistola y se la quita; ella parpadea, su cuerpo está totalmente rígido, no puede apartar la mirada de ese hombre.

—Ya está, Cami, ya está; mírame —pide cariñosamente su compañero, ella se gira y al verlo no aguanta más y se desploma en sus brazos.

CAPÍTULO 51

Un mes más tarde

—Ha salido en todos los periódicos, jefe. —Medina le muestra la *tablet* con varios periódicos digitales de diferentes partes del mundo.

«Desmanteladas tres de las sedes más importantes de una secta satánica que se dedicaba a asesinar mujeres alegando la purificación de los miembros, sus sedes principales estaban en Argentina, Italia y España. Las tres sedes fueron intervenidas por la policía de los respectivos países la noche del 23 de septiembre en un operativo muy bien organizado».

«Dos de los tres líderes de esta secta han sido detenidos y se encuentran bajo arresto a la espera de que el juez dictamine la sentencia; sin embargo, la tercera líder, se encuentra actualmente en paradero desconocido».

«Fuentes cercanas a la policía aseguran que esta red de asesinatos lleva vigente desde principios del año 1800, cuando fue creada por un conde italiano y sus hijos. ¿Cómo es posible que haya estado bajo la sombra durante todos estos años? ¿Cómo es posible que nadie diera la voz de alarma? Muchas preguntas quedan todavía por resolver en torno a esta secta satánica».

—Quedan muchos meses de arduo trabajo por delante —contesta el comisario Gutiérrez caminando por la orilla de la playa que hay a cien metros de su casa.

—Han caído ya cinco sedes en todo el mundo, esto es una puta locura.

—Sí, pero los miembros tienen miedo, Gabriel.

—¿A qué se refiere?

—A que no hablarán.

—¿Por qué?

—Todos hemos recibido un correo electrónico.

—¿Un correo de la sociedad? —pregunta Gabi, el comisario asiente con las manos metidas en los bolsillos.

—Piden calma, aseguran que lo que la prensa está contando es mentira, que debemos mantener la calma y seguir confiando en la sociedad.

—¿Cómo van a negar lo que se acaba de demostrar?

—En las declaraciones de Juan Morales asegura que él era ajeno a esos sacrificios, él asegura que jamás estuvo allí y ...

—Pero si Morris se metió en su coche y ...

—Lo niega, asegura que él pasó toda la tarde en su casa, las cámaras de seguridad así lo demuestran.

—¡No me jodas! —Se para en seco—. ¿Me está diciendo que se va a ir de rositas?

—No, ni mucho menos, será juzgado por extorsionar, estafar y apropiarse de bienes e inmuebles de otras personas, pero sus abogados ya están preparando una declaración culpando a Luca.

—¿A Luca?

—Sí, él asegura que le dio potestad absoluta para hacer y deshacer y fue el mismo Luca el que firmó esos documentos.

—Vamos, no me jodas.

—Además, uno de sus abogados asegura que su cliente no estaba al tanto de las atrocidades que se hacían en sus sedes, inculpa directamente a su socia Adriana.

—Claro, qué casualidad que inculpa justo a la que está desaparecida.

—Gabriel, no los subestimes, llevan más de ciento cincuenta años en este negocio, saben muy bien lo que hacen.

—¿Cree que todo ha sido una trampa?

—No lo sé, Gabriel, pero esta mañana ha aparecido muerto en su celda Antony.

—No.

—Le asestaron tres puñaladas y se ahogó en su propia sangre.

—Juan Morales asegura que su única finalidad ha sido, es y será seguir el legado de sus antepasados.

—¿Asesinar mujeres?

—Curar gracias a la saliva de los murciélagos, Gabriel, y se va a aferrar a eso como un clavo.

—Ya, claro —espeta el inspector cabreado.

—En parte, es cierto.

—No entiendo, ¿cómo que es cierto?

—Gabriel —suspira el comisario, se para y lo mira—, no todos los miembros están al tanto de los sacrificios.

—¿Qué? Pero no entiendo...

—A medida que la sociedad fue teniendo adeptos y creciendo, se dieron cuenta de que necesitarían cada vez más dinero para poder seguir investigando, más propiedades, en fin, unas bases para mantenerse y seguir con el objetivo principal que era y es investigar la saliva de los murciélagos. —Medina está blanco—. Con lo que decidieron dividir la sociedad en dos, una parte más pura en la que solamente los herederos directos y los más devotos serían los encargados de hacer los sacrificios y proseguir con ese ritual; y otra parte que estaría compuesta por abogados, políticos, grandes personalidades para captar fondos y poder mantener ambas partes de la sociedad.

—Hostia puta, jefe.

—Lo sé, por eso era tan importante mantener en secreto toda la operación.

—Pero, no entiendo entonces lo del miedo, y que nadie se pudiera salir de la sociedad.

—Como te digo, solo una parte muy pequeña era consciente de los sacrificios, eran los elegidos, los puros, como ellos los llamaban, y era imprescindible mantenernos a raya para evitar que se filtrase nada.

—Pero, ustedes se querían salir y...

—Nosotros éramos miembros desde que nacimos por nuestros antepasados, por sangre.

—¿Se sabe quién envió el correo entonces?

—No lo sabemos, no tenía firma, además el correo era de una sola lectura. Una vez lo leímos desapareció.

—Siempre dejan rastro, jefe.

—Ya lo he investigado con Jorge, es un correo que estaba programado, y no ha dejado rastro.

—Estaban preparados.

—Como siempre, ellos van por delante, Gabriel.

—Pero se ha detenido a los principales mandatarios de la sociedad, se han desmantelado sus instalaciones, hay millones de pruebas de estafas, robos y apropiación indebida de propiedades.

—Sí, pero niegan en rotundo que sean una secta satánica, y no hay ni una sola prueba de eso.

—¿Ni una? ¿Y las tres víctimas?

—Alegan que no tienen nada que ver, que los que hicieron eso utilizaron el nombre de la sociedad para realizarlo.

—¿Y los miembros? No entiendo por qué no podemos interrogarlos jefe, Morris y yo estamos desde el principio y seguramente vemos cosas que...

—Gabriel, ya habéis hecho más que suficiente. Además, Camila necesita desconectar de todo esto, es mucha información.

Medina se queda un rato cabizbajo.

—¿Te acuerdas de Laura? —pregunta el comisario.

—¿Laura Mendieta?

—Ajá. —El comisario sigue caminando, Gabriel lo sigue—. Ella trabajaba para nosotros. —Gabriel se gira—. Sí, la captamos cuando nos dimos cuenta de lo que era capaz de hacer.

—Joder.

—No estoy orgulloso, me siento culpable, en cierta manera firmé su sentencia de muerte. Durante la investigación ella se topó con unos documentos que no debería haber encontrado, te digo que era la mejor en su campo, ellos se enteraron y la hicieron desaparecer con todas las pruebas.

—Joder, cuando se entere Morris...—dice Medina alzando las cejas.

—Ella encontró fotos, documentos, falsificaciones de defunciones, encontró una mina de oro, con eso hubiéramos hecho estallar la sociedad en mil pedazos.

—Y con pruebas —recalca Medina.

—Correcto, y con pruebas, pero desaparecieron todas junto con Laura.

Ambos se quedan en silencio por largo rato, Gabriel intentando procesar toda la información recibida y Gutiérrez simplemente intentando no pensar.

—¿Ha hablado con ella estos días? —pregunta de golpe el comisario.

—¿Con quién?

—Con Morris.

—Ah, sí —sonríe.

—¿Cómo se encuentra?

—Está tranquila, pero tiene que guardar reposo. Han sido muchas emociones de golpe.

—Demasiadas —asegura Gutiérrez.

CAPÍTULO 52

Finales de octubre

—Amor, ¿quieres una infusión o algo? —grita Álex desde la cocina. Se han instalado en la pequeña casa de verano que Álex tiene dentro de «Reserva animal», él la solía usar en periodos estivales, o para cuando necesitaba tiempo para cuidar día y noche a algún animal rescatado. Y ahora la usan para alejarse de todo.

Allí dentro se sienten seguros, en paz, a salvo, en casa.

—Un café —pide y sonríe al escuchar los pasos apresurados de Álex.

—Amor, un café te va a alterar más y debes guardar reposo. —Morris pone los ojos en blanco.

—Vale, descafeinado, es peor si estoy con ansia, lo dijo el médico.

Álex se acerca a la cama, le da un largo y cariñoso beso en los labios, baja por el pecho hasta quedarse en la barriga, levanta la camiseta y le planta un beso sonoro, la mira y ambos sonríen.

—Le vamos a dar todo el amor y más —asegura Álex aspirando el aroma de la piel de ella que tanto le gusta.

—Les vamos —corrige Morris.

—Duerme y descansa mucho durante estos meses, amor, vamos a necesitar mucha fuerza.

CAPÍTULO 53

Algún lugar de Italia 1760

Francesco está en su lugar secreto preparando varios saquitos de hierbas que le ha solicitado su madre, ella es curandera y está enseñándole todo lo que sabe a su hijo, pero lo guardan en secreto, ya que su marido se niega a que un hombre sea curandero y muchísimo menos que ese hombre sea su hijo. Sin embargo, Francesco ha sentido la llamada, como le dice su madre, desde bien pequeño, le apasiona saber qué plantas pueden sanar, de qué manera hay que cocerlas para que ejerzan un efecto u otro y le llena de orgullo cada vez que ayudan a alguna persona a curarse. Con lo que desde hace dos años se ha montado una especie de botica en mitad del bosque, dentro de una cueva.

Él acude casi todos los días a su refugio de paz, unas veces para poner a secar plantas, y otras veces para cocerlas, como en el caso de hoy, que va camino a su cueva para cocer unas raíces de valeriana para hacer una bebida calmante porque una de las vecinas del pueblo sufre de pesadillas. A ojos de su padre iba a cazar para poder vender las piezas en el mercado.

Pero ni él mismo era consciente de lo que su pasión por aprender y ayudar a los demás haría, no solo como curandero, ya que llegaría a ser un auténtico visionario.

Todo esto comenzó hace un año en una noche lluviosa, cuando su hermana estaba muy enferma, tenía una tos terrible y no había manera de bajarle la fiebre, con las indicaciones de su madre se escabulló de la casa familiar para llegar hasta su cueva y traerle a su madre unas flores de color lila llamadas «*fiori di issopo*», que habían recolectado la primavera pasada.

Corría bajo la lluvia como si le fuera la vida en ello, y en parte era así porque su hermana llevaba ya una semana enferma y nada le bajaba la fiebre. Al llegar a su cueva secreta se encontró un murciélago pequeñito justo en la puerta, se quedó parado mirándolo y recordó las palabras de su padre.

«—*Son ratas voladoras, hijo, no te acerques a ellas.*»

Pero a él no le parecía que fuera una rata, le parecía más bien un pequeño pájaro indefenso, se acercó a él y lo cogió cuidadosamente con las manos, el animal soltó un chillido que a Francesco se le metió en el interior de los tímpanos, pero lejos de lanzar al animal al suelo lo atrajo hacia sí y lo acurrucó contra su pecho y entró a la cueva. Lo envolvió en un trapo y lo metió en una caja para que estuviera caliente y se fue de allí con un saco de las flores que su madre le había pedido.

—Hijo, por fin has llegado —lo regañó su madre que estaba sudando.

—¿Cómo está?

—Sigue igual. —Su madre abrió el saco, extrajo un buen puñado de flores y las puso en un mortero—. Toma, haz un ungüento para ponerle una cataplasma en la frente, yo haré la infusión.

—Madre —su madre ni le contestó, estaba enfrascada en atizarle bien al fuego para que el agua hirviera más—, ¿qué opinas de los murciélagos?

—¿De qué hablas, Francesco?

—Padre dice que son animales del diablo, pero yo creo que... —Su madre se acerca para ver

si el ungüento está ya listo, chista con la lengua y le quita el mortero.

—Tienes que voltear la base de la mano del mortero, hijo, para que saque todo su jugo, mira así. —Su madre le muestra cómo gira su muñeca haciendo presión contra las flores.

—Se lo pongo en la frente, ¿verdad? —quiere saber, su madre asiente con la cabeza y se aleja con pasos cortos, pero rápidos para ver como va la infusión.

Francesco se acerca a su hermana, le pone con mucho cariño la pasta que ha sacado del mortero sobre la frente, su hermana al notar el frío se remueve con un gruñido, pero sigue con los ojos cerrados.

—Incorpórala un poco —ordena su madre. Francesco se mete detrás del catre de su hermana y apoya el cuerpo de su hermana contra su pecho, le sujeta la cabeza con cariño y con una mano, le entreabre la boca. Su madre unta un trapo con la infusión que tiene en el cuenco y se lo acerca hasta los labios de su hija, aprieta el trapo y un pequeño reguero de gotas cae sobre su boca, ella va tragando poco a poco.

Pasan así toda la noche, entre ungüentos, infusiones y rezos, muchos rezos, porque su padre se ha pasado la noche en vela al lado de su hija pidiéndole a su Dios que la salve.

Al día siguiente, gracias a Dios o a los esfuerzos de la madre de Francesco y del propio Francesco, Margherita abre los ojos y tose levemente.

—Ooh, hija mía. —Su madre se lanza sobre su hija, le retira el último ungüento que le habían puesto y le seca con cariño la frente, posa sus labios sobre la frente de ella y respira aliviada, la fiebre ha bajado.

—Padre —susurró Francesco—, ha despertado.

—Gracias a Dios —dijo levantándose de golpe.

Francesco sale a hurtadillas de la casa, tiene la necesidad de ir a ver si su pequeño amigo también ha conseguido sobrevivir esa noche.

Su sorpresa fue muy grata al llegar y ver que seguía vivo, se acercó hasta una de las estanterías improvisadas y sacó varias lombrices, se las colocó al lado para que se alimentara, pero el murciélago ni se inmutó. Algo en su interior le hace pensar que quizás es demasiado bebé, como cuando las crías de pájaros se caen de los nidos, con lo que sale al exterior de la cueva para buscar algún nido y poder devolverlo a su lugar, pero tras más de una hora inspeccionando la zona no es capaz de encontrar nada desde donde se haya podido caer el animal.

Un rato después decide adentrarse por uno de los túneles que hay en la cueva, no era la primera vez que se había adentrado, pero jamás había encontrado nada, aunque hay que decir que recorría escasos veinte metros y se daba la vuelta, en esta ocasión sería diferente porque ahora tenía un objetivo.

Según su padre, los murciélagos dormían colgados del techo, con lo que si su teoría era correcta tendrían sus nidos en el propio techo de la cueva.

Al adentrarse en la cueva y tras atravesar varios pasillos en los que solamente era capaz de pasar si se ponía de lado, se encuentra en una especie de caverna muy amplia, en una esquina y un grupo bastante grande de murciélagos que están colgados del techo.

Francesco se quedó paralizado, no sentía miedo, más bien tenía curiosidad. Sacó al pequeño murciélago que había encontrado y este se le aferró al dedo y empezó a succionar como si estuviera mamando.

—Eeeh —exclama Francesco cogiéndolo y apartándolo de su dedo, le ha dejado dos pequeñas marcas, en ese momento en el techo varios de ellos se inquietan.

Unos meses después su padre se quedó en estado catatónico, no sabían muy bien lo que le había pasado, pero había empezado la semana con mucha fiebre, luego empezó a hablar raro y ahora se ha quedado como «ido», su madre no sabe qué hacer, jamás se había encontrado con un caso similar.

—Madre, ¿qué hacemos? —quiere saber Francesco.

—No lo sé, hijo, no lo sé.

—Algo hay que hacer madre.

—Cuando era pequeña —su madre pasea de un lado hacia el otro de la casa moviendo los brazos enérgicamente—, recuerdo que al pueblo llegó un curandero. Una chica estaba con unas fiebres muy altas y le llenó el cuerpo de sanguijuelas, el cura del pueblo puso el grito en el cielo porque decía que eso eran cosas del diablo, pero la madre de la criatura se negó en rotundo a quitárselas y la niña milagrosamente se recuperó.

—¿Dónde podemos encontrar sanguijuelas?

—En los ríos, pero no tengo ni la más mínima idea, ni de cómo se capturan, ni de cuánto tiempo tienen que estar chupando la sangre.

—¿Chupando la sangre? —Francesco se queda parado mirando a su madre.

—Sí, la sanguijuela chupa la sangre y.... —Francesco no deja acabar de hablar a su madre y sale a toda prisa de la casa.

Llega a su cueva, enciende una vela y baja hasta la caverna de los murciélagos, toma aire porque llega casi sin respiración y el corazón le va a mil por hora. Deja la vela sobre una piedra alta que hay y se dirige hacia un rincón en el que se arremolinan un grupo de murciélagos bebés.

En los últimos meses, había descubierto que estos animales, que para su padre eran animales del mismísimo diablo, en realidad eran animalitos más inteligentes de lo que se había imaginado, incluso había en ocasiones que había llegado a pensar que lo entendían.

Coge con mucho cariño a tres de los murciélagos y los mete en una cajita que ha traído. Y vuelve a toda prisa con ellos a su casa.

—¡Madre! —Se sienta de golpe en una de las sillas de madera, está totalmente empapado en sudor y le tiemblan las manos de los nervios.

—¿Qué sucede? —quiere saber ella—. ¿Qué traes ahí? —La madre abre la caja, los murciélagos chillan y la madre da un salto hacia atrás gritando —. ¿Te has vuelto loco?, ¡saca eso de aquí ahora mismo!

—Madre, espere, déjeme intentar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Las sanguijuelas curan chupando la sangre, ¿no es así? —su madre lo mira sin decir palabra —, ¿no? —insiste.

—¿A dónde quieres llegar? —Se cruza de brazos.

Francesco mete la mano dentro de la caja, saca a uno de los murciélagos y se lo acerca al cuello, lo acaricia y le susurra:

—Ya está, está todo bien.

—Llévate esos bichos de aquí inmediatamente, te has vuelto loco.

—Madre, por favor, seguramente si esa madre hubiera hecho caso al cura, su hija no se habría salvado.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque las sanguijuelas.... son...

—Son babosas gigantes que se clavan en tu piel y te succionan sangre, ¿qué diferencia hay?

—Esos bichos te pueden atacar y...

—Madre, son bebés.

—Y mira cómo chillan —dice al volver a escuchar ese sonido tan fino que se te clava en el alma.

—Solamente tienen hambre, y tú no sabes cómo curar a padre. —La madre lo mira—. Por favor.

—¿Qué tienes en mente? —cede.

—¿Dónde se suelen poner las sanguijuelas?

—En el cuello y en los brazos.

Francesco se acerca a su padre, le levanta la manga y deja al descubierto parte del brazo, le hace un pequeño corte con un cuchillo que lleva y pone al murciélago sobre el corte, este se agarra al hilo de sangre como si no hubiera un mañana. Su madre lo observa desde detrás.

Repite la operación con los otros dos murciélagos y los deja allí hasta que se quedan dormidos tras saciarse de sangre.

—¿No se infectarán las heridas por su saliva? —quiere saber la madre limpiando la zona donde habían estado.

—No lo sé, madre, no lo sé.

EPÍLOGO

Adriana está en albornoz leyendo los periódicos de España, Italia, Francia, mientras toma café en la suite de la Malvina House, un lujoso hotel situado frente a una playa paradisíaca, cuando suena el teléfono.

—Buenos días.

—¿Dónde estás, Adriana? —dice una voz de mujer al otro lado de la línea.

—En algún lugar.

—¿Qué quieres que haga?

—No puedes hacer nada, esto se ha acabado, Natalia.

—No, no te puedes rendir, debemos seguir con el legado, debemos...

—Natalia —la interrumpe Adriana mirando por la ventana—, esto es el fin, esta maldita sociedad y sus normas, nunca hemos sido entendidos, nos ven como bichos raros.

—Pero no lo somos, Adriana, nosotros somos los elegidos para cambiar el mundo.

—¿Y de qué ha servido? Eh, dime; los jóvenes cada vez son más lujuriosos, los ladrones ya no ocultan su rostro, ¿qué es lo que hemos conseguido? Todo lo contrario, a lo que el «Padre» nos dejó escrito en El Sagrado Libro.

—Perseverancia, Adriana, recuerda: perseverancia, trabajo y lealtad.

—Yo soy ya demasiado vieja, Natalia, no me quedan fuerzas.

—No podremos levantar el imperio sin ti.

—¿Qué imperio, Natalia? ¿Te estás escuchando?

—Las semillas siguen ahí, esto es solo un traspies.

—Han desmantelado todas las sucursales, todas —solloza—. La prensa nos pinta como una secta satánica, ¡por Dios Bendito! —vocifera.

—Con respecto a eso has de saber una cosa.

—Dime.

—Hemos averiguado la estrategia a seguir de los abogados de Juan.

—Y...

—Te culpará a ti de los sacrificios.

—¿Qué? Maldito hijo de puta.

—Lo siento, por eso debes seguir oculta, en la sombra, pero necesitamos un líder, Adriana, por favor, te lo suplico.

—No puedo, de verdad que no puedo.

—Quién mejor que tú.

—Yo sola no puedo, Natalia.

—No estarás sola.

—Me consta que muchos de los miembros abandonarán nuestras filas... Y no les culpo.

—Adriana, por favor.

—Natalia, se ha acabado. —Cuelga el teléfono sin dejar opción de respuesta.

—Preciosa, ¿todo bien?

—Sí, era Díaz, quiere que lidere La Vita Per Tre.

—¿Y qué vas a hacer?

—Por primera vez en sesenta y tres años voy a vivir mi vida; desde que nací he vivido por y para la sociedad.



Han pasado tres meses y Juan está sentado en la silla metálica de su celda, está leyendo tranquilamente, lleva allí escasamente dos semanas y apenas sale de su cubículo ni se relaciona con el resto de los presos.

Sus abogados han pactado una entrada provisional por estafa, el abogado de la acusación alega que Luca actuaba bajo sus órdenes y hay varios documentos con su rúbrica, que así lo acreditan, con lo que la defensa de Juan tuvo que agachar la cabeza y aceptar la entrada en prisión.

Sin embargo, de lo referente a los asesinatos de la noche de los sacrificios, no encontraron ningún hallazgo en el que a él se le vinculase con dichos rituales macabros, los miembros de la sociedad se han dado de baja y se han desmantelado todas sus sedes.

Él sigue acusando a Adriana de estos rituales macabros, y ella sigue desaparecida, cosa que le favorece porque indirectamente le otorga la verdad.

—Juan, es hora de salir al patio.

—No me apetece —contesta sin levantar la vista del libro.

—Me suda los cojones que no te apetezca, ¡levanta! —grita dando un golpe con la porra sobre el catre. Juan aprieta los dientes de rabia.

—No tienes ni idea de quién soy. —Cierra el libro, se levanta y se acerca al funcionario.

—Aquí eres uno más. —Lo agarra del brazo y lo empuja hacia afuera—. Tira, no me hagas perder el tiempo, yo solo cumplo órdenes.

—Según mis abogados puedo elegir quedarme en mi celda, y así lo elijo. —Juan intenta zafarse del brazo del funcionario, pero este es mucho más joven y fuerte que él.

—Te repito que me suda los cojones.

Caminan por un largo pasillo con pequeñas ventanas a la derecha hasta que llegan a la puerta que da acceso al patio, el suelo es de cemento. A Juan le recuerda a su infancia, a su escuela en Argentina, por las porterías que hay a cada extremo del patio, con la única diferencia que el suelo del patio de su escuela era de tierra.

Un grupo de presos están jugando al fútbol, a lo largo de la cancha hay presos sentados animando a los que están jugando, otros haciendo abdominales y otros simplemente fumando.

Está empezando a oscurecer y a Juan le da algo de frío.

—¡Ale! —Le empuja el funcionario hacia el exterior—. Sal a hacer amigos.

Juan trastabilla y se cae de cabeza, varios presos lo miran, pero no hacen nada, otros se ríen.

Se toca la cara y nota que se ha hecho una brecha en la frente.

—Hijo de puta —masculla.

Se levanta, se sacude instintivamente la ropa, y busca con la mirada un lugar para sentarse, estar alejado, no quiere hacer amigos, no quiere tener relación con nadie de allí. Confía en que sus abogados lo saquen en unos meses, ha pagado una fortuna para ello, solo tiene que mantener un perfil bajo y esperar a que pasen los meses.

Se acerca a una mesa de cemento que hay en una esquina; al verle acercarse, los presos que hay cerca se alejan de él, Juan los mira extrañado, pero sus abogados ya le han advertido de los

grupitos que se crean en las cárceles.

Se sienta, entrecruza las manos y agacha la cabeza pensando en sus cosas, en su vida, en su pasado, en su madre, se acuerda de su madre y como consecuencia de su padre, del que le crió hasta convertirle en lo que es hoy, y de su padre biológico. Se siente mal, su vida ha sido una vida solitaria, de poder y lujos en muchos momentos, pero solitaria, al fin y al cabo.

Unos gritos a su derecha le sacan de su ensoñación, gira la cabeza y ve que varios presos empiezan a discutir entre ellos y se empujan, un segundo después se arma la de Dios y todos luchan contra todos y sin poder evitarlo se le vienen encima, le golpean, le tiran al suelo y una punzada en la nuca le hace brincar.

—¡Auch! —Y tal como lo dice, sus músculos se quedan rígidos, escucha un silbido de fondo y todos a su alrededor desaparecen sin hacer ruido.

No se puede mover, el silencio reina a su alrededor, está tirado en el suelo de lado, con la boca medio abierta, lo único que atisba a ver es el suelo de cemento y las mesas del final del patio.

Unos minutos después escucha cómo unos pasos se aproximan a él.

—Míralo, ahí tan indefenso —dice una voz masculina con rabia.

—Ahora sabrá lo que se siente. —Una voz de mujer suena ahora.

Eso no puede ser, piensa Juan, porque en esa cárcel no hay ni una sola mujer, y entonces el pulso se le acelera, no entiende qué es lo que está pasando, y no está acostumbrado a no tener el control.

—Me gustaría poder atarte a un poste, maldito hijo de la gran puta —susurra una tercera voz que reconoce al instante—, pero nos tendremos que conformar con esto, querido Juan.

—Toma, ponte esto en la nariz —dice la voz masculina.

—Por mi hija —masculla la mujer—, por todas y cada una de las mujeres que has ordenado matar, por todos y cada uno de los niños que has traumatizado, instruido y obligado a matar.

—Por un mundo mejor, ahora vas a ser tú el que nos purifique —la voz del hombre suena fuerte y al mismo tiempo rocía el cuerpo de Juan del perfume que le llevará hasta la muerte.

—Ponle bocarriba y suéltalos —dice la tercera persona.

El comisario Gutiérrez junto a Clara dan la vuelta al cuerpo rígido de Juan.

Los murciélagos se lanzan en picado sobre su cuerpo, haciéndole que abandone el mundo de los vivos en cuestión de minutos.

—Me debes una buena, Francisco —dice el director de la prisión acercándose.

—Creo que con esto lo podemos solucionar. —Francisco saca del interior de su chaqueta un sobre bastante abultado.

—Un placer trabajar para usted —contesta el hombre abriendo el sobre.

—Recuerde lo acordado. —Gutiérrez lo mira de soslayo.

—No se preocupe, mañana por la mañana será encontrado el cuerpo de Juan Morales en su celda, paro cardíaco, no aguantó la presión de estar entre rejas.

Ahora sí...FIN

GRACIAS, LECTOR

Gracias, gracias y mil veces gracias por darle una oportunidad a esta novela, para mí es muy importante.

Tras cada novela hay muchísimo esfuerzo, trabajo, constancia, dedicación y amor, mucho amor. Y es por eso que me voy a atrever, a pedirte que me ayudes a difundir esta novela, para que llegue a más lectores, dejando una valoración sobre esta misma en Amazon.

Tu opinión es importante para mí.

Si quieres conocer mis próximos lanzamientos, sigue mi página de autor de Amazon a través de este QR.



OS DEBO TANTO...

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi marido Damián, por su apoyo incondicional durante todo el proceso de la obra, por sus palabras de ánimo cuando venían momentos de bajón o cuando el impostor aparecía. Gracias por darme mis momentos de espacio para escribir y crear. Gracias por ser mi alma gemela, te quiero en esta vida y en el resto de nuestras vidas.

Como muchos de vosotros ya sabéis, este libro fue escrito de una sola vez, quería que las dos partes estuvieran bien adaptadas, que no se escapara nada de la trama, quizás algo se nos haya escapado, aunque éramos muchos ojos.

Mi @Librous90, Roxy, mi lectora cero, mi guía a la hora de inventar, mi paño de “lágrimas” cuando me atascaba en la trama, en la portada o en la bendita sinopsis. Mil millones de gracias porque creo sinceramente que Morris no sería lo que es hoy en día sin tu ayuda.

A mi Celia, mi correctora, que me ayudó a darle un final como se merecía esta novela, que perfiló cada frase, cada momento y que estuvo con la lupa detectando fallos que al resto se nos habían pasado, mil millones de gracias porque trabajar con alguien a quien no conoces de nada y conectar tan bien es maravilloso. Espero que sigamos juntas en este camino por muchos años. La podéis encontrar como @correccionescelia.

A mi hermano, que sin él esto no sería ni la mitad de lo que es, con sus observaciones, y su punto de vista tan crítico y tan sumamente necesario. Sabes de sobra que te quiero, pero te quiero dar las gracias por estar al otro lado en cada llamada, en cada mensaje, gracias por hacer este viaje tan largo sin soltarme de la mano.

No me puedo dejar en el tintero a mis chicas de Instagram, sin vosotras este camino no hubiera sido lo mismo: Kress, Majó, Edith, Elizabeth, Ana Serca, Roxy, Luz, sois increíblemente maravillosas.

A **tod@s** y cada uno de vosotros, gracias por estar, gracias por el aguante, gracias por animarme a perseguir mis sueños, pero sobre todo gracias por ayudarme a ser feliz.

Sin **vosotr@s** no sería la persona que soy hoy.

Tengo el alma llena.

Os quiero.

SOBRE MÍ...



Barcelonesa nacida en 1983 afincada en Alicante desde 2011, apasionada de las letras desde que tengo memoria y aficionada a inventar historias prácticamente desde que nací (o eso dicen mis padres)

Visita mi Instagram en mi Instagram <https://www.instagram.com/veronica.sandel/>

MIS LIBROS



Soy autora de **90 veces sí**, un libro de crecimiento personal en el que encontrarás 90 afirmaciones positivas, para que trabajes con tu «yo interior». <https://amzn.eu/d/527u6N7>

Relatos encantados: Medianoche junto al fuego.
Antología de fantasía con editorial Alas Negras, nos hemos juntado nueve autoras para crear un maravilloso libro de relatos de fantasía, inspirados en los mitos y leyendas que rodean a la Noche de San Juan. <https://amzn.eu/d/fu5GswF>



Morris entre sombras, primera entrega de la Colección Universo Morris. Morris, entre sombras.
Un thriller policiaco donde nada es lo que parece. <https://amzn.eu/d/iGbhxuk>



Relatos entre sombras, tras la huella del crimen.
Segunda antología de la mano de la editorial Alas Negras, una antología policiaca en la que quise darle algo más de protagonismo a nuestro querido inspector Medina, con lo que si a ti también te cautivó este personaje te invito a que lo leas. <https://amzn.eu/d/8pDhbig>

Publico bajo el seudónimo de Verónica Sandel los géneros de thriller y fantasía; y como Verónica Sánchez la colección "Tu voz interior", una colección compuesta por libros de

crecimiento personal.

Puedes visitar mi página web alma y letras o escríbeme a vs.sandel@gmail.com siempre que así lo quieras.

Verónica Sandel



www.almayletras.com